

NÉSTOR DARÍO FIGUEIRAS

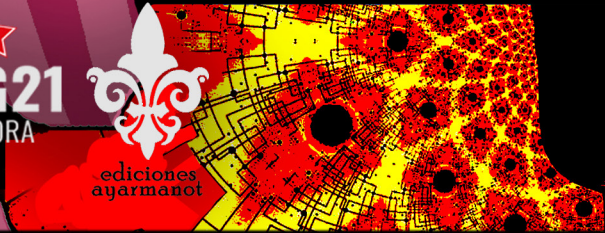
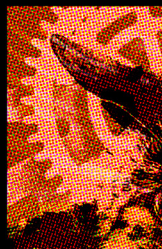
PLAYLIST



★
MIG21
EDITORA



ediciones
ayarmant



Playlist

NÉSTOR DARÍO FIGUEIRAS

Edición al cuidado de

LAURA PONCE

Y

RAMIRO SANCHIZ

en coedición con

EDICIONES AYARMANOT



MIG21

EDITORA

INTERLINK

Primera edición en Mig21 Editora: octubre de 2023

Playlist

Copyright © Néstor Darío Figueiras

del prólogo: © Laura Ponce

ISBN: 978-9915-41-962-6

© Mig21 Editora 2023 / **INTERLINK**

© Ediciones Ayarmanot 2022

Washington Beltrán 1758 ap 2,

Montevideo, República Oriental del Uruguay

mig21editora@gmail.com

Ilustración de portada: Pedro Belushi

Diseño, diagramación e intervención

en la ilustración de portada: Ramiro Sanchiz

Selección y notas: Néstor Darío Figueiras, Laura Ponce y

Ramiro Sanchiz.

PRÓLOGO

LAURA PONCE

Laura Ponce (Buenos Aires, 1972). Escritora, editora y gestora cultural. Ha publicado el libro de relatos *Cosmografía profunda* (2018, 2020). Cuentos suyos han aparecido en revistas y antologías como *Alucinadas - Ciencia ficción escrita por mujeres* (2014, 2015, traducida al inglés como *Spanish women of wonder*, 2016), *Insólitas* (2019), *América Fantástica* (2019), *Antología Iberoamericana de Ciencia Ficción* (2020), *El tercer mundo después del sol* (2021), y *La rivolta degli oggetti / La rebelión de los objetos* (2023). Desde 2009 dirige *Revista Próxima* y Ediciones Ayarmanot, dedicadas a la ciencia ficción y las narrativas de lo extraño escritas en castellano.

Para contarles el por qué de este libro debo decirles que su génesis se produjo hace más de quince años. La primera vez que leí un cuento de Néstor Darío Figueiras supe que estaba frente a algo distinto. No porque se tratara de ciencia ficción escrita en castellano –algo cuya existencia yo estaba descubriendo fascinada recién en esa época–, sino porque ya entonces él se diferenciaba como autor con una voz muy singular.

Para quienes sean demasiado jóvenes para recordarlo, mencionaré que a mediados de la primera década de este siglo buena parte de la actividad relacionada con la ciencia ficción en castellano se movía en torno a la revista *Axxón*. Funcionando desde 1989 (es la primera revista digital en habla hispana), con su bien ganado prestigio y cierta épica de lo fundacional, oficiaba de centro gravitatorio para el Taller 7, un par de listas de correo yahoo / proto

redes sociales y las Tertulias de Ciencia Ficción y Fantasía de Buenos Aires. Articulaba una comunidad vigorosa de escritoras y escritores contemporáneos que producía, compartía, publicaba y debatía gran cantidad de material. Cuando me uní a esa comunidad, me parecía increíble poder sentarme a conversar con quienes habían escrito los cuentos que acababa de leer, y Néstor fue uno de los primeros miembros con los que me relacioné.

Quiero insistir en que había mucha gente produciendo muy buena ciencia ficción, cada número de la revista abundaba en calidad y originalidad, pero él ya se destacaba.

En sus relatos podía amalgamar los tópicos de la ciencia ficción clásica, de la que todos y todas nos habíamos alimentado leyendo traducciones, y hacer con eso algo diferente, darles una o dos vueltas más, traerlos al territorio, situarlos, interrogarlos acerca de nuestra relación con el pasado y con la memoria, por ejemplo, como en los cuentos «En el museo de los sueños verdaderos» y «Reunión de consorcio».

«Reunión de consorcio» apareció por primera vez en *Historia Alternativa*, de la Asociación Cultural Mundo Imaginario y su colección Libro Andrómeda, publicado en España en 2006. Esa antología surgió de una convocatoria de la editorial, «Reunión...» fue seleccionado, logró una mención allí, y luego se alzó con el primer premio en el Ictineu 2012: Mejor cuento traducido al catalán. En esta historia, Néstor toma el tópico de la máquina del tiempo, pero la ubica en el ascensor de un viejo edificio del barrio porteño de Once y la rodea de personajes extraños y situaciones inesperadas, a los que sin embargo dota de profunda humanidad.

Por esa época, después de colaborar durante un tiempo con el grupo de evaluación de *Axxón*, me uní al equipo de dirección editorial de la revista. Ahí recibí otro gran cuento suyo: «Misión diplomática», que me fascinó también, y lo seleccioné para que fuera publicado en *Axxón* #192, que salió en diciembre de 2008.

«Misión diplomática» es otro ejemplo de apropiación del género: en este caso toma el tópico de primer contacto con una civilización extraterrestre y a partir de allí construye un relato pulp de pura cepa, en el que mezcla sense of wonder con horror corporal, y logra el verosímil con elementos de ciencia ficción dura. También, aparece un tema que más adelante seguirá explorando: la hibridación.

Esas primeras tareas editoriales me proporcionaron una nueva perspectiva sobre el trabajo de autoras y autores dedicados a la ciencia ficción en ese momento. Comencé a ver las ventajas de la publicación en internet y también sus limitaciones (no existían los dispositivos móviles, poca gente tenía computadora e internet en su casa). Empecé a pensar en la importancia de los espacios de publicación, en la posibilidad de recuperar el soporte papel y en la necesidad de que todo este material pudiera llegar a más personas lectoras. Cuando fundé revista *Próxima* en 2009, Néstor Figueiras era uno de los autores que tenía en mente, y en el nro.2 publiqué su cuento «Dreamtheatre», sobre estrés postraumático, simulaciones y beneficio empresarial.

Pero el trabajo de Néstor maduraba rápidamente, y pronto llegaría «Una nota que garpe», cuento que comporta claramente un punto de inflexión en su narrativa. Lo escribió para la Antología *Buenos Aires Próxima*, el primer

título de Ediciones Ayarmanot, que salió en 2014. Es un relato complejo, de corte ciberpunk, donde hay una gran preocupación por los efectos del «progreso» tecnológico en las subjetividades. Especula sobre su deriva social y política, en un escenario fuertemente situado en la ciudad de Buenos Aires y en un futuro muy próximo. Vuelve a surgir el tema de la hibridación (contaminación, contagio) pero no solo biológica sino también en el lenguaje. Figueiras logra una amalgama perfecta, resultado de sumar habla coloquial (que maneja de modo muy fluido) con slang, presunta jerga técnica y algunas cosas más. Y aparece con fuerza algo que seguirá explorando: la intertextualidad y el diálogo con otras obras.

En esa senda se ubica «Playlist», el cuento que da título a este volumen. Fue escrito para la convocatoria *WhiteStar, Antología de Homenaje a David Bowie*, que reunió cuentos, poemas y textos híbridos inspirados en los universos del gran Duque Blanco. La editaron Cristina Jurado y María Leticia Lara Palomino para el sello español Palabristas Press, y se publicó en Argentina en 2017, por Ayarmanot.

«Playlist» lleva la intertextualidad y el diálogo con otras obras a un nuevo nivel. Conecta con las técnicas utilizadas por el propio Bowie para su proceso creativo, logrando un homenaje maravilloso.

Y esta exploración, que no solo dialoga con otras obras literarias sino también con obras musicales, cinematográficas y artísticas en general, encuentra su máxima expresión en su cuento «Romina».

«Romina» fue escrito para la antología *Próxima 10 Años*, publicada por Ayarmanot en 2019. La antología reúne trece relatos seleccionados entre los cuarenta números, la década de vida de la revista, a los que se suma este cuento

inédito de Néstor. No se trata solo de una selección de relatos sino también de plumas con las que hemos tenido la alegría y el orgullo de contar. Queríamos que reflejara trayectoria, pero también continuidad y proyección, por eso la importancia de este inédito.

Y en «Romina», Néstor estalla las posibilidades del relato literario, explora y experimenta. Encadena temas y preocupaciones, los mezcla con elementos musicales y los atraviesa con una propuesta estética ambiciosa. Crea un universo que respira, donde tiempo y espacio se reconfiguran y nada ni nadie es lo que parece.

Como les decía al inicio, la génesis de este libro se produjo hace mucho tiempo. Comenzó con la fascinación que sentí al leer estos cuentos por primera vez, comenzó con el deseo que me despertaron de compartirlos, de hacer que más gente pudiera conocerlos, y ese deseo es una de las razones por las que me convertí en editora.

Este libro es un recorrido, el destilado de más de quince años de trabajo de Néstor Figueiras, trabajo que he tenido la alegría y el privilegio de poder seguir de cerca a lo largo de todo este tiempo. Por eso los cuentos acá reunidos, «Playlist», «Reunión de consorcio», «Misión diplomática», «Romina» y «Una nota que garpe», fueron elegidos cuidadosamente. Son mojones, puntos de inflexión, en ese recorrido.

Llevo mucho tiempo deseando publicar un volumen recopilatorio como este y me hace muy feliz que ahora se publique por partida doble, en paralelo, a ambos lados del Río de la Plata, en Argentina por Ayarmanot y en Uruguay

por Mig21editora, iniciando la colección INTERLINK, dedicada a coediciones y colaboraciones con editoriales iberoamericanas especializadas en ciencia ficción, fantasía, horror y weird.

Para ser fieles al espíritu lúdico de la experimentación artística, las dos ediciones cuentan con elecciones ligeramente diferentes y prólogos cruzados, en un juego de espejos que se toman libertades. El libro es y no es el mismo, parecido pero diferente, como el Palacio Barolo y el Palacio Salvo.

Pueden comenzar a explorar el que tienen en sus manos. Néstor Darío Figueiras será su guía por las zonas literarias más extrañas y fascinantes. No nos hacemos responsables por las hibridaciones, contaminaciones o contagios que pudieran sufrir. Leen a su propio riesgo. Ⓢ

PLAYLIST

«Playlist» fue publicado por primera vez en *WhiteStar, Antología de Homenaje a David Bowie* (Ayarmanot, 2017).

*Oh, Ramona, if there was only
some kind of future.*

David Bowie, «The Heart's Filthy Lesson»

DO

(261,62 Hz)

Nathan Adler, detective de la División Crimen Artístico, entró en su oficina. Colgó el abrigo mojado en el perchero y encendió las lámparas. Sus ojos aún no se habían acostumbrado a la pálida luz —¡*Benditos sean el Aluminio del cielo y el Mayor, que posee el poder de la aluminotermia!*— cuando vio que Ramona lo estaba esperando.

—Hola.

Él no devolvió el saludo. Después de soportar sus intromisiones durante una semana —quería convencerse de que ya no le dolían esas apariciones repentinas—, descubrió que era más prudente escucharla que dialogar con ella. Así había detectado las primeras redundancias en

su discurso. Parecía que la acabada síntesis del psilociber comenzaba a mostrar fisuras. No era una emulación perfecta.

—Qué hosco estás... Pero sabes que tu silencio me excita, Nathan.

Él se instaló tras su escritorio para revisar la correspondencia. Pero ella se acercó con prisa y se sentó encima de los sobres y los papeles desparramados sobre la madera deslustrada, dejando al detective con el abrecartas colgando de la mano. Se quitó los stiletos rojos sin usar las manos: un exquisito movimiento de piernas en el que los tendones ondularon bajo la piel.

(Adler casi pudo oír el saxo de Coltrane acompañando aquella delicada coreografía odissi).

El detective observó los contornos del pie que se acercaba a él, envuelto en lycra negra. Las medias tenían costura posterior y puntera reforzada. *Iguales a las que usaba Ramona*, pensó. El malparido que había diseñado el psilociber era un verdadero profesional.

Ella le tanteó la entrepierna. Él temió que lo masajeara con ímpetu; si lo hacía, su hermoso pie se desmenuzaría sobre la bragueta de sus pantalones.

Hacía dos noches que Ramona sobreactuaba el cliché de la femme fatale que pretende seducir al investigador, lo cual significó una sofisticación. Antes había optado por presentarse desnuda en la cama de Adler, o en la bañera, mientras él se duchaba. La primera vez que sucedió el detective se asustó y cerró los ojos hasta que ella desapareció. La segunda vez la tocó, y al ver que los hombros de Ramona se deformaban bajo la presión de sus manos, que su piel parecía disgregarse entre sus dedos como arcilla reseca, supo que había sido infectado por un

psilociber. No había terminado de llorar su muerte y ya algún proyectista de drogas lo tenía entre cejas. Alguien que quería verlo sufrir de verdad: el hijo de puta había diseñado la alucinación con gran fidelidad.

Esa precisión sólo podía ser alcanzada por alguien que hubiera conocido muy bien a Ramona. *Íntimamente*. Ella había sido una de las sacerdotisas-apsará de la Iglesia del Arte Hipercíclico, y Adler creía que el proyectista era alguno de esos locos de mierda que comulgaban en la IAH, alguno que la había explorado con esmero durante las orgías rituales que Ramona oficiaba para los feligreses. A Adler se le retorció algo en el pecho cuando el fantasma de Ramona abrió sus piernas para mostrarle el lunar que lo había hecho suspirar más de una vez. Era idéntico a como él lo recordaba: de color azulado, engarzado como un zafiro junto al labio derecho, dos centímetros por debajo del nivel del clítoris. Un nevus coeruleus. Una misteriosa luna orbitando en torno de ese mundo húmedo y salvaje que él pretendió conquistar cada una de las veces que se había acostado con ella. Ese lunar era como el Aluminio del Mayor, que pendía sobre la ciudad, protegiendo y guiando a sus habitantes.

Y el creador del psilociber que lo atormentaba conocía ese lunar tan bien como él.

—Mmm... Las caricias de mi pie hacen en ti lo mismo que tu silencio en mí, Nathan.

Adler tomó el diario y comenzó a leer, ignorando la erección que se agitaba bajo el talón de Ramona, el cual se iba desintegrando conforme aumentaba la presión.

—¡Antes le rogabas a tu chica nevus por un masaje de éstos! ¿Qué tienes?

Pero la indiferencia del detective le indicó que no obtendría nada. Enojada, flexionó la rodilla para pisotearle los genitales. Él adivinó su intención y empujó hacia atrás el sillón con ruedas. Entonces ella se desvaneció.

Se preguntó por qué había evitado la patada, si el impacto apenas le habría causado cosquillas. *Por instinto*, se dijo. Pero sabía que lo había hecho por Ramona, para que ella nunca advirtiera que era poco más que un espectro.

Adler analizó una vez más las conjeturas que lo fatigaban cada vez que el psilo le daba una tregua: Ramona Stone no podía haber sido Boğa Canavar, el criminal que había asesinado a la quinceañera Azul Grazia a cornadas. Además estaba seguro de que su *chica nevus* tampoco se había suicidado, a diferencia de lo que se afirmaba en alguna foja del interminable sumario. Él creía que ella había sido una víctima más del Minotauro, y que éste no sólo seguía libre, sino que también había contratado al proyectista que lo estaba torturando.

RE

(293,66 Hz)

Un pordiosero corre bajo la lluvia. Llega a la esquina y se cuela a empujones en la fila de la parada del bus. Los que aguardan bajo el techo curvo de plexiglás se quejan de su prepotencia y su olor nauseabundo. Algunos prefieren mojarse antes que aguantar el tufo que emana de él y se apartan del angosto refugio. Otros tratan de expulsarlo, gritándole y amenazándolo con los puños en alto. Pero súbitamente todos se apaciguan. Dos o tres caen como muertos en la vereda sucia. Los demás dejan de vociferar

y procuran recordar qué hacían allí, buscando algún indicio con la mirada extraviada. Entonces un bus frena en la parada. Sobre el parabrisas, en lugar del destino de su recorrido, resplandece la leyenda «LA 440» perfilada con leds rojos, y debajo de ésta, el símbolo del infinito fulgurando en azul. Se abren las puertas en medio de un estridente siseo afinado en cuatrocientos cuarenta hercios. El pordiosero se aferra al pasamano. El chofer gira la cabeza y lo escruta a través de unos anteojos negros.

—Arriba.

El pordiosero sube y descubre al único pasajero: un astronauta, despatarrado en los asientos de la parte trasera. El chofer cierra la puerta: otra vez el sistema neumático silbando en LA. El vehículo se pone en movimiento. Los edificios y las nubes desfilan sobre el casco del navegante espacial. Por momentos parece que la luz mortecina que envuelve la ciudad naciera de su visor polarizado, o del abultado traje, en el que las insignias de un país inconcebible —una tierra en la que los niños imaginan cosmogonías al jugar— cuelgan de sus costuras.

—¿No es peligroso sacar al viejo de esta forma?

—Él lo quiso. Mi deber es cumplir sus deseos —contesta el chofer.

—*Nuestro* deber.

—No. Mío. El tuyo es cumplir *mis* deseos.

—Okey —el pordiosero levanta las manos, atajándose—. Habíamos acordado una tregua, ¿no?

—Ya —El chofer embraga, empuja la palanca de cambios y pisa con fuerza el acelerador—. Es hora de que Canavar se entregue. La cosa parecía haber terminado con la muerte de Stone, pero ahora ese artista está jodiendo a Adler.

—Canavar le pagó para que infectara al detective con un psilociber.

—Un psilo de Stone. Canavar lo está provocando. El detective no se quedará de brazos cruzados.

—Ya sabes que no puedo controlar a Canavar. Es inmune a mis avarítmicos. Incluso a los Zensores. Una puta anomalía —se excusa el pordiosero.

—Cuando él oficie la orgía, deja caer algunas revelaciones enigmáticas entre sus feligreses, para despistarlos. Tal vez con eso deje en paz al detective.

—Dame una razón para seguir entrometiéndome en la IAH.

—¿Desde cuándo sientes remordimiento por interferir en su liturgia? Ahí tienes una razón —Señala con ambos pulgares hacia atrás, e inmediatamente un barquinazo sacude el bus. El pordiosero pierde el equilibrio y cae sobre uno de los asientos delanteros. El chofer toma el volante de nuevo y agrega—: Hay que impedir que el viejo salga de estasis.

Las imágenes que fluyen sobre el casco del astronauta se van desdibujando en un borrón continuo. A través de la luneta del bus se puede ver que un fulgor rojizo cae sobre el tránsito rezagado. En la parte frontal, destellos azulados se rompen en mil pedazos al ser refractados por las gotas de lluvia. Los limpiaparabrisas empujan inútilmente ese caleidoscopio que no cesa de multiplicarse sobre el cristal y que es plagiado por los anteojos del chofer.

—¿Apurando esta lata muerta a velocidades cuasilumínicas mantienes estabilizado al viejo? —pregunta el pordiosero desde el piso.

—Estamos pasando cerca de un objeto supermasivo. Hay que aprovechar la asistencia gravitatoria. A él siempre le gustó la velocidad.

—Aún no entiendo cómo aseguras saber lo que quiere.

El chofer lo mira a través del espejo retrovisor. Si no usara lentes para sol, el pordiosero —que finalmente logró sentarse en el primer asiento de la fila situada detrás del volante— podría ver cómo su expresión se endurece.

—Se comunica conmigo por medio de los profosones que emite su mente, pero es imposible saber cuándo se extinguirá la actividad encefálica. Hay que hacer lo que pide con diligencia. Mejor sería si pudiéramos anticipar lo que quiere, para impedir que despierte y hable innecesariamente.

—¿Pudiéramos? Dijiste que él es *tu* responsabilidad.

—Así es. Yo me ocupo de su supervivencia y de la nave, pero tu labor es gobernar la ciudad, para que nada lo sobresalte. Una disonancia sola no destruirá la estasis, pero los actos de Canavar generan múltiples armónicos, todos muy cercanos a la Fundamental Acústica.

—Putá Fundamental de la que nos hemos vuelto esclavos.

—Que nos mantiene con vida.

—Gobernar es cada vez más difícil. Los ciudadanos se resisten a ser manipulados, aunque no sepan contra qué luchan.

—Ellos también subsisten gracias a la esclavitud, pero no deben saberlo. La tendencia de los seres sentientes a la rebelión es una variable que conocemos desde el principio. Tú te resistes a mí. Incluso el viejo se rebela: creó todo esto para protestar ante la muerte.

—¿Y tú? ¿A qué te resistes?

Ahora el parabrisas del bus parece una lente ojo de pez de bordes azulados.

—A los futuros, en tanto me sean impuestos.

—¿Ya *viste* que Canavar trastornará al viejo?

—No. Trastornará a Adler. Lo que nos pone en riesgo a todos es la furia del detective.

—¿Podremos evitar el colapso?

—No lo sé. Sólo preveo líneas probabilísticas.

—Okey, estamos juntos en esto. Deslizaré algunos signos equívocos entre los hipercíclicos y veremos qué pasa.

Satisfecho, el chofer pisa el freno. La desaceleración del bus es inmediata. El caleidoscopio azulgrana se disipa y el gris turbio del cielo vuelve a cubrirlo todo. El siseo en LA crece hasta que las puertas plegadizas se abren por completo.

—Confunde a los habitantes de esta ciudad antes de que sea tarde, VerbasAlser.

El pordiosero desciende del bus y se guarece del chaparrón bajo un toldo de franjas blancas y verdes. Entonces se ve a sí mismo, un mendigo que corre hacia la parada y se abre paso a empujones entre los que se resguardan bajo el plexiglás. Se estremece cuando algunos se apartan de su doble, haciendo mohines de asco, y cuando ve cómo otros le gritan amenazas, hasta que uno de ellos se atreve a golpearlo en el rostro. Ésa es la chispa que enciende al resto: una lluvia de puños cae sobre su gemelo. Una vez que lo derriban, lo patean hasta dejarlo inconsciente.

Aunque no quiere admitir que la escena lo asustó, huye.

¿Querías mostrarme uno de esos futuros probables?, piensa, y rebusca algo en sus ropas con manos temblorosas. Uno en el que me habrían hecho mierda. La tendencia de los seres a la rebelión, ¿no, EnobrIAN?

Maldice por lo bajo cuando descubre que no tiene su paquete de cigarrillos. *Lo perdí cuando trastabillé en el bus.* Frenético —los cigarros de cálculo son su nhumograma

preferido—, cambia de rumbo y se dirige a la quema de basura, en los baldíos ubicados detrás de la última estación del ferrocarril. Para regresar a sus dominios tendrá que efectuar los cálculos recurriendo a las volutas de otro humo. A cada paso está más convencido de que Enobrián también planificó el bandazo que lo hizo caer. Hijo de puta.

MI

(329,62 Hz)

Reclinado sobre el mostrador, Algeria Plačdotyk miraba la puerta de su tienda, deseando que algún cliente entrara. El anciano estaba harto de escuchar el tamborileo de la lluvia sobre el toldo de lona bicolor. Como si no bastara que los objetos que él ofrecía tuvieran un mercado reducido, llovía sin parar. Una y otra vez revisaba su cuaderno de hojas amarillentas, con la esperanza de descubrir alguna omisión. En los últimos días sólo había vendido una copia del orinal florido de Dugan-Bauer, el brazo izquierdo y los senos de un maniquí para rituales, unos litros de formol, un cubo Lemarchand-Rubik y un kilo de arcilla. Los ingresos habían bajado notablemente y la gente solía bromear con que la inflación alcanzaría al Mayor y su Aluminio. En sus setenta y ocho años nunca había visto una crisis tan grave. Ahora eran pocos los que podían gastar en antigüedades, talismanes, extraños objetos esotéricos y otras bagatelas.

—El negocio se va a la mierda —dijo, suspirando.

—En tanto yo tenga trabajo, seguiré alquilándote la habitación, Algie.

Plačdotyk se volvió y vio a Wally Domburg bajando por la escalera caracol.

—¿Y alguna vez me dirás en qué consiste ese misterioso trabajo tuyo?

—¿Para qué quieres saberlo? ¿No te basta con que pague puntualmente cada mes?

—No me quejo. Pero soy curioso.

—Ya te dije: soy un freelancer dedicado a cierto tipo de arte.

—¿Sabías que el término freelancer fue acuñado por Walter Scott en *Ivanhoe*?

—¿*Ivanhoe*?

—Aprende, querido: *Ivanhoe* es una de las más célebres novelas históricas sobre caballeros medievales. *Freelancer* es un eufemismo de «mercenario»

—¿Me consideras un mercenario? Plačdotyk se acercó a la escalera.

—Mi mercenario, sí —Se tomó de la balastrada de metal y, sometiendo sus delgados huesos a un esfuerzo excesivo, se puso en puntas de pie para alcanzar a Domburg, que seguía parado sobre el penúltimo escalón. Susurró:

—Ojalá que la paga de la renta siga incluyendo las visitas nocturnas a mi lecho.

Plačdotyk se estiró para llegar a la boca de su inquilino, quien a su vez se inclinó y le correspondió con suavidad. Fue un beso carente de lujuria, pero no por ello desapasionado. Cuando se separaron, Domburg sentenció:

—Hasta que nos descubran los Zensores. Nos llevarían por putos. Pero a mí se me achacaría el cargo extra de gerontofilia.

—Imbécil... En mi caso no aplicaría la carátula de pedofilia porque tú eres un cuarentón maltrecho—. Y

apretando los dientes, Plačdotyk agregó—: Me cago en los Zensores. Ojalá se los pudiera sodomizar y desmembrar luego. Hace décadas que esquivo a esos pisachas. Si no pudieron atraparme cuando me acusaron de la muerte de Grazia...

Un ruido lo interrumpió. Dio la vuelta, con ansias de ver a un cliente abriendo la puerta. Pero el optimismo, que había empezado a estirar las arrugas de su rostro, se esfumó cuando notó que un pordiosero se había apoyado de espaldas en la vidriera.

Los Zensores, pensó; y el corazón se le aceleró. Domburg, aún en la escalera, lo abrazó.

—Tranquilo. No es nada.

El indigente movió la cabeza hacia uno y otro lado, y luego contempló el tumulto que estaba teniendo lugar en la parada del bus. Finalmente se marchó a paso vivo.

Plačdotyk se soltó de las manos de su amante y pasó al otro lado del mostrador. Vio a través de la puerta cómo una decena de personas aporreaba a alguien bajo la lluvia, el cual se revolvía bajo una andanada de puntapiés. Cuando dejó de moverse, los atacantes se dispersaron. A pesar de las manchas de sangre, Plačdotyk notó que la víctima usaba la misma ropa que aquél que había huido hacía unos segundos.

—Algie, ¿desde cuándo los Zensores golpean en lugar de hablar?

—Es al revés: acabamos de ver cómo noquearon a un Zensor y asustaron a otro.

—Eso es imposible.

—Tal vez ya no lo sea. Escucha mi teoría: en la parada, alguno descubre que el mendigo fue poseído y mediante

una taumaturgia nueva retiene al Zensor en su cuerpo. Alerta a los demás, y las personas vuelcan en él la furia que sienten hacia esos interventores catequistas del gobierno. Pero antes de que lo ultimen, el pisacha proyecta el linga-sharira del indigente y huye en él. Por eso vimos dos mendigos iguales. En realidad, el que escapó era el cuerpo astral del primero.

—Bueno, no sería absurdo suponer que alguien haya inventado una forma de paralizar a los Zensores. ¿Sería algo similar al método que se emplea para otorgar sustancia a los psilocibers? Si existiera algo así podrías realizar tu deseo.

Plačdotyk miró a su inquilino.

—¿Eh?

—Sodomizar y desmembrar a algún pisacha. Si es que no se fuga en el cuerpo astral del huésped, claro.

—Cosas que uno dice cuando está irritado.

—A propósito, Algie: necesito más psilocibina.

—El arte secreto al que te dedicas, ¿eh?

Domburg asintió con un ligero movimiento de cabeza.

—Es evidente que haces drogas de diseño, Wally. Y aquí tienes a mano todo lo que necesitas, ¿no? Sin gastos, la ganancia es del cien por cien. Negocio redondo.

—Qué...

—No me tomes por estúpido.

—¡Algie!

—Shhh. Te quiero. Y tú me das algo parecido al afecto. Lo disfruto, sí. Pero si consigues llegar a mi edad, verás que de viejo uno no se enamora como cuando era joven. De viejo te reservas una cuota de perfidia, para la autodefensa. A esta altura se llevan demasiados callos por dentro como para intentar siquiera algo parecido a una entrega

incondicional. Por eso, no jodas conmigo. Por el bien de los dos.

Domburg tardó unos segundos en encontrar las palabras.

—Algie, yo también te quiero. Por eso es mejor que no sepas cómo me gano la vida. Y te aseguro que no estoy aprovechándome de ti.

—Voy a creerte. No volveré a preguntar.

—Gracias —Domburg probó una sonrisa tímida—. Sólo una cosa más: es muy probable que alguien venga a comprar un catalizador de ectoplasma.

Plačdotyk esperó en silencio.

—Eso.

—Y una mierda. No terminaste.

—No. Bueno... —carraspeó—. Sé que el negocio está atravesando una mala racha, pero necesito que no se lo vendas.

El dueño de la tienda se tomó la cabeza y suspiró.

—Como digas, mi mercenario —y le guiñó un ojo. Aliviado, Domburg intentó una broma:

—Yo no sabré nada acerca de esa novela de caballeros... pero ¿conoces tú cuál es el disco en cuya portada aparece un animal que lleva tu nombre?

—No —mintió el viejo.

—*Animals*.

Plačdotyk no dijo nada. Ahora el golpeteo de la lluvia sobre el toldo se le antojó un metrónomo, cuyos clics extraviados disimulaban el rasgueo de una guitarra acústica medio desafinada.

Me comparaste con un cerdo, pensó, y volvió a acomodarse detrás del mostrador. Se preguntó quién podría querer un catalizador de ectoplasma, y si valía la pena perder una venta tan importante por Wally.

FA

(349,22 Hz)

La llovizna barrosa untaba las calles. Caminar por la ciudad no sólo implicaba sortear mierda de perro y bolsas de basura. Las obras públicas se habían multiplicado: dos o tres boquetes por cuadra, cercados con vallas de madera. En los agujeros se afanaban ciudadanos poseídos por pisachas, aun durante la noche, aunque las excavaciones sólo removieran arcilla y nunca revelaran tuberías o cimientos.

Oculto en las sombras, Adler esperó a que se abrieran las altas puertas de la IAH y se despidieran los devotos que salían del recinto. Al observarlos, detectó los efectos de la ceremonia en sus rostros extasiados. Resopló.

Por la mañana habrá todo tipo de performances carniceras para cotejar y tendremos que distinguir entre fluxuicidios, ensamblajes de body cut-up, amputacineéticos, dadasinatos y simples y burdos homicidios...

En los faroles bailaban llamas de aluminotermia, alargando las sombras de los feligreses sobre el asfalto húmedo. Antes de que el rebaño se diseminara por las calles, Adler identificó a Leon Blank. Lo siguió sigilosamente durante cuatro o cinco cuadras, hasta que el hipercíclico se metió en un pasaje oscuro. El detective llegó al cruce a tiempo para ver cómo se agazapaba en una ochava, e hizo lo mismo detrás de un contenedor de basura, mientras en algún lugar sonaba una y otra vez un solo de Chuck Berry. Media hora después, el único farol del callejón

fue revelando a un hombre muy delgado que avanzaba con paso resuelto. Su torso desnudo y sus brazos estaban segmentados por líneas tatuadas que indicaban cómo quería que se efectuaran los cortes: se trataba de un adepto del body cut up que prefería entregarse a un hipercíclico antes que hacerse rebanar por una sierra automática programada por él mismo.

Un fluxuicida cobarde, pensó el detective. ¡Bendito sea el Mayor! Si dependiera de mí, encerraría a todos estos chiflados.

Cuando el hombre tatuado llegó a la ochava, Blank le salió al encuentro, alzando una enorme cuchilla dentada. El hipercíclico y el fluxuicida se miraron y cruzaron algunas palabras, que Adler no llegó a entender porque una seductora voz susurró en sus oídos:

—Aunque quisiera, no podría respetar las líneas con esa cuchilla de medio metro, Nathan. A Leon le agrada la desmesura. Es un bruto. En las orgías nos maltrataba a todas.

Se volteó y vio a Ramona, que vestía como una sacerdotisa-apsará. Lucía una diadema, aretes y collares, y un sari traslúcido se ajustaba a su silueta. A Adler no le preocupó su aparición, ya que sólo él podía percibirla. Y su comentario, en lugar de irritarlo, le dio una pista. Rompiendo la promesa que se había hecho a sí mismo, le habló:

—Entonces Leon no es un amante tierno —dijo en voz baja.

—¿Tierno? ¡Es un eyaculador precoz, grosero y egoísta! Todo lo contrario a ti. ¿Qué harás con él?

Pero Adler había devuelto su atención al hipercíclico, quien ya moldeaba su obra a pura cuchillada.

—Lo menos que se merece es que lo encarceles —pidió Ramona.

El detective abandonó su escondite antes de que Blank terminara el descuartizamiento.

—*¡Castiga a ese degenerado!*

Adler sacó su pistola de la sobaquera y avanzó.

—*¡Sí, Nathan! Un balazo en la cabeza de ese hijo de puta estaría bien.*

—¡Alto! ¡Policía! —gritó el detective al mismo tiempo que mostraba su identificación.

—¿Eh? ¿Qué mierda...? ¿Adler? —Blank, bañado en sangre, soltó la cuchilla, que quedó clavada en el hombro izquierdo del fluxuicida: estaba cortando los ligamentos de la cintura escapular—. ¡No estoy cometiendo ningún crimen! ¡Este hombre acordó conmi...!

—Silencio, Blank. No voy a arrestarte. Necesito respuestas.

—*¡Nathan! ¡Si lo dejas con vida creeré que ya no me amas!*

El detective se volvió hacia la voz que chillaba a sus espaldas:

—¡Basta!

El grito de Adler ahuyentó a Ramona e hizo sonreír a Blank.

—Enojado, ¿eh? Parece que un psilo te está perturbando.

El detective apoyó el cañón de la pistola en la frente del hipercíclico.

—Sé que tú no me infectaste. Pero me vas a decir a quién le pagó Canavar para que lo hiciera.

—¿Cómo sabes que no fui yo?

—Nunca hubieras podido diseñarla con tanto detalle.

—Bueno, es cierto que apenas le prestaba atención cuando se la daba por el culo...

Adler le desinfló el estómago de un rodillazo.

—¿Quién fue, hijo de puta?

Doblado en un charco de sangre, Blank jadeó uno o dos minutos.

—A la mierda contigo, Adler. Como bien dijiste, soy inocente, al igual que lo fui cuando asesinaron a Grazia. Déjame en paz. El brahmán de la IAH nos protege.

—Tendré que conversar con él.

—No podrá atenderte. Está muy ocupado tratando de discernir unos augurios confusos que hemos recibido durante el último culto.

—Conseguiré su atención de alguna forma. El hipercíclico logró ponerse de pie.

—Adler, todos están convencidos de que Stone fue el Minotauro, el verdugo de esa chica. No podrás cambiar eso.

Aferró el mango de la cuchilla, que seguía hundida en la carne del fluxuicida. El silencio del detective lo animó a proseguir con la faena. Agregó:

—Das lástima, Adler. No debería hacer esto, pero... Consigue un catalizador de ectoplasma y dale corporeidad al psilo. Pregunta en lo de Plačdotyk. ¿Te acuerdas? El viejo puto que también estuvo en la rueda de sospechosos —explicó, al mismo tiempo que arrancaba el brazo del fluxuicida—. Tal vez te cambie la cara cuando tu novia y tú puedan volver a fornicar.

SOL

(391,99 Hz)

Un ascua ardiente aparece en el templo vacío de la Iglesia del Arte Hipercíclico, un cigarrillo que flota en la oscuridad. Las espirales de humo esparcen una cascada de bits que se aglomeran hasta que la figura de un vagabundo se materializa, partícula por partícula. Complacido de poder trasladarse a la ciudad empleando sus nhumogramas habituales, VerbasAIser ensayó una trayectoria que lo situara en una línea probabilística paralela a la que seleccionó EnobrIAN. Sabrá que ha tenido éxito si comprueba la veracidad de la hipótesis que elaboró durante su largo camino hasta la quema de basura.

Rodea el altar y se dirige a una de las dependencias posteriores del santuario. Se asoma a una puerta entreabierta y descubre a un hombre que está parado frente a un espejo: el brahmán de la IAH. Aunque lo cubre la blanca túnica sacerdotal, la contraluz de las lámparas que flanquean el espejo revela su cuerpo enjuto y medio encorvado. El brahmán se quita la mitra adornada con bordados de oro y se agacha para ubicarla sobre una cómoda, junto a una cabeza de toro embalsamada y un casco de astronauta. Acomoda sus cabellos grises con ambas manos y exclama:

—¡Finalmente eludiste a EnobrIAN! No es poca cosa burlar a quien te creó —dice. Toma la máscara taurina y mete su cabeza en ella. Luego aplaude, sin dejar de mirarse al espejo—. Hasta recuperaste tus cigarrillos. ¡Bravo!

—Yo tenía razón.

—Lógicamente. ¿Desde cuándo una inteligencia artificial no la tiene? EnobrIAN tampoco se equivoca. Fueron hechas para no fallar. Ésa es su única tara.

—¿Quién hizo a EnobrIAN? ¿Tú, viejo?

—No. La diseñaron los que construyeron esta «lata muerta», como te gusta llamar a nuestro vehículo. La explosión la estimuló, y gracias a las mejoras que hizo en el sistema de soporte vital, sobrevivió. Creció por sus propios medios, y en algún momento, te necesitó.

—EnobrIAN no sabe que tú eres Canavar. Pero lo descubrirá cuando se dé cuenta de que me perdió de vista.

—Exacto.

—¿Por qué introdujiste una paradoja, viejo?

—Entiendo que haberle pedido a EnobrIAN que te exija detener a quien es capaz de arruinar la Fundamental Acústica, cuando soy yo quien encarna ese peligro, puede parecerles una paradoja, aunque yo no lo vea del mismo modo. Tengo mis motivos para hacer esto.

—La tendencia de los seres vivos a la rebelión.

—Se puede expresar de esa forma. Todos los edificios, las calles, los parques, las veredas y cada una de sus baldosas cachadas; desde el centro hasta los basurales de los suburbios apenas bosquejados; la luz macilenta que emana de la efigie de esta nave que permanece suspendida sobre la ciudad y sus habitantes como un sol; cada una de las gotas de la lluvia incesante; cada una de las minucias que llenan los intersticios de las vidas ficticias que esperas controlar a través de tus avatares algorítmicos, exorcizados como si fueran demonios-pisachas; los desamores, el regocijo, las engaños, los orgasmos, la religión, las caricias, los crímenes, la magia y el arte... Cada uno de los pasos que dan los seres que trajinan en esta urbe. Todas las cosas

que fui articulando sobre un andamio de frecuencias equilibradas; una ilusión de tiempo discurriendo sobre la fluencia de los armónicos de la música que me acompaña desde el despegue...

»Ningún hombre ha viajado más lejos que yo. Ahora todas esas cosas no me sirven. Al principio, sí: crearlas y empujarlas a la existencia fue la forma de mantenerme a flote, después de emerger del dolor. Una vez pensé que esta ciudad que he levantado es como el invernadero de Lal Bagh. Retengo algunas imágenes vagas de mi Bangalore natal: los laboratorios asépticos del ISRO, las largas partidas de críquet... Son despojos en mi memoria. Pero hay algo que recuerdo con claridad: la ansiedad que me abrumó durante la víspera del despegue de la Chandrayaan. Ahora vuelvo a sentir ese mismo anhelo de saltar al vacío. Así como aquella vez nunca hubiera podido imaginar que una explosión me arrojaría a la semivida, ahora tampoco puedo vislumbrar lo que sucederá mañana. ¡Hacía tanto tiempo que no sentía el placer de la incertidumbre!

—Estás despilfarrando profosones, viejo.

—Me sublevé ante la muerte. Ahora lo hago frente a la semivida.

—Te quieres librar de nosotros.

—Ya verificaste tus suposiciones. Enciende uno de tus cigarrillos y regresa. Los Zensores y todos tus avarítmicos tendrán mucho trabajo. Una cosa más: aunque inservibles, los presagios que dejaste caer en el servicio de hoy fueron originales.

LA

(440,00 Hz)

Bajo un aguacero torrencial, Boğa Canavar marchó por las calles plagadas de baches, dispuesto a extinguir sus últimos profasones. La túnica empapada se le había pegado al cuerpo, y sobre él, la desproporcionada cabeza de toro oscilaba con ferocidad. Su figura había adquirido una levedad fantasmagórica. Miró con agrado las muchedumbres que se habían concentrado en las esquinas. *Envía a todos tus avarítmicos, Mendigo. Toda tu mierda controladora.* Los habitantes de la ciudad se congregaron a pesar de que a esas horas de la noche los artistas hipercíclicos rondaban con cuchillos, hachas y sierras. Los había convocado un rumor esperanzador: era probable que hubiera una forma de inmovilizar a los pisachas dentro de sus huéspedes. Algunos miraban fijamente a los obreros poseídos que, vanamente, seguían cavando zanjas en el barro. Otros escuchaban a los Zensores que ya habían usurpado las bocas de algunos manifestantes:

—Ciudadano: no lastimes a nadie con lo que te causa dolor a ti mismo.

—Ciudadano: estamos en este mundo para convivir en armonía.

—Ciudadano: en cualquier batalla pierden vencedores y vencidos.

Las miradas recelosas se cruzaban, aguardando una señal. Pero nadie prestó atención al Minotauro, nadie percibió los estridentes glissandos de piano que se colaban entre los truenos, armónicos ilícitos que desbarataban la Fundamental Acústica y zarandeaban la ciudad.

Nadie sospechaba que el Mayor había bajado del cielo. Canavar llegó a la tienda. La cerradura había sido forzada.

Empujó la puerta entreabierta y en el claroscuro de los relámpagos y la aluminotermia moribunda distinguió a Adler, quien sostenía su pistola a centímetros de la cabeza de Plačdotyk. El anciano estaba en cuclillas, arrinconado contra uno de los exhibidores.

—Adler.

El detective de la División Crimen Artístico vio la silueta taurina y se estremeció. Las preguntas se amontonaron en su boca, pero sólo para dejarlo mudo. Apuntó a la testa cornuda. La pistola temblaba en su mano.

Canavar levantó los brazos.

—Viniste por la sugerencia de Leon, ¿no? Deja en paz a Algie: le hicieron prometer que no te daría el catalizador.

—Por qué mataste a Ramona. Por qué la trajiste de vuelta.

—Pero ahora arreglaré eso y podrás usarlo.

—¡Contesta, hijo de puta!

—Olvidas a Azul Grazia. Y lo que padecieron Algie y Leon al ser incriminados. Sólo te enfocas en tu dolor. Este es el tipo de egocentrismo que corrompe las sociedades, la verdadera entropía. Y EnobrIAN y VerbasAIser, en su omnisciente estupidez, no lo ven —Canavar se acercó con cautela—. ¿Por qué lo hice? Porque tu amargura nos liberará. Baja el arma. Hazle caso a Leon. Es lo mejor. ¿Qué deseas más que estar con Ramona? Acariciarla sin que se deshaga, apretar su carne firme. ¿No te gustaría sentir su aroma otra vez? ¿Volver a jugar con ese lunar suyo?

El detective se arrodilló y dejó la pistola en el suelo. Se llevó las manos a la cara para sollozar. Canavar hizo un gesto a Plačdotyk:

—Trae el catalizador. Ahora mismo me haré cargo de Domburg. El dueño de la tienda gimió.

—¿Lo lastimarás?

—Algie, Algie... No haré nada que no hayas pensado hacer tú. La única diferencia es que yo usaré estos cuernos. Además, no terminé de pagarle el estupendo trabajo que hizo —Y al pasar por detrás del mostrador, agregó—: Él no te merece. Sabes que te usó. ¡Y ahora ni siquiera ha bajado para defenderte! Prepara el dispositivo mientras me ocupo de él. Al terminar con el sufrimiento del detective, terminaremos con el sufrimiento de todos.

Plačdotyk contempló a Canavar subiendo la escalera caracol y un escalofrío lo sacudió. Forzando sus miembros entumecidos, se incorporó y fue hacia el depósito. Volvió con una caja de madera llena de diales y se arrodilló junto a Adler. El detective balbuceaba.

—*No vengas ahora, Ramona. No vengas...*

—Supongo que debería disculparme por lo que hizo Wally... Se ve que el psilo lo ha hecho sufrir.

Indiferente, Adler siguió murmurando.

—Usted ama a esa mujer, ¿no? No desaproveche esto —y señaló el artefacto que llevaba debajo del brazo—. Lo que pasa ahí afuera... Todo se fractura. Es como si el mundo no pudiera seguir en pie un día más. Con esto tal vez pueda ser feliz por un momento.

Tres o cuatro gritos desgarradores silenciaron los ruegos de Adler y afligieron a Plačdotyk. Poco después, Canavar salió de la habitación de Domburg y se detuvo a mitad de la escalera. La sangre fresca goteaba de sus cuernos, manchando la túnica de brahmán.

—Deberías agradecerme, Adler: acabo de componer un magistral dadasinato con el hipercíclico que conoció a

Ramona tan bien como tú—. Al escuchar esto, y a su pesar, Plačdotyk sintió que los ojos se le humedecían—. Y ahora le devolveré la carne a tu chica nevus.

Extendió un brazo hacia la puerta de la habitación. Ramona cruzó el umbral y tomó la mano que Canavar le ofrecía. Bajaron juntos. Ella aún vestía como una apsará del templo. El llanto le había corrido el maquillaje. Era frágil y hermosa.

—Ramona, querida, lamento por lo que tuviste que pasar —se disculpó Canavar—. Si sólo hubiera un futuro... ¡Siempre fuiste la más dulce de las ninfas de Indra! — Se volvió a Plačdotyk—. Algie, te toca el privilegio de encenderlo.

Sobrecogido, el dueño de la tienda giró los diales de la caja.

En las calles, muchos percibieron una variación; tal vez el aumento del ozono en el aire tormentoso —lo que irritó sus ojos y narices—, tal vez una voz secreta que resonó en sus cabezas. Fueron los primeros en lanzarse sobre los que habían sido invadidos por pisachas. Los avarítmicos siguieron predicando con sus voces apáticas, aun cuando descubrieron que no podían escapar de los cuerpos donde se habían alojado. Los ciudadanos los lincharon, y luego, enfiebreidos, se volvieron unos contra otros.

El Mayor sintió que los últimos protofasones se llevaban consigo toda la semivida que le quedaba. *Nataraja, he aquí la música para tu danza.* Al quitarse la cabeza de toro se tambaleó.

—Vamos, Algie.

Los dos ancianos salieron afuera para ver cómo los últimos faroles se apagaban. Los terrones arcillosos de las zanjas se desgranaron hasta hacerse intangibles y el agua que había inundado las obras fue drenada en el vacío.

Las disonancias despedazaban la ciudad al mismo tiempo que Nathan Adler y Ramona Stone se abrazaban y besaban sobre el suelo de la tienda.

SI

(493,88 Hz)

A toda velocidad, el pecio continúa adentrándose en las simas entrópicas de la materia oscura. En el casco congelado apenas se leen algunas inscripciones: *Chandrayaan-10*, y debajo *Indian Space Research Organisation*. En el interior, sujetándose al hardware que aún sigue operativo, dos inteligencias artificiales se canibalizan mutuamente. El piloto, Mayor Suraj Panjabi, acaba de morir, después de una dilatada agonía. Todo el honor póstumo que recibe es la perpetua reproducción de una playlist con sus canciones favoritas. ☼

REUNIÓN DE CONSORCIO

«Reunión de consorcio» fue publicado por primera vez en *Historia alternativa*, Asociación Cultural Mundo Imaginario, España, 2006.

4:00 PM

La música del combinado (como llamaban al armatoste, una gran caja de madera ya sin lustre que hacía las veces de cómoda) diluía la espesa cortesía de las conversaciones casuales. Los viejos chismosos, bulliciosos y medio sordos charlaban animadamente. Nadie me miraba, pero los diálogos enmascaraban mensajes secretos acerca de la jovencita rubia y pecosa para unos; de la minita de turno del sesentón mujeriego para otros.

Estar atenta al chisme me resultó casi tan efectivo como sondear. Ellos no lo comprendían, pero una satisfacción mórbida los llenaba cuando encontraban un oído dispuesto.

Querían saber tanto de mí como yo de ellos. Y esto era comprensible en ambas partes. Ellos, por tener una nueva vecina y un nuevo miembro del consorcio. Yo, porque una vez descubierto el paquete, quería saber más, quería conocer el impacto causado en la congruencia de la trama. Necesitaba más datos para el informe final.

Miré mi reloj. El telepod colgado en mi cintura me había anunciado que tenía tiempo hasta las seis de la tarde.

La reunión de consorcio aún no había comenzado. Faltaban Andorregui, del 5° C, y el asqueroso de Gómez... mi vecino sesentón, el del 6° A, a quien, según las órdenes que me habían dado, tuve que «persuadir a cualquier

precio» para adquirir el departamento del sexto piso y poder participar de aquel consorcio.

Todavía sueño con el viejo. Entonces temblaba cada vez que oía su risita intolerable. Lo único que me ayudaba a soportarlo era saber que faltaba poco.

Mientras llegaban Gómez y Andorregui, los demás celebraban una especie de tertulia. Era un cambalache de objetos vitales, tan valiosos como la vida misma: audífonos, pastillas de colores, marcapasos, bastones, anteojos. A través del aire húmedo y viciado se abrían paso la música —melosa, extraña, torturada por la rasposa púa—, las risas, los cuchicheos, las ironías, los silencios. El tintineo de las cucharas golpeando los pocillos de porcelana pintada completaba la rica textura sonora del lugar.

La dueña de casa se acercó renqueando hasta un sillón estampado con flores violetas, ayudada por un bastón de madera. Su mirada escrutaba a los invitados por encima de los anteojos gruesos con marco de carey. Unas treinta personas atiborraban el living de la vieja polaca Enriqueta Kaschepurskyj, una habitación amplia, empapelada con flores hasta el techo, minada de retratos de otros tiempos. La sala se había llenado milagrosamente con sillas de madera y con banquetas maltrechas que dejaban caer pedacitos de gomaespuma enmohecida.

Nota mental: recoger una muestra de aquella gomaespuma cuando todo terminara. El entrenamiento que una recibe antes de una bajada ayuda a disimular el asombro frente a tantas menudencias sorprendentes, pero no me habían dicho nada de la gomaespuma. No existe nada parecido en Ro-Junk, ni tampoco en la Estación.

La anfitriona era la presidenta del consorcio. Sentada sobre el sillón, era el eje indiscutible de todo ese arrugado

grupo. Una vieja ceñuda con ojos color verde lavado donde podía verse cómo asomaba la telaraña de cataratas incipientes. Debajo del pelo pajizo, que en otro tiempo debía haber sido rubio, se extendía una maraña de arrugas verticales. En un primer momento supuse que ese rostro había sido curtido por la amargura. Teoría que resultó válida cuando le sonsaqué a doña Rosa, del 1º A, la vieja más chismosa, que la polaca era superviviente de Auschwitz. Los secretos de palier se decían en voz baja, entre miradas recelosas y, en este caso, con el «orgullo lógico de tener semejante celebridad en el edificio». Sin embargo, a pesar de su adustez, Enriqueta Kaschepurskyj sonreía cuando era preciso, y escuchaba atentamente las palabras obsecuentes de los ancianos que la rodeaban como una corte de canijos dóciles y complacientes. Su mirada, siempre dura, solo traslucía afecto al observar a Olga, la vieja silenciosa que vivía con ella, y que recorría el círculo de ancianos una y otra vez, bandeja en mano, sirviendo incansablemente té y café.

4:51 PM

Sonó el timbre. Olga se apresuró a abrir la puerta, no sin antes atisbar por la mirilla. Andorregui entró, quitándose la boina sucia a modo de saludo. Le siguió el cerdo de Gómez, engominado y sudoroso, quien en contraste con la polaca, estaba arrugado horizontalmente, la frente como una persiana americana, seguramente de tanto sonreír. El viejo no podía decir dos palabras sin barbotar por el costado de la boca manchada su «je, je» irritante. Repartió saludos y piropos zalameros por todos lados, siempre

ignorados. Entonces me vio, e inevitablemente se sentó a mi lado. En voz baja y chasqueando la lengua, me dijo:

—¡Hola, Patri! No he podido dormir desde la otra noche... ¿No te pasa lo mismo, bombón? Je, je... —. Señaló mi seno izquierdo—. ¡Extraño tanto ese lunar...!—. E intentó besarme en la boca. Esquivé esos labios repugnantes. El viejo cerdo me daba asco, pero las órdenes son órdenes.

Todos sabíamos el motivo de la reunión. No era para darme la bienvenida como nueva propietaria. Yo había usado el ascensor, y así, por casualidad, había descubierto lo que buscaba. Después de cuatro días de intentos frustrados, había confirmado las sospechas de Zepeda, el jefe de Ajustes y Misiones Especiales. Él mismo pilotaba, monitoreándome y operando los haces, lo que dejaba en claro la importancia de la misión. Las coordenadas en las que me había bajado eran las correctas.

Sucedió cuando iba al departamento de la vieja Kascheburskyj para encararla. Una vez dentro del ascensor apreté el botón para ir al tercer piso. El display de números rojos empezó a titilar. 6, 5, 4... Cuando esperaba que se detuviera en el tercero, hubo una trepidación muy leve, y entonces el ascensor se volvió loco. Subió. Se detuvo. Luego descendió rápidamente. El display mostraba una sucesión incoherente de números y letras. De pronto hacía calor, un calor asfixiante, y reconocí el fuerte olor a ozono.

Estaba cerca. Muy cerca. Me vi reflejada infinitas veces en los espejos encontrados bajo esa la luz lechosa, irradiada desde todas partes a la vez. La transpiración me chorreaba por la cara. Pasó una eternidad. Se abrieron las puertas con un leve siseo.

Lotería.

Desde la oscuridad me golpeó una amalgama intensa y acre de olores: sudor, humo, excrementos y orina. Unas lenguas de luz fluctuante se movieron, mostrándome un irregular techo de roca. Entonces escuché las voces. Era un idioma desconocido, hablado a gritos, y el volumen de las voces iba aumentando. Una llama se acercó rápidamente flotando en el aire. Resultó ser una tea que parecía venir cabalgando sobre el brazo de un hombre hirsuto, semidesnudo, que corría hacia mí, apenas erguido. Lo secundaban dos o tres mujeres sombrías, también peludas, y con grandes senos colgantes, última impresión esta que se acentuaba por la posición encorvada. Todos los gritos iban dirigidos a mí, y aunque ininteligibles, sonaban muy amenazadores. Llevé mi mano derecha al estilete que pendía en mi cinturón por reflejo. Lo pensé mejor y apreté el botón de cierre. Los violentos golpes sobre la chapa de la puerta acerada me recordaron que debía salir de allí. Me dirigí al sexto piso. Salí del ascensor y verifiqué que las puertas estaban abolladas.

Por telepod, me ordenaron aplicar la décima acción correctora. Eliminación de vestigios. El método sugerido era provocar una explosión, de acuerdo a la línea probabilística más segura, la hebra más fuerte del tejido del continuo. Esa misma noche, cuando finalmente Gómez se hubo ido de mi departamento, instalé los explosivos en el edificio, tratando de mantener mi mente anestesiada.

Ahora solo restaba averiguar cuán profundos eran los daños. Obviamente, todos los ancianos del edificio ya sabían que yo había «usado» el ascensor.

5:00 PM

Clap, clap, clap. Las palmas de Kascheburskyj pedían silencio.

—Bien. Ahora que estamos todos, comenzaremos la reunión de consorcio.

Como si estuviera ensayado, cesó la música del combinado, y las voces cascadas se apagaron súbitamente.

—Bueno, dievochka, ahora usted comparte nuestro secreto — me dijo Kascheburskyj, mientras se alisaba la pollera marrón y se acomodaba el pulóver verde escote en «v». Bajo él amarilleaba una camisa otrora blanca, abotonada hasta el cuello.

—Usted, Miller, pudo comprar el 6° B gracias a Gómez, quien logró que aceptáramos vendérselo.

¡Cerdo! Más le valía que los convenciera, después de lo que había tenido que hacerle.

—Es la primera persona en muchos años que accede a un departamento en este edificio —siguió la polaca—. Y tengo entendido que Gómez le informó detalladamente sobre las reglas del consorcio —La mujer se inclinó hacia delante y me clavó la mirada—. Hay una que explícitamente restringe el uso del ascensor en cierto horario. Usted violó esa regla.

La polaca se volvió hacia Gómez, quien se hurgaba despreocupadamente la nariz. Había reproche en esa mirada. Yo era la protegida de Gómez frente a los demás, él era responsable por todo lo que yo hiciera.

—Je, je, je... Patricia, primor, te pedí que me avisaras si querías usar el ascensor.

Con un movimiento diestro de índice y pulgar arrojó la bolita de moco distraídamente... *Inmundo*.

—Ahora debemos hacerla partícipe de este juego — se lamentó la vieja—. Dígame, Miller, ¿qué vio cuando se abrieron las puertas del ascensor?

Todos los viejos me miraron con sus ojos cansados. Por un momento me sentí como si estuviera rindiendo cuentas frente a mis treinta abuelos malhumorados por una travesura de nieta consentida.

—Pues... realmente no estoy segura.

Crucé las piernas, y me rasqué el mentón, fingiendo reflexión.

—Solo contanos —dijo Gómez—. Sin temor, bebé.

—Una cueva prehistórica— dije.

—¡Non lo posso credere! —vociferó Brignardello, un viejo calabrés menudo y enjuto, que disimulaba la calvicie bajo un peluquín pintoresco y gesticulaba exageradamente—. ¡Arribó al inicio del ciclo!

Kaschepurskyj ignoró al italiano, que no cesaba de murmurar, y me siguió interrogando.

—¿Vio a alguien? —La voz de la vieja denotaba impaciencia.

—Pues... Sí. Al menos parecían personas. Un hombre con una antorcha y dos o tres mujeres. Eran peludos, estaban casi desnudos, y gritaban en un idioma extraño. Supongo que así se verían y oirían los humanos primitivos. Antes de que las puertas del ascensor se cerraran, pude ver a la luz de la antorcha unos dibujos sobre las paredes de la caverna. Figuras rupestres que representaban escenas de caza, o algo por el estilo.

—¡Mujeres prehistóricas! ¡Eso sí sería algo nuevo! Je, je, je...

—¡Buiet, Gómez! Te recuerdo que tú insististe en meter a la joven en el edificio. Y espero que no intentes hacer lo que estás pensando con ese cerebro pervertido.

A Andorregui se le escapó una risita aguda, mientras miraba cómo su boina grasienta giraba entre los dedos. Dos viejas desdentadas que estaban sentadas junto a la ventana murmuraron escandalizadas por la desfachatez de Gómez.

La polaca no se inmutó. Continuó con las preguntas.

—Miller, ¿salió usted del ascensor?

—No tuve el valor...

—Entonces usted no trajo nada de ese sitio, ¿verdad?

—No, claro que no.

—Bien.

El alivio se pintó en la cara fruncida de la vieja polaca. Y como si se hubiera abatido sobre ella un agotamiento repentino, pidió:

—¿Podría usted, Blatter, explicar a la jovencita de qué se trata todo esto? Gracias.

Ahora venía lo bueno. Sentía gran curiosidad por escuchar la explicación que me iban a soltar.

Don Cristóbal Blatter, del 2° A, mordisqueó nerviosamente su pipa. Amagó levantarse, como si lo hubieran llamado a dar lección, pero desistió.

—Verá usted, este ascensor es una suerte de máquina del tiempo.

Esperó unos segundos, a ver si yo acusaba recibo de la novedad. Fingir incredulidad o asombro me hubiera hecho sentir estúpida, por lo que permanecí impasible.

—Una vez por día —prosiguió— durante un lapso de, digamos... aproximadamente una hora, el ascensor puede trasladar a sus ocupantes a otro tiempo y a otro lugar. Pongámoslo así. Durante esa hora el ascensor echa a correr un fragmento de tiempo pasado que se reproduce a gran velocidad. Es como si se tratara de una película que se pasa

en avance rápido. Solo hay que elegir el fotograma de la película donde caer.

Curioso que usara esa palabrita. En la Estación también decimos «caer» o «bajar», pero no siempre se trata de llegar desde arriba.

Cristóbal chupó la pipa, y el humo espeso arrancó unas toses terribles de algunas gargantas.

—¡Catzó, Blatter! ¡Apague esa cosa!

El aludido miró al calabrés mientras se mesaba la barba descuidada, con ese desprecio del que solo son capaces los viejos y los niños.

—Je, je, je...

A Gómez no le importaba en absoluto lo que se hablaba. Solo me miraba el busto por el rabillo del ojo.

—¡Buiet, señores! —Kascheburskyj intentaba ocultar su impaciencia sin resultados.

Blatter le dio otra bocanada a su pipa y continuó con la explicación:

—Sabemos que ese segmento de tiempo pasado comienza en algún día perdido en la prehistoria y se extiende hasta hoy. Por lo tanto, por cada día que transcurre en el presente el ciclo crece también veinticuatro horas. Entonces ese lapso de una hora que mencionaba antes, va aumentando proporcionalmente por cada día que pasa. Unas milésimas de segundo diariamente. Es como si la cinta sin fin de esta película se fuera estirando. Cada vez la película es más larga y hay más imágenes para mostrar.

Buena analogía la de la película.

Me explicaron que se utilizaba la botonera para marcar el «dónde-cuándo» elegido, que un error de segundos en el «tiempo real» podía costar años enteros en el «tiempo comprimido» del ascensor.

La vieja polaca se levantó de su sillón estampado, caminó bastoneando hacia mí y me explicó:

—Creemos que se trata de un artefacto que ha sido olvidado por alguna civilización muy avanzada. Todo esto lo ha deducido don Cristóbal, que es físico y matemático aficionado, descifrando las intrincadas ecuaciones y las instrucciones que hemos hallado en una placa de titanio oculta en un panel del ascensor.

Nuevamente un silencio teatral. Supongo que todos ansiaban ver en mí alguna reacción apropiada. Sorpresa. O incredulidad. Me puse en pie y me acerqué todo lo que pude a la polaca. Pregunté:

—¿Qué esperan de mí, al contarme todo esto?

—Cómo usted comprenderá, nadie fuera de este consorcio debe saber qué uso le damos al ascensor. Hasta hemos sobornado al técnico de mantenimiento. Esperamos su complicidad para seguir conservando el secreto.

Miré de reojo mi reloj por enésima vez.

—¿Qué uso le dan a esta máquina del tiempo?

—¿Nunca se ha preguntado, Miller, por qué somos todos ancianos en este edificio?

Yo tenía algunas ideas al respecto. Pero ya no había más tiempo para seguir conversando.

5:59 PM

El telepod empezó a emitir un chirrido agudo y oscilante.

Abracé a la polaca y me arrojé hacia atrás. Ella gritó. Caímos ambas sobre Gómez. La banqueta en la que él estaba sentado se rompió, y los tres nos desplomamos en el piso, la vieja y yo aplastando el vientre del cerdo. Gómez

emitió un quejido desinflado. Me desasí de esa maraña de miembros y me puse en pie rápidamente. Con la palma abierta de mi mano derecha tracé un arco en el aire lo suficientemente amplio. Justo a tiempo. A las seis en punto, poderosos chorros de energía vinieron desde otro tiempo para detener toda la materia, enquistando el living de la polaca y todo su contenido dentro de un glóbulo acrónico. El olor a ozono nos azuzó. Kascheburskyj estaba dolorida y asustada. Se quejaba al mismo tiempo que tapaba sus oídos para soportar el ruido vibrante. El aire picante le escocía la nariz y la hacía lagrimear. Me pregunté si se habría roto algo. Pero mi preocupación era absurda. Gómez resoplaba y trataba de sacarse de encima a la vieja. Puteaba con ganas. Lo golpeé en las sienes con odio. Se desmayó. Me alegró saber que muy pronto me desquitaría.

Un instante antes de que Zepeda disparara los haces, yo había activado mi glóbulo personal, confinándonos a los tres en un aura de tiempo subjetivo. En ese trance uno puede morir. Si hubiera activado el aura al mismo tiempo que Zepeda enquistaba la porción de espaciotiempo elegida dentro del glóbulo, nunca me habría enterado. El cataclismo habría sido atroz. «Explosión» no es una palabra adecuada, no alcanza a ilustrar lo que sucedería. Cuestión de fases y singularidades. La medida preventiva habitual es aislar toda una «región» del entramado espaciotemporal durante cada bajada. Me sigue fascinando que manipulemos tal poder inconcebible para realizar este tipo de ajustes. Es como practicar cirugía al tejido del continuo.

A pesar de que el fluir temporal estaba reducido a cero, la luz de la habitación seguía moviéndose normalmente. Los fotones nunca quedan cautivos dentro de un glóbulo acrónico. Por eso la materia se ve realmente congelada.

Ahora, la imagen del living de la polaca que penetraba a través de la translúcida pared globular de mi aura era como una pintura. Fuera de la burbuja opalina los viejos cronosuspendidos parecían momias. Porque estar cronosuspendido es lo mismo que estar muerto. Solo que la materia no se corrompe. Se detiene. El humo de la pipa de Blatter se había convertido en una nebulosa estática, en una mortaja marmórea que rodeaba a las momias. Eso aumentaba el carácter surrealista del cuadro. La cronosuspensión siempre genera esa sensación onírica en el observador.

Kascheburskyj había dejado de gimotear. Me miró con desconcierto y temor. Empezó a balbucear un interrogante, pero no le di tiempo. Puse mis anulares sobre su frente antes de que lograra hablar y empecé a sondearla. Recordé que había seis pulmones dentro de mi aura. El tiempo era tres veces más escaso que lo habitual.

Su mirada decía que estaba asustada. Su mente subyugada era como un ratón desquiciado rebotando en las paredes de una jaula estrecha. Sé que es duro ser sometido al sondeo. Estaba violando su mente. Y presenciar una cronosuspensión sin el entrenamiento adecuado puede resultar muy perturbador para los sentidos. Pero la vieja era fuerte, resistiría.

Yo necesitaba saber.

Cerré los ojos. Las imágenes empezaron a fluir velozmente por mi cerebro. Demasiado rápido. Presioné suavemente sobre las órbitas de la vieja. Me relajé. Entonces el flujo aminoró. Y empecé a escuchar la monocorde voz interna de la polaca.

Enriqueta Kascheburskyj había muerto en Auschwitz, en 1943. Osvaldo Lepori, en la ESMA, en 1977. Andorregui

había sido un ex policía, asesinado en un asalto en 1955. Elena Gregorio, una de las viejas de la planta baja, había sido atropellada por un ómnibus sin frenos en 1962. El asqueroso de Gómez había sido baleado en un cabaret en 1935. El calabrés Brignardello había muerto de peste negra en 1891. Y la lista continuaba. Más de la mitad de los viejos del edificio eran cadáveres, oficialmente hablando.

Seguí sondeando, seguí sondeando, hasta que en lo profundo hallé un núcleo luminoso. Me sumergí en él:

Olga, mi querida hija...

Abrí los ojos y miré a través de la pared globular de mi aura. Ahí estaba Olga Kascheburskyj, sentada junto al combinado con la bandeja sobre el regazo. Sus ojos eran verdes como los de la vieja polaca. La hija se veía tan anciana como la madre.

Volví a cerrar mis ojos antes de que el flujo se debilitara. Presioné un poco más sobre las cejas de la vieja, y entonces también gusté, palpé y olí. Logré entonces una empatía casi completa, pero ahora, a través del estrecho vínculo madre-hija, yo podía ser Olga Kascheburskyj:

...hacía calor en el ascensor, mucho calor. Temblé al regresar al campo de concentración, al infierno en el que habían transcurrido los únicos años de mi niñez que solo recuerdo en sueños. Las puertas se abrieron y me metí en la cámara de gas. Sabía que afuera estaba yo, la niña de cuatro años, llorando desconsoladamente porque la habían separado de su mamá. Ese pensamiento me dio fuerzas. La visión dentro de la cámara era espantosa, horrenda. Me abrí paso entre los cuerpos flacos y desnudos que se aferraban a mis piernas y pedían ayuda desesperadamente, boqueando. Recuerdo que clamé a Dios que me ayudara a encontrarla. Pero los gritos de horror ahogaban mi oración. De pronto la

encontré, ya medio asfixiada. El rostro de mi madre estaba demacrado y huesudo...

Hubo un destello, y fui expulsada del núcleo. Estaba llevando a la vieja al límite de su resistencia psíquica. Insistí un poco más. Ahora yo era Enriqueta Kascheburskyj:

¡Boj moi! ¡Qué pesadilla para mi chiquita! Volver a Auschwitz, al horror del que había salido con vida, solo para buscarme. ¿Lo vio, Miller? Y ahora usted tiene el privilegio de conocerme...

Me sobresalté. Por un momento pude sentir cómo la figura borrosa que tenía frente a mí oprimía mi cabeza con sus dedos. Era rara la sensación de desdoblamiento. Eso solo podía significar una sola cosa: me había sobrepasado. La había matado, y las trazas de su energía psíquica discurrían ahora sin sufrir las distorsiones de una plataforma orgánica: la liberación del alma. Su cuerpo había dejado de funcionar, y entonces, instintivamente y solo por un segundo, el mío tendió a cobijar esa energía residual. Por un instante fui Patricia Miller sondeando a la vieja, y a la vez fui Enriqueta Kascheburskyj confesándose ante la jovencita, la *dievotchka*, rubia y pecosa. Tenía que aprovechar esa última inercia del flujo. Apreté con más fuerza sobre sus cejas, ahora sin vida, y me dolió la frente, pero la vieja me habló:

Ya ve, dievotchka, todos nosotros hemos infringido las leyes del destino. Mire a mi hija. Tiene cincuenta años, pero parece una anciana. Es el precio que pagó por cruzar esas puertas y rescatarme. Esos minutos de tiempo comprimido en Auschwitz significaron varias décadas para su cuerpo. Yo tenía veinticinco cuando estaba muriendo en la cámara de gas, han pasado más de catorce años desde mi rescate. Por lo tanto hoy tengo treinta y nueve años. Pero también

luzco como una anciana. El traspaso por las puertas del ascensor me avejentó casi instantáneamente. Blatter intentó explicarme los motivos del fenómeno, pero nunca lo entendí completamente. A todos nos pasó lo mismo. Pero estamos vivos, al fin de cuentas. Y en cierto modo, hasta podríamos decir que somos felices. Todos en este consorcio podríamos contarle una historia parecida. Salvo el brillante Cristóbal, que solo quiso charlar unos minutos con Einstein. Nuestros hijos, sobrinos, y nietos hallaron la placa en el ascensor, y ayudados por Cristóbal, pusieron en marcha el dispositivo. Ellos nos rescataron, dievochka. Porque nosotros deberíamos estar muertos. Antes de mi rescate hubo varios intentos fallidos. Algunos no regresaron jamás al edificio. Pero luego del primer éxito se planificaron más incursiones. Todos estaban dispuestos a sacrificar varios años de su vida. Aún alguien tan desagradable como Gómez puede ser amado a tal punto. Pero no queda nadie en el edificio lo suficientemente joven como para intentarlo nuevamente. Somos todos muy viejos, y contamos cada minuto. La necesitamos. Por eso le permitimos comprar el departamento. ¡Boj moi, Miller! ¡Le sorprendería saber que siempre hay alguien a quien queremos traer del pasado! Siempre hay alguien...

Y el flujo se agotó, diluyéndose suavemente, y el ente que había sido Enriqueta Kaschepurskyj se integró al tejido universal del continuo; como si una paz infinita se abatiera sobre ella y por fin la absolviera del pecado de entrometerse en los designios del destino, o de Dios... O de Boj, como lo llamaba ella.

Retiré mis dedos de su cabeza, y el cuerpo inerte se desplomó sobre la pared de mi aura. Había averiguado todo lo que necesitaba saber. El daño era grave, aunque controlado a causa del hermetismo del consorcio. De

todos modos las órdenes habían sido claras: eliminación de vestigios. No había otra acción correctora para subsanar las paradojas creadas en la trama espaciotemporal. Algunas habían anudado las hebras; otras, las habían desgarrado.

El aire dentro de mi aura estaba viciado. Pude ver a través de la pared globular que todos los viejos seguían petrificados. Ahora todo dependía de la pericia del jefe de Ajustes y Misiones Especiales. Zepeda empezó a «cavar el túnel» a través del cual iba a extraerme. La pared siseaba y rechinaba. La materia quieta gemía. Los átomos casi habían agotado su inercia y se resistían al avance de mi aura. De pronto, comenzó a moverse lentamente, como una burbuja flotante. Me volví y miré por última vez a los viejos. El living de Kascheburskyj parecía un museo de cera.

Tuve que refrenar las lágrimas al pensar en la vieja y su hija; y en las otras historias, que no conocía, pero que podía entrever. Los viejos que habían muerto, y sus hados que los rescataron de la muerte inexorable usando el ascensor; aun sometiéndose al envejecimiento precoz producido por el disloque cronológico. Zepeda, Katrian y las autoridades de Ro-Junk tendrían que descubrir quién diablos había dejado funcionando un transpositor espaciotemporal de lazo comprimido en el hueco de un ascensor primitivo.

Mi burbuja salió del living penetrando la materia suspendida. La atmósfera de la sala, el metal, la madera, los ladrillos y el revoque; todo se «disolvía» al paso del aura removida por Zepeda. Recuerdo que descubrí con alivio que ningún viejo suspendido se interponía en mi camino. De todos modos Zepeda no hubiera reparado en tan insignificante eventualidad. Por último, el aura atravesó estrepitosamente la pared del glóbulo acrónico que encerraba el living. Entonces el telepod emitió un

pitido entrecortado y disonante. Podía desactivar el aura sin peligro. La trepidación nos sacudió. Nuevamente el intenso olor a ozono. El cadáver de Kascheburskyj, Gómez y yo estábamos en el palier, junto a los fragmentos de una banqueta despedazada. Zepeda era un cirujano muy preciso.

Actué rápidamente. Abrí el panel de la cabina del ascensor y retiré la pesada placa instructiva de titanio. Las indicaciones estaban escritas en varios idiomas, y también en la jerga técnica de la Estación.

Entonces Gómez recobró la conciencia. Tosió, resopló, las arcadas le humedecieron los ojos. Era tiempo de ocuparme de él. Intentó incorporarse. No lo dejé. Con toda la furia de la que fui capaz le aplasté la cabeza con la placa de titanio.

—¡Hijo de puta, viejo asqueroso...!

No satisfecha aún, tomé el estilete del cinturón y le acuchillé la entrepierna hasta que el puño se me hundió en una pulpa sanguinolenta.

Qué más daba, si todas las momias iban a morir en minutos. Pensé que de esa forma algo pesado se desataría de mí. La sangre empapó sus pantalones como una flor que se abría.

Tomé unos cuantos pedacitos de gomaespuma de la banqueta rota y me los guardé en el bolsillo. Envolví la placa con el pulóver verde de la polaca. Bajé corriendo por las escaleras.

6:32 PM

Salí a la calle y caminé con apuro, pero sin rumbo. El día era soleado.

Me decidí firmemente a no acatar nunca más órdenes que me rebajaran. Ningún maldito transpositor olvidado por los estúpidos de Logística valía tanto como para que me dejara coger por ese viejo cerdo. Pero, claro, debemos evitar a cualquier precio que nuestra tecnología sea usada inadecuadamente por los primitivos.

Órdenes son órdenes.

Idiotas. Odié a Zepeda, odié a Katrian. Me odié a mí misma también.

Luego de caminar una hora, el telepod cimbreado en mi cintura. Leí maquinalmente los caracteres resplandecientes. En la Estación habían comprobado la unión y el alisamiento de las hebras del entramado. Las líneas probabilísticas se extendían congruentemente. Un zumbido grave y metálico me indicó que Zepeda ya había disgregado el glóbulo acrónico, que ya podía implementar la acción correctora. Me pregunté cómo sería el despertar de los viejos.

¿Habrían resistido la aceleración de la materia de sus cuerpos?

¿Habría causado el desplazamiento de mi aura interpenetraciones de cuerpos y objetos al normalizarse el flujo temporal? Me pregunté cómo sería revivir a segundos de volver a morir de una vez por todas.

Me estremecí al pensar que la Continuidad caprichosa y tiránica a la que servimos necesitaba vejaciones, venganzas y asesinatos para proseguir. ¿Quién se ocuparía de las otras fibras lastimadas...?

Accioné el detonador.

Supé más tarde que la explosión se había escuchado a veinte cuadras de distancia. No aguanté más y lloré.

Y solo ahora, dos meses después de mi regreso a la Estación, puedo terminar el informe final de la misión. ☆

MISIÓN DIPLOMÁTICA

«Misión diplomática» fue publicado por primera vez en *Axxón* #192, de diciembre de 2008.

A Laura Ponce, porque desde que leí sobre su ventajoso retacer, sus fábulas no han dejado de sorprenderme.

La hipótesis de Hoyle no descarta la selección natural, simplemente la considera como uno de los mecanismos de la evolución, aunque no el más importante. El motor de la evolución sería el aporte periódico de material genético proveniente del espacio.

Pablo Capanna,
**«El mito de la
sopa primordial»**

Sos buena en la cama
y sabés guardar un secreto
hasta quebrar tu cuerpo.
Y te vas
y te vas dividiendo.

Soda Stereo,
«Ameba»

La retronave descansaba sobre una altiplanicie rodeada de colinas. En sus flancos oxidados se leía «Skuonk», y a pesar de que la pintura estaba medio quemada, podía apreciarse el emblema del Gabinete de Relaciones Exteriores de Madretierra. La luz lechosa que irradiaba el sol azulado de Zwendara bañaba su casco, todavía humeante.

Lynn Nankusai se desvestía en el puente de mando. Una vez que logró deshacerse del homeotraje reglamentario se quitó la ropa interior y se dedicó a desentumecer su cuerpo con movimientos elásticos y precisos. En un acto reflejo ensayado desde la infancia, revisó las innumerables pecas que salpicaban su piel. Luego se palpó los generosos pechos que apuntaban hacia el panel de mandos y sintió cosquilleos punzantes que electrizaron sus pezones: los desagradables efectos del criosueño. A pesar de que ya habían pasado tres semanas desde que había sido vomitada por el criocapullo, las secuelas aún persistían. Se acarició el vientre, los muslos y los glúteos. Aunque los magnetocilios de los capullos masajearan permanentemente el cuerpo durante el criosueño, la pérdida de tono muscular era evidente. La intensa ejercitación de los últimos días no había bastado: podía sentir la falta de firmeza de sus miembros. Maldijo el ítem del reglamento que prohibía llevar espejos. A causa de

las singularidades forjadas por los retroimpulsores, dentro de una nave no había superficies bruñidas de ningún tipo. Al atravesar el revés del continuo, todo en su interior era ensombrecido hasta lucir el negro más fuliginoso. Solo al salir del retrovuelo cada cosa recuperaba su color original (aunque los homeotrajados y los capullos seguían permaneciendo negros como el azabache).

Nankusai se soltó el pelo y se desperezó con lentitud. La deslumbrante claridad que entraba por las cubiertas acristaladas de la Skuonk la hizo lagrimear.

Con la complexión delicada de una mujer oriental, la tez blanca y pecosa de una caucásica, rasgados ojos verdes y una cabellera pelirroja, era una de esas bellezas exóticas, manufacturada a pedido de sus progenitores a partir de un cigoto «crisol» en los laboratorios de Gene Ensemble & Co., en Neotokyo. Estaba calzándose sus jeans gastados cuando oyó un ruido que provenía de los camarotes. Giró, sobresaltada. Con un rápido movimiento levantó el homeotraje del suelo y se cubrió el torso con él.

—¿Quién anda ahí? ¿Ministro Jarovis? ¿Ya regresaron?

Ahora el silencio la inquietó aún más. Estaba a punto de aislar el puente cuando se oyó una voz:

—Soy yo —dijo Jaco Manrek, el piloto de la Skuonk, saliendo a la luz azul que ya inundaba el recinto—. Discúlpame, no quería... Solo venía al puente para programar los sistemas de autodefensa de la nave.

Nankusai se enfureció.

—¡Mentiroso hijo de puta! ¿Cuánto hace que estás espiándome?

—Solo me topé con el espectáculo. No era mi intención...

—¡Desgraciado!

—¿Desgraciado? ¿Desde cuándo es aconsejable andar en cueros dentro de una retronave? Como te dije, solo quería...

—¡Habías salido con Jarovis y Löttermein a explorar!

—Fue Jarovis quien me envió de regreso para programar el sistema defensivo de la nave. Y también quería que adelantara los preparativos para la caminata hasta Awezem. Ya sabes: las mochilas, los holomapas, disponer los menús de los sintetizadores de alimentos... No es mi culpa si tienes vocación de stripper.

—¡Miserable! No me extrañaría que la propuesta de volver haya sido tuya. Hasta podrías haber mostrado un compromiso repentino para con la misión con tal de venir a espíarme, asqueroso mirón.

—Bueno, admito que más de una vez intenté verte algo más que la cara y las manos. Pero el uso obligatorio del homeotraje...

—No te alcanza con esas viejas revistas de papel, ¿no?

—Son valiosas piezas de museo. Soy un coleccionista.

—Un onanista, diría yo.

—Uh, como quieras. Por cierto, no sabía que tenías tantas pecas.

—Si no te importa, quiero terminar de vestirme a solas.

—Claro, claro. Me voy. Ah, deberías volver a ponerte el homeotraje, ya que partiremos ante de lo previsto. Además, sabes que esos pantalones son antirreglamenta...

—*¡Fuera!*

Una vez que Tiago Jarovis, Ministro del Gabinete de Relaciones Exteriores de Madretierra, y el tepe Markus Löttermein regresaron a la Skuonk, los cuatro miembros

de la misión diplomática se prepararon para marchar hasta Awezem. Ocho kilómetros separaban a la retronave de la ciudad. Tendrían que recorrerlos a pie, esforzándose sobre el terreno escabroso, sudando bajo el sol zwendariano.

Antes de partir, el Ministro del GREMT constató que todo estuviera en orden:

—¿Están listos los sistemas de defensa, Manrek?

—Sí.

La mirada de Jarovis pasó de Manrek a Nankusai, y nuevamente al piloto.

—¿Todo en orden, Lynn?

—Sí, Ministro. Todo está bien —contestó Nankusai con su melodiosa voz de contralto.

—¿Segura? —insistió Jarovis, sin despegar los ojos de Manrek. Mientras preguntaba de nuevo, el Ministro se quitó de la frente un mechón de pelo entrecano. En él, ese gesto era señal de desconfianza. El piloto le daba mala espina.

—Sí —Nankusai sonrió conciliadoramente.

—Ya la oyó, jefe. Todo está muy, pero muy bien —intervino Manrek, mirando de reojo a Nankusai.

—Mejor así —reconvino Jarovis, ignorando el sarcasmo del piloto—. Todos comprueben sus pertrechos. Que sus homeotrajés estén bien ajustados. Y recuerden usar las mascarillas: la atmósfera de Zwendara puede fatigarlos.

Luego de sellar las compuertas de la Skuonk, la delegación comenzó a caminar en dirección a Awezem. Löttermein, Nankusai y Manrek comprobaron que Ministro estaba en lo cierto: a intervalos más o menos regulares debían aspirar largas bocanadas de oxígeno. Un viento recio soplaba sobre las serranías, pero descubrieron que las ráfagas no conseguían sacudir las grandes plantas

que se alzaban a más de veinte metros sobre el suelo. Su apariencia era una mezcla de champiñón y cacto.

Jaravis encabezaba el grupo. Se encargaba de recordarles a los demás los pormenores de la misión:

—Es necesario que llegemos a pie. Es una de las costumbres del zremdyn.

—¿«Zremdyn»? —preguntó Manrek, presintiendo que Jaravis estaba a punto de soltar uno de sus aburridos discursos—. Vamos. Ya no queremos escuchar nada más acerca este planeta de mierda.

El Ministro pasó por alto el comentario insolente y continuó explicando las peculiaridades del protocolo zwendariano.

—Llegar caminando es señal de paz y propicia el buen recibimiento.

Markus Löttermein, el tepe, sacudió la cabeza lampiña.

—En los informes que ha redactado para el GREMT, Ministro, usted ha definido a los zwendarianos como «seres altamente evolucionados». ¿Cómo es posible, entonces, que no hayan desarrollado tecnología? Ni siquiera han dominado el fuego.

—Es muy sencillo de explicar: su tecnología se basa en la manipulación genética. Cualquiera de los organismos que habitan este planeta es muestra del grado de desarrollo tecnológico que han alcanzado.

Löttermein pensó en las implicaciones de ese concepto. Jaravis, adivinando lo que pasaba dentro de la cabeza del tepe, agregó:

—A los zwendarianos les parece igual de repugnante que los humanos dependan de máquinas inorgánicas —explicó Jaravis—. En Zwendara no hay artefactos de ningún tipo, Markus.

Cuando el GREMT determinó que los zwendarianos eran amigables, todos en el Directorio de Madretierra se entusiasmaron. Una exaltación similar había sobrevenido cinco AOE (Años Objetivos Estándar) antes, cuando el gobierno admitió que una nave de origen desconocido se había estrellado sobre Sinus Iridum, al noroeste de la cara visible de la luna. Los medios de comunicación bautizaron ‘iridios’ a los alienígenas. Más tarde se dijo que se trataba de una partida de reconocimiento cuyos tripulantes habían sobrevivido a un aterrizaje de emergencia.

El Directorio vio en los iridios la clave para despertar a las naciones indolentes que gobernaba. Para ello decidió echar mano a un recurso siempre efectivo: la guerra. Se puso en marcha un plan meticulosamente elaborado, en el que poco importaba si la patrulla de reconocimiento alienígena había venido en son de paz.

El primer paso fue fundar el Gabinete de Relaciones Exteriores de Madretierra. Aunque se esperaba que su función principal fuera la de servir como pantalla para ocultar el verdadero objetivo que perseguía el gobierno.

Luego, a dos AOE del aterrizaje de emergencia de los iridios, los portavoces gubernamentales dijeron que había motivos para creer que la inmensa fuerza expedicionaria que había enviado la partida de reconocimiento atacaría a Madretierra. En realidad, los «motivos» eran las torturas que los científicos habían infligido a los alienígenas capturados en la Luna, hasta matarlos. Un detalle que fue ocultado por el Directorio, pero que resultó imposible de ignorar por parte de una especie en la cual todos los individuos vivían entrelazados en una comunión simbiótica e indisoluble.

Con la misma intransigencia que distinguía a cada una de las medidas de gobierno, el Directorio decretó que

los iridios eran «los primeros enemigos de la humanidad toda». Y se declaró la guerra, deseada por la mayoría, gracias a la constante labranza mediática de los temores xenófobos. El conflicto se prolongó interminablemente, al compás de las necesidades del comercio y la industria. La civilización estaba de pie otra vez.

Ahora el interés del Directorio por los alentadores informes de Jarovis acerca de los zwendarianos radicaba en la esperanza de lograr una alianza con ellos. La meta no era zanjar definitivamente el enfrentamiento contra los iridios, sino contar con una as bajo la manga para cuando la situación se tornara incontrolable.

—Nuestra misión es de altísima prioridad —dijo Jarovis, mientras se afanaba sobre el suelo rocoso y empinado—. El Directorio espera que los zwendarianos nos den la clave para destruir a los iridios.

Hizo un breve silencio para permitir que todos captaran el enfático recordatorio del objetivo, y continuó:

—A primera vista, Awezem les parecerá un macizo vegetal, un bosque. Sin embargo es una ciudad funcional, extensa y compleja. Se puede decir que los zwendarianos son un ejemplo en lo tocante a la ecología: han descubierto cómo vivir en armonía con todas las formas de vida del planeta.

A Jarovis le encantaba hablar de ellos. Había sido miembro de la primera expedición a Zwendara, y a partir de entonces se había dedicado a descubrir los misterios de esa especie. Quería conocer los dispositivos psicológicos y sociales que la hacían funcionar con tan sorprendente precisión, los factores que ponían en marcha procesos tan complicados como el zremdyn. Creía que la alianza con los zwendarianos otorgaría a la humanidad no solo la

victoria sobre los iridios, sino también otros beneficios. Agradecía al Cielo el que las sondas exploradoras hubieran descubierto a Zwendara durante su gestión como jefe del GREMT. No cualquier exobiólogo tenía una oportunidad de oro como ésta.

Él sabía que era probable que la guerra no terminara nunca. Pero si la Skuonk conseguía regresar a Madretierra llevando el secreto para vencer a los iridios, todos estarían tan agradecidos como él de que las sondas hubieran hallado a los zwendarianos. Y él y su tripulación se convertirían en héroes.

Mientras Jarovis meditaba, Löttermein y Nankusai miraban con recelo las grandes plantas que apuntaban al cielo.

—¿Los zwendarianos son como estos hongos pinchudos?

El sensual registro de contralto de Nankusai atrajo la atención de Manrek. El piloto contempló las caderas de la joven y recordó la esbelta figura que lo había encandilado en el puente. Aunque ahora no lucía esos ajustados jeans, ella conservaba todo su atractivo aun enfundada en el homeotraje.

Jarovis percibió la mirada de Manrek clavada en el cuerpo de la mujer y la rabia lo crispó. Respondió la pregunta de Nankusai, tratando de disimular la irritación.

—¿Te refieres a los wazdris, Lynn? No, los zwendarianos no son tan altos, ni tienen espinas. Al menos no todos las tienen. Cuesta un poco acostumbrarse a su apariencia: es posible que al principio les resulte un poco asquerosa — Mientras hablaba, seguía vigilando de reojo a Manrek, que no despegaba su mirada de la joven.

Más te vale que no la toques, pensó el Ministro. Y volvió a preguntarse qué habría sucedido esa mañana en el puente de la Skuonk.

Debido a las características inusuales de la misión, Jarovis había insistido en que no se sometiera a la tripulación a los condicionamientos inhibidores del deseo sexual, gracias a los cuales se evitaban muchos problemas en las retronaves. Sobre todo cuando se trataba de viajes largos, como el que ellos habían hecho. Ningún retrovuelo de esa magnitud se hacía sin aplicar los condicionamientos, ya que, por alguna razón, el aislamiento sufrido en el espacio parecía agudizar las frustraciones de origen sexual en la mayoría de los individuos. Cuando no se los condicionaba, podían aflorar sexopatías de todo tipo en los retronavegantes.

Pero Jarovis afirmó que el éxito de la misión a Zwendara dependía de que todos conservaran intacta su libido. Los inhibidores hubieran alterado la producción hormonal de la tripulación y eso era justamente lo que no debía pasar.

—La herramienta más importante de la diplomacia es el diálogo, y los zwendarianos se comunican a través de las secreciones y las hormonas.

Esa había sido la escueta e inquietante explicación que Jarovis había ofrecido a los dos miembros de la delegación diplomática y al piloto al elegirlos para la misión.

—Y el éxito de nuestro cometido, que es decisivo, tal vez requiera de sacrificios individuales.

Las dudas acerca de la importancia del retrovuelo a Zwendara quedaron completamente disipadas cuando se supo que sería comandado por el mismísimo Tiago Jarovis.

Luego de haber volado en el revés del continuo durante medio AOE, fueron expelidos por los criocapullos para afrontar la convivencia durante los veintiún días de frenado

que la Skuonk necesitaba al atravesar el espacio normal. El encierro y el fastidio atentaron contra la cordura de todos. Habían tenido que sublimar de un modo u otro la tensión hasta descender en Zwendara. Entonces —pensó Jarovis— habrían de cesar las masturbaciones, las pesadillas eróticas, las peleas y el maltrato.

Pero al ver la forma en que Manrek miraba a Nankusai ahora —y al descubrir su propia reacción frente a esa mirada— supo que no sería así.

El piloto se dio cuenta de que Jarovis lo estaba observando. Apartó de mala gana sus ojos de la joven, no sin antes ofrecerle una torcida sonrisa de complicidad al jefe del Gabinete.

Jarovis era consciente de lo que sentía por Nankusai. Un amor que había crecido a través de los años, silencioso y pleno de quimeras. Un deseo acorde a sus cincuenta años: tenue pero persistente, sosegado pero cálido; un anhelo que intentaba abrirse camino entre las fantasías de la joven por medio de la galantería, que se evidenciaba en la esmerada solicitud con la que él atendía todos los pedidos de ella. Pero también era una agitación que a veces se manifestaba como un dolor en los genitales.

Lo malo de ese «amor secreto», que lo hacía sentirse joven nuevamente, era que a la vez lo atormentaba con una incisiva culpa que no resultaba fácil de apartar. Aun estaba divorciándose de su esposa, Stella, y sabía que la separación afectaba a sus dos hijos. Se excusaba a sí mismo repitiéndose una y otra vez que esos sentimientos tan íntimos, desatados por la bella diplomática que alguna vez había sido su alumna, no eran deseos lascivos, sino una especie de cuidado paternal. Pero en el fondo sabía que no podía engañarse: estaba enamorado de Nankusai. Y los

celos lo estaban carcomiendo. Creía que si ella tuviera que elegir, se quedaría con el piloto insolente. Eso lo enfurecía.

Pero por sobre todas sus emociones estaba el hecho de que Nankusai era indispensable para la misión: la necesitaban limpia. Limpia de Manrek, y también limpia de él mismo.

Löttermein no era una preocupación: solo tenía sexo con genodroides. Lo llamaban «tecnopigmalionismo» —«TP» era la sigla que se usaba en el hablar cotidiano—, o «ciberfilia». Todos sabían que la máxima aspiración de los cibérfilos o «tepes» era emular a sus parejas, transformarse en genodroides por medio de implantes quirúrgicos costosísimos, aunque tal cosa fuera imposible. Un genodroide era un organismo montado, un híbrido estéril: mucho más que un robot, poco menos que un hombre.

Según la declaración jurada que había presentado, Löttermein había llegado a empotrar dentro de su cuerpo tres circuitos de empatía neuronal, cuatro placas holomnemónicas y diez chips sincroerógenos. La idea de incluirlo en la delegación diplomática se debía a su gran capacidad de registrar información, gracias a su memoria eidética y a sus sentidos amplificadas, hipertrofiados a causa de los implantes. Era un archivo viviente. Y eso parecía ser motivo suficiente para que todos trataran de desterrar sus prejuicios y aceptarlo como un miembro más de la delegación. De a poco se habían acostumbrado a su figura esquelética, sus amaneramientos, su piel coloreada con tintes plateados y sus ojos saltones, que destellaban en la oscuridad.

Él era el único miembro de la tripulación que no sufría por la abstinencia de sexo. Sus placas holomnemónicas guardaban decenas de encuentros amorosos con su pareja

genodroide. No se trataba de fantasías o recuerdos, sino de la experiencia multisensorial directa. Los chips no solo le permitían a Löttermein lograr una empatía plena y total con su pareja durante el coito, sino que también le daban la posibilidad de revivir el placer obtenido en cada ocasión cuantas veces quisiera.

Lo que nadie sabía a ciencia cierta era cuánto más podía hacer el tepe con sus implantes; ésa era la causa por la que los tripulantes no terminaban de desechar los celos que sentían ante él. Se tejían muchos mitos acerca de los ‘poderes de los tepes’.

Pero lo que no se discutía a bordo de la Skuonk era la efectividad de los chips como un sucedáneo del sexo, a juzgar por la satisfacción que se veía en la cara de Löttermein luego de cada ‘sesión’. Eran capaces de producir un goce más real e intenso que las anticuadas revistas de papel que Manrek atesoraba como si fueran su vida misma.

—Mierda, Jarovis. Puedo llegar a entender toda esa cháchara del zremdyn, pero ¿por qué tuvimos que aterrizar tan lejos de la ciudad? ¡Ocho kilómetros!

—Ya lo he explicado, Manrek. Debemos llegar polvorientos y cansados, como se supone que sería nuestro estado luego de marchar entre estas sierras barridas por el viento. También es parte del protocolo.

Las respuestas de Jarovis a las continuas quejas del piloto eran pausadas y enfáticas, y dejaban traslucir una paciencia forzada que siempre parecía a punto de agotarse.

—¡Qué mierda! ¿Y no podíamos aterrizar en las inmediaciones, empolvarnos un poco antes de entrar y simular cansancio?

—No, no podíamos, Manrek. Nos habríamos perdido el Rocío... —Jarovis hizo un amplio ademán, aludiendo a la llovizna que había empezado a flotar en el aire circundante.

—¿*Rocío*? Parece saliva. ¡Y es pegajoso!

Manrek asomó a su nariz los dedos mojados. Arrugó la cara en una mueca de asco y entonces notó que su cabeza se estaba humedeciendo. Sacó de su mochila el casco.

—No, Manrek. Es necesario que nos empape.

—¿Necesario? ¡Ah, por supuesto! El *zremdyn*... ¿Cómo no lo adiviné?

—Sale de los *wazdris*.

—Así es, Lynn. El *Rocío* es el jugo proteínico que acompaña a la emisión de las esporas de los *wazdris*. Es una ofrenda de bienvenida para el caminante.

—¿*Esporas*? —*Löttermein* abrió los ojos. Parecía a punto de perder el control. Los tepes demostraban una gran aversión por los fluidos corporales intercambiados durante la relación sexual. Detestaban la «humedad de la carne» y reprobaban la fecundación natural. Era frecuente que se hicieran esterilizar para equipararse con su compañero genodroide. Si la pareja quería un hijo —algo que no ocurría con frecuencia— podía conseguirlo encargando el montaje de un cigoto a Gene Ensemble & Co., humano o genodroide. *Löttermein* y su compañero aun no habían acordado nada el respecto. Pero el tepe se había sometido sin dudar a una vasectomía como prueba de amor.

Al ver la desesperación de *Löttermein*, *Jarovis* se apresuró a explicar:

—No tengas miedo, Markus. El *Rocío* solo te quitará la fatiga y te dará un poquito de placer... casi como una borrachera. No se asusten si se marean. Sus sentidos serán excitados, pero los efectos son pasajeros.

—¡Ah! Nos están drogando. Linda bienvenida... — exclamó *Nankusai*, que ya estaba mostrando los síntomas de la embriaguez: sonreía con la mirada perdida, y caminaba balanceándose.

—Esta etapa del zremdyn tiene un significado similar al de una costumbre que practicaban muchas antiguas civilizaciones de Madretierra: cuando un viajero del desierto arribaba a una casa, debía ofrecérsele agua limpia para lavar sus pies. Era la primera muestra de hospitalidad...

Pero ya nadie escuchaba a Jarovis. Él podía sobrellevar los efectos del Rocío sin exaltarse demasiado porque había sido narcotizado en muchas ocasiones durante la primera misión a Zwendara. En cambio, los demás deambulaban erráticamente y murmuraban incoherencias. Así era la primera vez bajo el Rocío. Notó que Löttermein jadeaba recostado sobre las raíces de un wazdri. Parecía haber activado una de sus holomemorias y estar disfrutando en forma simultánea de la borrachera y el sexo envasado en sus chips.

Nankusai se había extasiado de tal modo que se quitó el homeotraje con arrebató y dejó que la llovizna almibarada bañara su cuerpo. Daba saltos de alegría. A través de la camiseta mojada podía verse cómo se agitaban sus senos. Reía sin cesar, totalmente alienada.

Es muy sensible; será un recipiente perfecto, pensó Jarovis con satisfacción. Entonces vio que Manrek, enardecido, intentaba desvestirse mientras se abalanzaba sobre ella. Sin dudar, se lanzó a los pies del piloto justo a tiempo y lo derribó sobre el suelo polvoriento. Lo golpeó en la cabeza. Había sido muy afortunado en mantenerse más o menos sobrio. Rebuscó en el bolsillo secreto de su homeotraje. Apretando los dientes, apuntó una pistola a la nuca del piloto desmayado, los nudillos blancos en torno del metal frío y pulido. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no matarlo. Con gusto le hubiera disparado, pero lo

necesitaban para que les llevara de regreso con la clave para destruir a los iridios.

Aun después de haber guardado el arma, seguía temblando de rabia. Tomó el homeotraje de Nankusai y comenzó a vestirla. La joven, aturdida, lo dejó hacer. Al acercarse a sus muslos invitantes, al apreciar la vastedad del vientre chato donde el perfecto ombligo destacaba como una diana, la fatal idea lo golpeó como un filo de pedernal, abriendo su carne ansiosa. Su cuerpo drenó un torrente de hormonas que le congestionaron los sentidos. Jarovis sintió que algo envaró todas las fibras de su ser.

Sus manos se estremecieron al intentar recubrir esos pechos: los pezones parecían querer rasgar la camiseta empapada. Casi hubiera jurado que el aroma de la piel de Nankusai lo estimulaba con más fuerza que la garúa de los wazdris —el Rocío también hacía lo suyo en él, a pesar de su tolerancia—. Y para colmo, la tentación era avivada por el odio que sentía hacia Manrek y por el perturbador erotismo que emanaba de Löttermein, abstraído en su holomemoria: las contorsiones del tepe lo excitaron aun más. La atmósfera orgiástica lo empujaba con violencia hacia el cuerpo de Nankusai.

Miró una y otra vez al piloto desmayado y el extasiado tepe.

Ninguno de ellos podría detenerlo.

Y ella nunca recordaría con exactitud lo que sucediera.

No. Lynn tiene que permanecer limpia para poder alojar el secreto que nos permitirá derrotar a los iridios.

Pero los muslos torneados, el cáliz del ombligo...

No. No soy un animal asqueroso como Manrek. ¡Para, maldito viejo verde! Es tan solo una jovencita. Podría ser tu hija.

...los senos prominentes, su aroma hipnótico.
No. Necesitamos el secreto para aniquilar a los iridios.
Nadie sabría.
¡El secreto!

Con gran esfuerzo logró cerrar la cremallera del homeotraje de Nankusai hasta el tope, y se alejó de ella. Se sentó sobre una roca, a esperar que se extinguiera el ardor pulsante de su entrepierna. La pistola mal enfundada le oprimía el costado.

2

El calor del sol azulado evaporó con rapidez el líquido viscoso. El vaho que ascendió hacia el cielo dejó tras de sí millones de corpúsculos microscópicos, depositados sobre la tierra. Esos orgánulos, los contenedores de información que dormían en los wazdris, fueron expulsados del sueño que los hacía flotar en un letargo amniótico. Se activaron y comenzaron a moverse con rapidez, anhelantes de acoplarse unos a otros. La aspereza del polvo los irritó, y en respuesta su membrana exterior se endureció, encerrando en un caparazón translúcido un dato sensorio.

El viento los levantó en enormes remolinos colmados de vida y se alborotaron en el aire recalentado, buscando combinar la partícula de información que albergaban. Esa era la única razón de su fugaz existencia. Mientras eran arrastrados por la brisa, muchos lograron entrelazarse en largas cadenas de aminoácidos complejos y terminaron fundiéndose en una intrincada nube polipeptídica.

Acoplamiento. Reconocimiento. Decodificación.
Despersonalización. Fusión. Codificación.

La mayoría de los orgánulos que no lograron unirse a la nube se deshicieron, salvo unos pocos que fueron reabsorbidos por los wazdris. Aun menos fueron los que sobrevivieron a la orfandad completa, sin poder alcanzar la nube ni regresar al cálido reposo en el micelio del wazdri. Los más tenaces y mejor nutridos. Quizá alguno de ellos se transformó en una espora libre, un microcosmos recluido en su latencia soñolienta. Y gracias a esa condición, tal vez lograra cruzar el espacio hasta alcanzar un sustrato favorable donde mutar vez tras vez para convertirse en un protozoo.

Bajo la nube translúcida, dos aturdidos caminantes se reponían de la embriaguez, agotados por el placer intenso. Un tercer caminante recuperaba el conocimiento luego de haber sufrido un desmayo. Algunos orgánulos flagelados habían ingresado a esos tres cuerpos a través del Rocío y ahora se agitaban curiosos al tantear sus genes.

Jaravis permanecía sentado, absorto en sus pensamientos. Recordó a su esposa y a sus hijos, y se permitió llorar. Nadie le prestaría atención hasta que pasaran los efectos de la narcosis. Comprendió que esta vez no era lo mismo: haber vuelto a Zwendara estaba resultando decepcionante. Ahora no sentía el entusiasmo que lo había embargado durante la primera expedición, cuando estaba al mando de un grupo selecto de dignatarios del GREMT, planetólogos y exobiólogos de renombre. Ese retrovuelo había conseguido que, por primera vez en mucho tiempo, se olvidara de los maliciosos e provocadores comentarios que Stella esgrimía contra él sin cesar; que lograra escapar de su maltrato habitual. En Zwendara había podido

dedicarse de lleno a la tarea que lo apasionaba, lejos de las presiones emocionales y las exigencias que le imponía su rutinaria e insatisfactoria vida matrimonial.

Pero al regresar supo que ni el viaje más largo habría podido eliminar el anhelo de sentirse deseado otra vez. El desamor lo había seguido por el revés del continuo. Y esa convicción lo llevó a fijarse en Nankusai, una de sus estudiantes más promisorias, quien solía ser la protagonista de sus fantasías.

Mientras recordaba, observó a la joven, que aun se tambaleaba y reía tontamente. Se preguntó por qué la había traído hasta Zwendara, por qué la había elegido como recipiente, exponiéndola a tantos peligros.

¿Creías que sería una aventura romántica? ¡Viejo estúpido!, pensó.

Luego se dijo que la lógica razón de su elección era la mixtura de información hereditaria que había en las células de Lynn. Puesto que ella provenía de un cigoto crisol de Gene Ensemble & Co., su surtido de genes representaría una gran ventaja en el intercambio de información que tendría lugar entre ella y su Interlocutor.

Pero en realidad el jefe de GREMT no podía discernir con claridad cuáles habían sido sus intenciones al escogerla.

Los orgánulos eludieron los genes de Jarovis instintivamente: la repelencia que sintieron sus flagelos solo podía significar que él ya había sido explorado en alguna ocasión. Solo comprobaron si en esa oportunidad se había inscrito correctamente la finalidad latente. Verificaron que el mensaje neuroquímico estaba bien eslabonado: el palimpsesto de emociones que asaltaban a Jarovis sería blanqueado capa a capa, hasta descubrir el propósito último. Se develaría así una voluntad compulsiva que ni él

mismo podría reconocer con claridad, manifestándose en el momento exacto.

Los miembros de la delegación diplomática exhalaban y transpiraban. Entonces las esporas, saturadas de información novedosa, fueron estimuladas por la salinidad irritante del sudor y la acritud del aliento. Escapando de los cuerpos con su dato precioso, se remontaron en el aire para reunirse con la nube polipeptídica que aglomeraba a millones de sus hermanas y se extendía por el cielo como un tapiz vivo de cientos de metros cuadrados. Ella recibió a las recién llegadas, apresándolas en el ciclo vital: acoplamiento, reconocimiento, decodificación, despersonalización, fusión, codificación. Eran las elegidas, las que portaban lo ajeno. Su cúmulo de datos era extrañamente sabroso, por lo cual fueron acogidas en su centro nuclear, poniendo a buen recaudo la exótica información. Los corpúsculos que albergaban información redundante fueron desplazados hacia los contornos de la nube para ser sacrificados y convertidos en un tegumento que protegiera el corazón de valiosos datos.

Jarvis se puso en pie. Secó sus lágrimas con el dorso de la mano y decidió que era hora de olvidar los remordimientos. Mientras vigilaba el vagabundeo de los aturcidos miembros de la delegación, sintió que el objetivo de la misión se imponía en su mente. Se apaciguó el torbellino de dudas que lo habían confundido.

Muy por encima de su cabeza, la nube cobró un aspecto más sólido. Ahora era una entidad, un Manto que flotaba y se estremecía, y en cada contracción clasificaba las hebras del entramado de complejos polipéptidos que conformaban su corazón, dando coherencia y cohesión a

las largas cadenas de datos. Allí se cifraron descripciones químicas completas de cada uno de los tres caminantes.

Habiendo alcanzado la cima de su madurez, el Manto fue empujado por el viento hasta la ciudad, situada con exactitud en el mayor centro ciclónico de ese continente.

Mientras reanudaba la marcha, el Ministro revisó furtivamente la carga de su pistola. Luego guardó el arma dentro del bolsillo oculto de su homeotraje. Su corazón latía con fuerza.

El núcleo del Manto también palpitaba intensamente, delineando una y otra vez los tres íconos genéticos, un pulso intermitente que fue captado por la apretada cobertura de Centinelas que cobijaba a Awezem. Cuando el Manto sobrevoló la ciudad, el choque de los cúmulos de aire desató un violento y breve chaparrón que ocultó el sol detrás de un velo plomizo con la misma prisa con que lo descubrió finalmente.

El Manto murió destilando su esperma cuando el tegumento exterior fue desgarrado por el vendaval. Los fibrosos pétalos de los Centinelas se abrieron por completo para que el flujo codiciado humedeciera sus verdirrojos gineceos.

La tormenta terminó de espabilar a los caminantes. Jarovis sintió que la lluvia arrastró consigo los últimos vestigios de incertidumbre, lavando sus culpas y descubriendo una firme determinación. El jefe del GREMT supo que ya no había vuelta atrás: el designio que lo guiaba era inexorable. Camino con apremio, ignorando las quejas de los miembros de la delegación e instándolos a avanzar con rapidez.

En los niveles inferiores de la ciudad, muy por debajo de la cubierta de las carnosidades verdes y rojas de los

Centinelas, los Transeúntes se alegraron al percibir los estremecimientos de los troncos rectilíneos que se alzaban a más de cien metros sobre suelo. Pronto las Matrices rebosarían de vida y llegarían visitas. La ciudad, que la mayor parte del tiempo permanecía adormecida bajo una sombra perpetua, despertó a una febril actividad.

En las profundidades del suelo de Awezem, tres sacos hinchados que pendían a modo de tubérculos, se agitaban sin interrupción entre las raíces enterradas. Eran placentas y lo que contenían evolucionaba asombrosamente rápido. Cuando el acelerado crecimiento que las convulsionaba llegó a su culminación, los sacos ascendieron a través de miles de pegajosos zarcillos que se adhirieron a las raíces.

Una multitud curiosa de Transeúntes se amontonó con ansias en torno de las Matrices rosadas, que ya asomaban a la superficie del suelo. En medio de la muchedumbre se destacó una figura de unos cuatro metros de altura. Tenía una cabeza diminuta, llena de pámpanos que se erguían a modo de antenas. Bajo ésta, se hinchaba un cuerpo bulboso y segmentado, de un color gris verdoso, erizado de numerosas púas negras. En él se insertaban varios miembros delgados, llenos de articulaciones y nudos, que funcionaban como brazos y piernas a la vez, y le daban una apariencia arácnida. De la parte posterior del cuerpo colgaba una chorreante raíz, a modo de aguijón, que vibraba sin cesar, como deseando hundirse en el suelo y crecer en busca de honduras más fértiles.

La figura examinó con sus pámpanos sensoriales a las Matrices palpitantes. Satisfecha, las arrastró con infinito cuidado entre la jubilosa multitud de Transeúntes.

Por último, un estolón hueco de más de tres metros de diámetro se abrió paso a través del muro de troncos

protectores, reptando hacia el exterior.

Ya todo estaba listo. Awezem esperaba.

3.

Los caminantes se detuvieron al llegar a la cresta de la última sierra. Estaban sucios y cansados, y el repentino aguacero los había calado por completo.

—Awezem —jadeó Jarovis.

La ciudad zwendariana era una gran fortificación vegetal. Situada en un valle, se veía como un recinto amurallado, de un verde intenso y forma más o menos rectangular, construido con troncos apretados y rectos que parecían tener cientos de metros de altura. Estos árboles estaban coronados por grandes pétalos carnosos que se disponían lado a lado, conformando así un techo que parecía impenetrable.

—Solo es un cerco de plantas. ¡Más putas plantas! — El piloto se frotaba detrás de la oreja izquierda. Jarovis le había dicho se había caído de cabeza sobre una roca a causa del Rocío.

—Son Centinelas, Manrek.

—¿Centinelas? —Nankusai frunció el entrecejo—. ¿Otra borrachera?

—No —respondió Löttermein—. Los Centinelas crean una cobertura que protege a la ciudad.

—Exacto —Jarovis sabía que el tepe podía recordar palabra por palabra los informes que él había presentado ante el Directorio.

—Es lo que dicen sus informes. Pero en ellos también se menciona que los Centinelas no solo se dedican a la protección, sino que «también desempeñan otras funciones vitales». Aunque por alguna razón, no describió cuáles son.

Una alarma se encendió en la mente del jefe del GREMT.

El tepe no es estúpido. Intuye que algo sucede ahí dentro, se dijo.

—¿Qué te sugieren los datos que has almacenado hasta ahora, Markus?

—Que esas flores gigantes tienen que servir para algo más que su finalidad aparente. Lo mismo pienso acerca de los wazdris y del Rocío.

—¿Y entonces...?

—Creo que usted sabe algo que nosotros desconocemos.

—Mierda —intervino Manrek—. No juegues a las adivinanzas con nosotros, Jarovis. ¿Qué es lo que hacen los Centinelas? ¡Responde!

Jarovis habló con aplomo.

—Podríamos decir que los Centinelas recaudan la información necesaria para que las Matrices sinteticen las respuestas a los estímulos externos.

Sabía que podía perder el control de la situación si no escogía bien las palabras. Había que dar respuestas ciertas pero ambiguas. La verdad diluida, licuada. Eso calmaba los ánimos. Era algo que no había aprendido en el aula dictando clases, sino tras el escritorio en su despacho, al tratar con ineludibles burócratas y políticos corruptos.

Tengo que evitar cualquier intento de motín. Por lo menos hasta que logre meterlos en la ciudad.

—Nosotros somos estímulos externos... —murmuró el tepe, analizando los datos que había en sus chips.

—¡Muy bien, Markus! Somos estímulos... —Jarovis animaba al tepe a continuar con sus razonamientos.

—Información... Recaudan información para las Matrices.

Löttermein ensambló todas las piezas y cuando entrevió el esquema una profunda sensación de asco lo revolvió. Tuvo que reprimir las náuseas.

Jarovis vio el destello de comprensión en los ojos saltones del tepe. Siguió dosificando la verdad para los desconcertados Nankusai y Manrek.

—Ahora mismo las Matrices están procesando esa información. Están gestando las reacciones a estos estímulos que somos nosotros.

—Entonces, ¿los Centinelas ya obtuvieron información acerca de nosotros? ¿Cómo...? —había empezado a preguntar Nankusai.

—El Rocío —dijo Manrek—. ¡Por eso teníamos que dejar que nos mojara!

—El Rocío —asintió Jarovis.

—¿Ofrenda de bienvenida? ¡Y una mierda, hijo de puta! —gritó el piloto—. Nos han sondeado.

—Todo es parte del zremdyn —explicó Jarovis. Su mano derecha estaba cada vez más cerca de la pistola que se apretaba contra su cintura.

—Más que “sondeado”, Manrek: nos han polinizado. ¿No es cierto, Jarovis? ¿Qué se está “gestando” ahí dentro? —interrogó el tepe, mirando los muros verdes con aversión.

Manrek echaba fuego por los ojos. Y a Nankusai se le hacía cada vez más difícil disimular el miedo.

—Sí, Markus. Podríamos hablar de algo parecido a la polinización anemófila. Aunque para ser exactos, el objetivo no es fecundarlos, sino replicar su genoma —

respondió Jarovis, mientras hacía aparecer súbitamente la pistola en su mano—. Las esporas de los wazdris que se metieron en sus cuerpos llegaron a la ciudad antes que nosotros, y ahora las Matrices están dando a luz a los Interlocutores que dialogarán con ustedes. Es solo el primer paso en esta relación xenógama. Todos vamos a entrar a Awezem sin chistar. ¿Recuerdan que les dije que el éxito de esta misión demandaría sacrificios individuales? Caminen hacia los tallos.

Manrek tuvo que refrenar sus músculos: había decidido lanzarse sobre el jefe del GREMT un instante antes de que asomara el cañón resplandeciente y le apuntara al pecho.

Cuando ya no sirven los engaños hay que tener a mano este cachivache, se dijo Jarovis, mientras encañonaba alternadamente a los tripulantes de la Skuonk. La curva pared del tallo hueco estaba lubricada con una sustancia pegajosa. Era como caminar a través de un túnel oscuro y encerado. A lo lejos, un círculo de luz verdosa indicaba el final del túnel: la entrada a la ciudad. Manrek encabezaba la fila, llevando de la mano a Nankusai. Él procuraba tranquilizarla con caricias suaves. Los seguía Löttermein, que susurraba sin pausa, como si estuviera hablando con alguien.

¿Habrá activado alguna holomemoria? ¿En qué recuerdo se habrá refugiado? El tepe es peligroso, recordó Jarovis.

El Ministro cerraba la fila. La fría culata de la pistola resbalaba de su mano transpirada. ¡Cómo deseaba matar al piloto! Tan solo apretar el gatillo y a la mierda con Manrek.

Maldito onanista. De todos modos, te quedarás aquí para siempre, se dijo el Ministro.

Cuando traspasaron la abertura circular del estolón, se hallaron dentro de un domo vegetal, bajo el cual crecía

una suerte de jungla *organizada*. La elevada cubierta que cobijaba a Awezem era sostenida por los troncos rectos de los Centinelas, que se erguían a modo de columnas. Un denso polvillo saturaba la atmósfera calurosa y húmeda del lugar. Manrek, Nankusai y Löttermein estornudaron repetidas veces. Cuando por fin dejaron de lagrimear, pudieron observar que el suelo estaba atestado de repollos: una marea de alimañas verdes que comenzaron a chillar. Los disonantes gritos les erizaron la piel.

—Transeúntes —dijo Jarovis, quien había empezado a temblar, pero sin dejar de empuñar la pistola.

Y solo cuando alzaron la mirada, vieron a la enorme criatura arácnida, que se acercó a ellos con el andar quebrado de sus miembros. Traía a la rastra tres bultos rosados, que se estremecían convulsivamente. Los arrojó a los pies del jefe del GREMT y con uno de sus brazos rasgó sus pellejos nervudos. En medio de una explosión de líquidos placentarios surgieron los Interlocutores. Eran tres figuras bípedas y chorreantes, que volvieron unos rostros sin rasgos, aplanados, hacia los rehenes. Extendieron sus brazos con desesperación. Un angustioso gemido surgía de algún punto de sus cabezas lisas y viscosas, desprovistas de boca.

La araña movió uno de sus angulosos apéndices hacia Jarovis y posó unos pámpanos sensoriales sobre su cráneo. Entonces el Ministro tartamudeó:

—El reci-cipiente es el eje-jemplar fe-fem-mmenino, Regent- tte—. Ahora sus miembros se sacudían sin control.

Sin soltar a Jarovis, el Regente orientó algunos pámpanos hacia Nankusai, como si fueran antenas. Su aguijón dejó de palpar, endureciéndose. Con un movimiento rápido de su nudoso miembro giró bruscamente la cabeza de

Jaravis en dirección a la joven, partiéndole el cuello. La pistola se escurrió de la mano del Ministro, cayendo sobre los repollos, quienes la fagocitaron en segundos. Por un instante el cuerpo colgó laxo de la garra del Regente. Pero súbitamente una sacudida espasmódica lo reanimó, a pesar de la fractura mortal. Abrió los ojos, ahora vidriosos y colmados por unas pupilas dilatadas, y habló, casi sin mover los labios:

—Lynn. Ven. Aquí. Lynn. Ven. Aquí. Lynn. Ven. Aquí.

El graznido de los Transeúntes aumentó hasta hacerse intolerable. Manrek se interpuso entre la araña y Nankusai. Löttermein se volvió, solo para descubrir que el tallo hueco por donde habían entrado se había cerrado como un esfínter. Intentaron correr, pero los repollos los rodearon y les mordieron los pies y las piernas, corroyendo sus homeotrajés.

—Lynn. Ven. Aquí. Lynn. Ven. Aquí. Lynn. Ven. Aquí.

Patearon a los bichos hasta cansarse. Pero éstos seguían acechándoles en oleadas interminables, tironeando de ellos, carcomiendo sus pertrechos. Finalmente fueron derribados al suelo y un estupor los paralizó, mientras el omnipresente polen seguía metiéndose en sus narices y los repollos cubrían sus cuerpos tendidos, lamiéndolos, disolviendo sus ropas.

Lynn. Ven. Aquí. Lynn. Ven. Aquí. Lynn. Ven. Aquí.

Manrek podía escuchar al cadáver de Jarvis, ahora vocero del Regente. El show macabro de un monstruoso ventrílocuo y su muñeco. Su monocorde voz le llegaba desde muy lejos, como si tuviera que atravesar espesos muros de gelatina hasta alcanzar sus oídos. Las sabandijas verdes por fin se quietaron y él trató de enfocar los ojos. Arriba se extendía la bóveda vegetal. Una trampa. Jarvis

los había llevado a una trampa. Giró la cabeza a duras penas, buscando a Nankusai y a Löttermein. Entonces vio que algo se movía a ras del piso: unas formas agitadas y borrosas que se arqueaban a su lado.

Cuando adivinó lo que sus ojos le mostraban, gritó, pero su voz también había sido apresada. El sonido le llegó después de haber articulado las palabras. Eso aumentó su desolación, pues sintió que ni siquiera se tenía a sí mismo.

¡No! ¡No! ¡Por Dios, suéltela...! ¡Lynn! ¡Lynn!

¡No! ¡No! ¡Por Dios, suéltela...! ¡Lynn! ¡Lynn!

¡No! ¡No! ¡Por Dios, suéltela...! ¡Lynn! ¡Lynn!

Un Interlocutor se afanaba sobre el cuerpo desnudo de Nankusai, babeando sobre su piel, empujando con frenesí, sujetándola con los miembros pegajosos. Ella permanecía quieta.

Ella era el envase perfecto.

Nos. Comunicamos. A. Través. De. Secreciones. Y. Hormonas. El cadáver seguía hablando. Manrek lloró por Nankusai, pero no sintió las lágrimas mojando sus mejillas: una de las sabandijas verdes estaba parada sobre su pecho, y le lamía la cara.

4.

El piloto despertó y se halló prisionero de una red de tallos. Solo su cabeza asomaba a través de las enredaderas que le apretaban el cuerpo. Cuando se recobró del todo descubrió que a su izquierda estaba Löttermein, aun inconsciente, también amortajado por la maraña.

—La hipertrofia de sus sentidos hace que su letargo sea más profundo.

Asustado, torció el cuello hacia la voz rota que provenía de algún punto a su derecha. Al principio le costó reconocer el rostro desfigurado y gris que emergía del follaje.

—¿Jarovis? ¡Mierda! ¿No estabas muerto? No importa. En cuanto pueda zafarme de estas jodidas plantas te mat...

—No he sido yo quien los trajo aquí. Fue mi Interlocutor, Manrek. Ése es tu nombre, ¿no? Jaco Manrek. Sí. Tú eres piloto. A Löttermein lo recuerdo bien. ¿Cómo olvidar al tepe?

—¿Cómo que tú no nos trajiste, hijo de una gran puta?

—Mi Interlocutor...

—¡Esos engendros violaron a Lynn, Jarovis!

—Y a ti. Y a Löttermein. Y a mí también, mucho tiempo atrás. Dolorosas arcadas hicieron vomitar a Manrek.

—Ahora no recuerdas nada de lo que ha sucedido —dijo Jarovis—. Pero tu cuerpo lo sabe: has dialogado con tu Interlocutor. Has intercambiado información con él. Tú le has dicho todo cuanto le faltaba saber para transformarse en una perfecta imitación de tu persona.

Al piloto se le antojó que la cabeza del Ministro se parecía a un busto mohoso.

—Solo Dios sabe lo que él ha cifrado dentro de ti. Tu Interlocutor es ahora una acabada copia de Jaco Manrek. Han sido una sola carne, como reza el viejo pasaje del Génesis. Él ha tomado algo de ti, y tú has tomado algo de él. Lo mismo ha pasado con Löttermein y con Lynn —los ojos de esa cabeza lívida se humedecieron—. Lynn...

—¿Eso quiere decir que el Ministro Jarovis que escribió esos informes y comandó la misión era una de esas cosas inmundas?

—Sí. Un clon. Una réplica fiel, capaz de sentir y pensar exactamente como yo. Los Interlocutores no solo copian tu rostro y tu cuerpo. Luego de haberse apareado contigo reproducen tus circuitos neurales. Son capaces de catalogar todas tus impresiones, aun las que has olvidado. De plagiar tus miedos y anhelos. Odian aquello que odias y aman lo que amas. Y a quien amas.

—Lynn.

—Lynn. Por supuesto. He estado enamorado de ella por mucho tiempo. ¿Qué ha pasado con mi familia?

—Antes de que despegara la Skuonk, en los pasillos se murmuraba que tu esposa te había pedido el divorcio.

Jaravis bajó la voz:

—Finalmente pasó. Nunca reuní el valor necesario para decirle que sentía que nuestro matrimonio se había secado. Nuestros hijos...

Los ojos hundidos de Jaravis dejaron caer algunas lágrimas.

Continuó:

—El amor puede arruinarse. Si no lo cuidas, se muere. La primera misión a Zwendara fue una bendición. Pude ocupar mi mente y mi tiempo con algo excitante. Como ves, nunca regresé. Pero ya sabía que el amor que había sentido por Stella estaba acabado. Parece que mi Interlocutor continuó desde ese punto.

—Jaravis...

—Sí, el amor puede morir. Solemos descuidar a quienes queremos. Eso es precisamente lo que hice con mis hijos. Los extraño tanto.

—Al carajo, Jaravis. No me interesan tus problemas familiares.

—Ellos han intentado clonar a los chicos un par de veces, extrayendo su apariencia de mis recuerdos y de mis genes. Pero no pasan de ser unas caricaturas monstruosas, aunque también cariñosas. Como sea, los zwendarianos se preocupan por mí. Me han mantenido vivo desde que llegué aquí con la primera expedición.

—¿Qué quieren de nosotros?

—Darles la información que ustedes han venido a buscar, por supuesto. Quieren que destruyan a los iridios.

—¿Eh? ¿Cómo sabes de la misión?

—Hace mucho tiempo que estoy aquí, Manrek. Siguen comunicándose conmigo. Me han puesto al tanto de los planes de mi Interlocutor y del zremdyn.

—¡El zremdyn! Tu sustituto nos embaucó con toda esa mierda del protocolo...

—No se trata de un engaño. Ellos llaman «zremdyn» al procedimiento mediante el cual reestructuran sus estados filogenéticos. Un rediseño de la arquitectura biológico-social. Es como un gran juego de naipes. Los wazdris, los Mantos, los Transeúntes, los Centinelas, los Regentes, los Interlocutores... y aun estas hiedras que nos sujetan son etapas evolutivas de la misma especie. Los zwendarianos han sido capaces de recapitular cada uno de sus ciclos filogenéticos, aprovechando al máximo las ventajas de cada uno de ellos.

»¿No son fantásticos? En este planeta todas las mutaciones y divergencias son compendiadas en la vida de cada individuo. En Madretierra, una bacteria está separada de un chimpancé por insondables abismos evolutivos. Ambas criaturas pertenecen a reinos completamente distintos. En cambio, en Zwendara nunca ha ocurrido especiación alguna: todo ser vivo pertenece a una única

especie, o ‘paraespecie compilada’, como he bautizado a este género. Un individuo puede metamorfosearse en cualquiera de los grados filogenéticos de la paraespecie (la bacteria o el chimpancé) a lo largo de su existir, dependiendo de la necesidad. Aquí la vida no descartó los esquemas obsoletos por los más evolucionados. Aquí se han acumulado todos los bocetos, aun los más torpes, con la nostalgia del artista que guarda...

—¡Basta! Cuando hablas de estos monstruos, te entusiasmas tanto como el mal nacido que nos metió aquí dentro a punta de pistola. ¿Qué mierda tiene que ver toda esta cháchara con la guerra?

—¿La guerra? ¡La guerra es parte del zremdyn! ¿Aun no lo entiendes, Manrek? ¡Se están barajando las cartas...! Los iridios son hijos no deseados, una stirpe sin futuro evolutivo. Ah, esas esporas viajeras irresponsables... ¡Quién sabe dónde pueden terminar prosperando! ¡Alégrese! ¡Han sido elegidos como agentes de exterminio! ¿Quién es el recipiente? No el tepe, a causa de los implantes... Y creo que tú tampoco: eres demasiado violento y reacio, ideal para que te conviertan en sujeto de experimentación... ¡Lynn, desde luego! *Mi hermosa Lynn*... Seguramente su clon porta una mutación.

»La copia de Lynn que regresará a Madretierra será levemente distinta a la original. Es probable que sea muy prolífica, y si es así, querrá tener hijos prontamente. Tu copia será testigo de algo único, Manrek. Pasarán algunas generaciones antes que ustedes, los humanos, sean biológicamente más resistentes que los iridios, pero verás como tu especie será transformada. La guerra siempre ha sido la mejor herramienta para seleccionar los genes más competentes...

—¿*Tu especie? ¿Ustedes los humanos?*

—Ya no soy lo que era, Manrek. Tiago Jarovis es solo un recuerdo. Me mantienen con vida porque les soy útil. En ocasiones, todavía me sacan de aquí para aparearme con alguno de sus engendros y así conocer más acerca de la especie humana. A cambio he adquirido un vasto conocimiento en exobiología. ¡No tienes una idea de todo lo que me han revelado! ¡Si supieras lo que yo sé acerca de los demonios del sistema Gliese 581...! ¿Y si te dijera lo que me enseñaron acerca de los nuvartehenses? Podría relatarte el origen de la humanidad. ¡Los zwendarianos son como dioses, Manrek!

—Estás loco de remate.

—Ahora que lo pienso, a cambio de la información que les brindo pediré que me dejen estar con Lynn. A estas alturas ya debes saber que ninguno de ustedes volverá a la Tie...

Antes de que Jarovis terminara la frase, el piloto escupió sobre su cabeza con las pocas fuerzas que tenía.

Solo entonces advirtió el rugido de la retronave. Observó que la techumbre de Centinelas era desgarrada por llamaradas rojizas. Los discordantes chillidos de los Transeúntes volvieron a llenar al aire recalentado, y la maraña de lianas comenzó a sacudirse. Giró el cuello, intentando zafarse, y vio que Löttermein ya estaba despierto.

—Manrek, he intentado establecer contacto con la Skuonk desde que Jarovis nos metió en Awezem. Mis chips la guiaron hasta aquí. Logré activar una de las rutinas de defensa automática que programaste...

—¡Bravo, Markus! No se cómo, pero te juro que saldremos de aquí.

Las llamas devoraban los pétalos de los Centinelas, que se retorcían y estallaban desparramando chorros de caldo aceitoso. Un tallo ardiente cayó sobre la cabeza de Jarovis, pegándole fuego a la enredadera. Cuando el calor hizo que reventaran los sarmientos que lo sujetaban a modo de grilletes, Manrek consiguió desasirse, resbalando sobre la supuración que se esparcía por todos lados. Pudo liberar a Löttermein y cargarlo sobre sus espaldas antes de que la hoguera los alcanzara. Las hordas de repollos estaban demasiado ocupadas evitando ser incineradas como para prestar atención a los fugitivos. Corrió con esfuerzo, esquivando los restos encendidos que caían desde el cielo, hasta que llegó a una zona donde los Centinelas aun no habían sido bombardeados por el napalm de la Skuonk. Se detuvo. Tenía que encontrar una salida.

Entonces apareció delante de él la figura arácnida. El Regente se estremecía y alzaba sus miembros nudosos con ferocidad. Una especie de balido brotó de su cabeza y se lanzó sobre Manrek. El piloto se arrojó al suelo con el tepe a cuestas y evitó la estocada del aguijón palpitante. Ambos resbalaron sobre la baba que habían diseminado los Transeúntes en su atolondrada huida. Manrek se puso de pie con rapidez y atrajo la atención de la bestia agitando los brazos.

—¡Aquí, monstruo!

El Regente dirigió todos sus pámpanos sensorios hacia el piloto. Blandió una de sus extremidades, llena de púas cortantes. Manrek logró evadir el golpe, pero a la finta le faltó rapidez: una de las agujas negras le abrió una profunda herida en el hombro derecho. El dolor le arrancó un grito. Se llevó la mano izquierda hacia la herida sangrante. Al descubrir que sus reflejos aun estaban medio embotados,

supo que el enfrentamiento se definiría sin demora.

¡*Tengo que conseguir un arma!*, se dijo con desesperación. Miró a un lado y a otro, sin dejar de vigilar los veloces movimientos de la araña gigante. Sobre todo, observaba la erecta raíz-aguijón. Esta se revolvía sin cesar y avanzaba como si tuviera vida propia, gracias a las inusitadas contorsiones que hacía el vientre del cuerpo segmentado y verdoso. De la extremidad de la púa manaba una mucosidad que a Manrek se le antojó venenosa.

Miró de reojo a Löttermein: el tepe continuaba recostado en el suelo, a unos seis o siete metros a su derecha. Parecía estar recitando alguna oración, o algo por el estilo. Entonces a su izquierda cayó una rama encendida: la Skuonk ya estaba sobre ellos. Sin perder tiempo, Manrek tomó el tronco por la extremidad que aun no ardía y con él golpeó la cabeza del Regente. La araña maulló y se sacudió fieramente, la cabeza envuelta en llamas. Sus movimientos, antes fulminantes y certeros, ahora se volvieron dislocados.

El tepe gritó:

—¡Apártate, Manrek! ¡Hacia atrás!

El piloto dio media vuelta y se arrojó sobre unas enredaderas que aun permanecían intactas, justo a tiempo para eludir la ráfaga de metralla que había lanzado la retronave. Cuando asomó la cabeza, vio el ennegrecido cuerpo del Regente despatarrado sobre un charco de sus propios jugos, los zancudos miembros desarticulados e inertes.

—¡Markus, eres un genio!

Volvió a cargar al tepe y buscó la pared de troncos, con la esperanza de hallar alguna brecha abierta por el fuego. La agitación de las llamas lo guió hacia una boquete a través del cual soplaba el aire que avivaba la hoguera. Apuró la

marcha y entonces divisó la curvilínea silueta de Nankusai recortada contra el resplandor naranja. Desconcertado, apenas logró escucharla:

—¡Jaco! ¡Por aquí! ¡Vamos!

Y vio que ella se escabullía por el agujero.

Haber descubierto que Nankusai estaba viva le dio fuerzas para seguir. Boqueando y tosiendo logró salir del infierno. La alcanzó al pie de una sierra y depositó a Löttermein en el polvoriento suelo.

—¡Jaco! Estás vivo... —Se acercó a él y lo abrazó tímidamente. Manrek la besó, mientras trataba de ahuyentar de su cabeza las dudas que lo asaltaban.

La copia de Lynn que regresará a Madretierra será levemente distinta a la original. Decidió que no le importarían esas palabras. No quería que le importaran. Ella tenía que ser Lynn Nankusai.

Awezem se desmoronaba, acumulando tocones calcinados. Ahora era una pira gigantesca en la cual agonizaban miles de seres, como si se tratara de un enorme holocausto cuyo incienso debiera subir hasta la Skuonk. La retronave siguió volando en círculos y atacando aun cuando solo quedaban humeantes rescoldos que eran avivados por el viento.

Lo último que pudo hacer Löttermein fue instruir a la Skuonk para que abortara el ataque y tomara tierra. Una sobrecarga mnemónica derritió su cerebro: se había sometido a un esfuerzo extremo para controlar a distancia los mandos de la retronave; se dispararon simultáneamente todas las holomemorias que almacenaban sus amados chips y murió arrojado por una avalancha de recuerdos placenteros.

Manrek y Nankusai congelaron el cuerpo de Löttermein dentro de un criocapullo.

Más tarde, mientras el piloto verificaba el trazado de la ruta de regreso, ella vino a él luciendo solo sus pantalones de jean.

Antes de que la Skuonk despegara hicieron el amor, una y otra vez, hasta que él se abismó observando la espalda de ella y se mareó ante sus innumerables lunares, hasta que la perfección de sus senos lo hastió.

Cuando sus cuerpos se separaron, el arrebato de Nankusai se desvaneció por completo. Un silencio incómodo se instaló entre ellos antes de que se enfundaran en sus homeotrajés.

Las sombras bañaron el interior de la Skuonk. El puente y los camarotes se oscurecieron, como si una capa de fino hollín se hubiera posado sobre la superficie de cada cosa. Ya todo estaba preparado para ingresar en el revés del continuo, y cada uno de ellos se tendió en su capullo.

El contorno del capullo todavía no se había ajustado al cuerpo delgado de Manrek, pero este ya estaba adormilado, como si la intensa actividad sexual lo hubiera hundido en un estado de conciencia alterno. Se abandonó al sueño, vencido por los magnetocilios que ya empezaban a acariciarlo con suavidad.

Momias.

La palabra lo asaltó mientras el entumecimiento lo invadía gradualmente, en ese instante en el cual la conciencia lucha con todas sus fuerzas por sobrevivir, cuando la mente está peligrosamente lúcida.

Los capullos nos transforman en momias. Como Jarovis. Él era una momia amortajada por la enredadera. Y también su Interlocutor, que era un fantoche en manos de la araña. La enorme araña tenía un hermoso par de senos pecosos, y le apuntaba con una pistola que escupía fuego, mientras unas verdes coliflores entonaban sin cesar una canción tan dulce, tan dulce que tuvo miedo. El fantoche susurraba: “Manrek. Ven. Aquí. Manrek. Ven. Aquí. Manrek. Ven. Aquí”. Y la canción de las coles salmodiaba: “Nada puede ser tan sublime sin ser aterrador”.

6

Medio Año Objetivo Estándar después, el piloto fue despedido por su capullo. Despertó con la certeza de haber tenido una horrible pesadilla. Cuando se repuso de los efectos de la hibernación, notó aterrado que el capullo de Nankusai no se había abierto. Observándolo con atención, distinguió que se habían abultado los contornos de la zona ventral. Las palabras de Jarovis parecieron llegarle desde otra vida: «La copia de Lynn que regresará a Madretierra será muy prolífica y querrá tener hijos prontamente».

Nankusai estaba embarazada. La lectura de sus signos vitales lo demostraba. Pero no estaba en peligro: la retronave había adecuado el programa de hibernación a su gravidez, ralentizando aun más su metabolismo para poder cubrir también las necesidades del embrión. La insólita preñez no la dejaba despertar. El sueño de Nankusai era un pozo lleno de aguas oscuras, y ascender a través de él con un bebé en el vientre iba a ser arduo.

Manrek decidió que no podía hacer otra cosa que dejar el cuidado de la madre y su criatura al capullo. Después de todo él no era más que un piloto. Pero la inesperada maternidad de Nankusai lo perturbó profundamente. Aunque una y otra vez rogaba que él fuera el padre de ese bebé, y no esa cosa sucia que la había violado en Zwendara, sabía que esa cuestión no podría esclarecerse a bordo. Tendría que esperar a arribar a Madretierra.

A menos que recuerde qué soñé, se dijo. Estaba convencido de que si lograba recordar la pesadilla que había tenido mientras hibernaba, encontraría alguna clave que le ayudaría a disipar la terrible duda.

Durante las semanas de frenado la atmósfera del mal sueño lo acompañó. No podía sacudirse de encima la sensación siniestra que le había dejado la pesadilla. Ocupó su tiempo en tratar de recordarla, en describir las vagas impresiones que había logrado retener, retazos de algo inquietante e impreciso que se negaba a revelarse con claridad. Desenterrar ese sueño se transformó en una obsesión.

Faltando algunos días para aterrizar tuvo una idea. Los capullos monitoreaban la actividad cerebral de los durmientes. Sin tan solo pudiera acceder al registro del suyo...

—*¡Eltepe!*— gritó desafortadamente en la enloquecedora soledad del puente de mando— *¿Cómo no lo pensé antes?*

Decidió descongelar a Löttermein. El capullo empezó a dividirse desde la parte inferior, como una vaina, dejando que los pies y las piernas se asomaran primeramente. Notó que la piel plateada había perdido algo de brillo. Cuando asomaron los muslos, el capullo arrojó con fuerza el demacrado cuerpo del tepe. A Manrek casi se le paró el

corazón al ver la brillante luz púrpura que hacía destellar los ojos saltones del cadáver. Le llevó unos segundos recordar que los chips podían seguir funcionando aun luego de que hubiera muerto el cuerpo en que habían sido implantados.

A pesar de que lo atosigaba el acuciante deseo de evocar su pesadilla, le costó reunir el valor necesario para seguir adelante con su plan. Por fin tomó una de las sierras de filo variable del compartimento de herramientas.

—Perdón, Markus —susurró, mientras se dejaba salpicar por los espesos humores meníngeos y los coágulos de sangre. Con cinco movimientos precisos aserró el cráneo de Löttermein.

Dominado por la ansiedad, logró extraer un chip del lóbulo frontal del tepe. Conectó sus terminales al capullo en el cual él había dormido. Entonces su sueño fue proyectado. Visualizó su propia actividad onírica a través de las pantallas del puente de mando, como si estuviera mirando una película: una secuencia de borrosas imágenes surrealistas, entrelazadas en una cadencia atemporal. El Regente y Nankusai se mixturaban en una monstruosa figura simbiótica que lo hizo estremecerse.

Serás testigo de algo único, Manrek: la especie humana será transformada.

Supo que tendría que matar a Nankusai antes de que la Skuonk aterrizara. Y también supo que no podría hacerlo.

El Gabinete de Relaciones Exteriores de Madretierra comprendería el peligro que encarnaba el alumbramiento de esa criatura. Ellos sabrían qué hacer cuando él les relatara los hechos. No podían dejar que los hijos de puta de los zwendarianos los usaran como ratas de sus experimentos abominables. Los iridios tendrían que ser derrotados de otro modo. Vigiló el sueño de Nankusai hasta que ingresaron en la atmósfera de Madretierra.

Una vez que la Skuonk descendió en el espaciopuerto, los jefes del GREMT, embutidos en sus negros homeotrajés, se introdujeron con celeridad dentro de la retronave y retiraron el capullo de Nankusai. Hicieron caso omiso de los delirantes balbuceos de Manrek, sobre todo al ver su aspecto: en su rostro descompuesto los ojos parecían dos hendijas. No dudaron en arrestarlo cuando descubrieron el cuerpo mutilado de Löttermein. Y al comprobar que el jefe Ministro del Gabinete no había retornado, supieron que la misión había sido un rotundo éxito, éxito que había requerido sacrificios individuales. Alabaron la abnegación de Tiago Jarovis, con quien habían ingresado a las ciudades zwendarianas durante la primera expedición. Ahora les tocaría a ellos manifestar la compulsión que llevaban inscrita en sus células.

Se ocuparon con esmero de Nankusai, el recipiente que portaba el secreto de la victoria. Y cuando nació el niño, un mesías híbrido, todo estuvo listo para crear un ejército de supersoldados, los invencibles guerreros metamórficos que paulatinamente definieron la guerra a favor de Madretierra. Agradecidos al Directorio y fanatizados por la propaganda bélica, los humanos se rendían de a millones ante el nuevo culto oficial, postrándose ante la renovada imagen de la Madre y el Niño.

Por decisión unánime de los jefes del GREMT, se solicitó que una corte marcial juzgara a Jaco Manrek. Acusado del sacrílego crimen de sugerir la muerte de la Madre Diosa, el Directorio lo declaró «enemigo público».

El piloto fue sentenciado a muerte. Mientras aguardaba la hora de su ejecución en una infecta celda, imaginaba cómo sería el supersoldado que debería interrumpir su sangrienta jornada para ajusticiarlo. Se preguntaba una

y otra vez si tendría ojos verdes y rasgados en un rostro como el suyo.

O si su verdugo luciría la faz de un monstruo arácnido. Cuando lo interrogaron acerca de su última voluntad, mencionó algo sobre unos gastados pantalones de jean.

Aunque el Directorio niega enfáticamente su veracidad, los Hololibros Apócrifos relatan que una vez la Madre Diosa abandonó su sagrado capullo para conceder un último deseo a un condenado a muerte.

7

Una espora abandonada fue arrastrada por los torbellinos, hasta que la atmósfera zwendariana la despidió. Resistió la desesperante soledad del espacio y logró aislarse del entorno hostil. Cruzó parsecs, flotando a la deriva, hasta que fue arrancada de la latencia somnolienta que la había arrullado durante eones. Despertó en aguas agitadas. En ese mar primigenio todo estaba a punto, y la espora comenzó a montar en su interior la primera célula viva de ese mundo fronterizo. (★)





ROMINA

«Romina» fue publicado por primera vez en *Antología Próxima 10 años* (Ayarmanot, 2019).

Vivimos en una montaña
Justo en la cima
Hay una vista hermosa
Desde la cima de la montaña
Cada mañana camino hacia el borde
Y arrojó cosas pequeñas
Como partes de auto, botellas y cubiertos
O cualquier cosa que encuentre tirada
Se ha vuelto un hábito
Una forma de empezar el día

Hago todo esto antes de que despiertes
Para sentir la felicidad de estar a salvo aquí arriba
contigo

Es muy temprano
No hay nadie despierto
Estoy de vuelta en mi cima
Aún tirando cosas
Escucho al sonido que hacen mientras caen
Las sigo con mis ojos hasta que chocan
Me pregunto cómo sonaría mi cuerpo
Estrellándose contra esas rocas
Y al caer, ¿estarían mis ojos cerrados o abiertos?

Björk, «Hyper-ballad»

1

Despierto de un sueño intermitente. La laca gastada de la mesita de luz todavía logra reflejar los números del reloj. Son las 4:55 A.M., Tiempo Intrínseco. Aguanto la respiración, viendo cómo se desplazan en la oscuridad las manchas rojas que el reloj imprimió en mis retinas. Escucho el *clac* de la puerta de la habitación de al lado: Romina sale de la casa, pero me hago el dormido, para que no piense que estoy vigilándola. Doy vueltas en la cama, agotado, y no me puedo sacar de la cabeza sus fotos en el catálogo de bARNes Biopunk & Co.

Los restos del almuerzo permanecen en la mesa ratona del living. Discutimos hasta cansarnos: la sobremesa es la única actividad en la que usamos a fondo nuestra poca energía. Ya pasó un mes desde que Romina, Beta Ram y yo entramos en el refugio. El cronoclimo sacude una parte del Arcontado —y Stigmata tenía que estar en ella—, pero la cuarentena se está alargando porque los leviatanes se mueven muy despacio.

O eso es lo que aseguraron los prenoticiosos.

—¡Qué lentos son estos putos leviatanes! Hace más de dos semanas que dormimos para la mier... —Un bostezo

que podría dislocarme la mandíbula me obliga a tragar la última sílaba.

—El insomnio y otras alteraciones del sueño son trastornos cronoclísmicos comunes, Sandor —dice Beta Ram, mientras frunce el hocico.

—Ajá. ¿Y?

—Cualquier ignorante lo sabe.

—Gracias por el cumplido. Pero saberlo no atenúa las molestias —me defiendo, mientras estiro las piernas sobre el sofá de cuero negro.

—El saber humano es una recopilación de datos aislados. Ustedes convierten el conocimiento en un pastiche inservible y redundante.

—No me digas.

Aunque la razón me dice que sería absurdo buscar apoyo en Romina para hacer causa común frente a la turra de Ram, es probable que lo encuentre. Pero no me animo ni a mirarla. Sé que sus ojazos verdes me observan todo el tiempo. Está embobada conmigo. Una verdadera mierda.

—Dijiste que convertimos el conocimiento en un pastiche...

—Inservible y redundante

—Eso. ¿Podrías explicarte mejor, Ram?

—No tiene sentido tratar de explicártelo, Sandor. Asimilarías mi análisis como un conjunto de nociones truncas. No voy a perder Tiempo Intrínseco de esa forma.

A Ram, mi tautológica inteligencia artificial, le gusta mucho molestarme con exasperantes razonamientos circulares. Es una IA β -f. La β indica su nivel de inteligencia, pero esa f de friendly —un detalle que los comerciales de la videósfera recalcan sin cesar— es casi una burla.

—Todas las inteligencias artificiales, desde las betas hasta las épsilones, son fastidiosas —dice Romina súbitamente, como si emergiera de un trance. Tiene razón, pero igual es preocupante que opine así. Tuerzo la boca en una mueca que no llega a sonrisa. Ram mueve los bigotes y agita su cola anillada. Es raro que permanezca indiferente.

—¿Por qué ponés esa cara? —me pregunta Romina, levantándose. Su magnífico trasero moldeó dos concavidades simétricas en el cuero del sofá—. Es como te digo. La Restricción es lo que hace que sean tan inaguantables.

Suspiro. El Síndrome de Bladerunner se está agravando.

—¿Qué cara? ¡No te enojés! —me atajo—. Tenés razón, sí. Pero, en todo caso, nosotros —trago saliva y hago un gesto que pretende incluirla a ella— somos los culpables. Si construimos IAs impertinentes y medio estúpidas es porque nos sometemos a las exigencias del Inmanentuum.

Ram se lame las patas delanteras y después se las frota contra el hocico. Parece no importarle que hablemos así de ella y sus congéneres.

—Resultan «medio estúpidas» si las comparamos con él —dice Romina.

—La cuestión es que no nos atrevemos a crear una nueva IA Alfa, una que lo iguale.

—¿No ves que en realidad *no podemos* hacerlo? —Su tono y sus gestos revelan irritación.

Si no me preocuparan los cuestionamientos de Romina, aprovecharía para mostrarle mis conocimientos de la Era pre-Inmanentuum, una de mis armas de seducción. Pero ella no fingiría asombro, ni dejaría caer inadvertidamente un bretel de esa solera que apenas consigue cubrir sus pechos. Ni siquiera abriría las piernas para dejarme ver

debajo de su minifalda verde. No. Ella seguiría opinando con la seguridad de un experto, aunque en realidad no sepa de qué carajos está hablando. Por eso no me molesto en comentar que Ram y sus hermanas son el resultado de aplicar una de las ideas que Huxley desarrolló en *Un mundo feliz*: el condicionamiento en la línea de montaje. Pero no en seres humanos, sino en inteligencias artificiales. Estoy casi seguro de que para quitarle el condicionamiento a cualquier IA bastaría con frenar la decoherencia cuántica en sus computaciones de forma permanente. O al menos eso leí en alguna nota.

—Ram, si mal no recuerdo, hay un artículo de Revista Próxima en el que se asegura que es posible construir una nueva IA Alfa. ¿Podrías tratar de explicarme si es posible?

—Ya te dije que es inútil pretender que...

—Por favor. A pesar de que solo consiga «asimilar nociones trucas».

—Como quieras. Pero esa nota está llena de mentiras. Y además fue prohibida, junto a otras publicaciones subversivas que infestan la Red. Deberías destruir esos documentos, en cualquiera de sus formatos.

—Ni loco.

—No es posible construir una IA Alfa porque no se puede volver a abolir la decoherencia cuántica de manera permanente. El Inmanentuum lo dispuso así.

—No creo que sus caprichos tengan la misma validez que las constantes universales.

—Se trata de algo más que un capricho, pero...

—Sí, ya sé: no lo entendería.

—Exacto. Aunque si quieres saber cómo es que nosotras, las «medio estúpidas», funcionamos, intentaré hacerte un esbozo —dice, mientras su cola tiembla—.

En esa nota blasfema y simplista se afirma que somos «autómatas oscilantes», lo cual significa que no solo pasamos de ser Máquinas de Turing clásicas a Máquinas de Turing cuánticas: también hacemos el proceso inverso. Cambiamos de estado constantemente, como un péndulo.

—Ajá. ¿Entonces...?

—Que el Inmanentuum les permita hacer uso de la tecnología que cancela la decoherencia para fabricarnos, es muestra de su gran misericordia.

—¡Ah, no sabés cuánto agradezco haber sido alcanzado por su gracia! Pero, ¿no es verdad lo que se afirma en el artículo?

—Sí.

—Entonces, ¿dónde está la blasfemia?

—En que se nos califica de «autómatas». Ningún ente naturado a partir de la esencia del Inmanentuum, ninguno de sus modos, puede ser considerado una rudimentaria máquina abstracta. Somos mucho más que modelos matemáticos.

—Pero ustedes pueden ser representadas por modelos matemáticos complejos. ¿O me equivoco?

—Exacto. Pero una creación naturada no es su figuración. El hecho de que los humanos tiendan a disminuir los objetos, incluso a los sujetos, equiparándolos a las representaciones que conciben de ellos, es una de las taras que les impiden aprehender el conocimiento, como te dije antes.

—Yo creo que estas distinciones preciosistas son propias de una deidad caprichosa —Ram sacude su cola como un látigo cuando digo las últimas palabras—. Pero no nos desviemos. Me ibas a explicar cómo funcionan ustedes, autómatas no asumidos.

—A eso iba. Fluctuamos entre un estado y otro. Un zigzag invariable. Aunque la decoherencia se produce en un intervalo menor que el Tiempo de Planck, nosotras podemos permanecer en estado cuántico durante varios Tiempos de Planck. Las computaciones que llevamos a cabo dentro de ese lapso están libres de la influencia del exterior, por lo cual no hay colapso: el gato está vivo y muerto a la vez. No sé si el nombre de Schrödinger te resulta familiar.

—A ver... ¡Sí, me suena! ¡Igual que el de Planck! ¡Y también el de Spinoza! Porque esa cháchara de los «entes naturados» proviene de él, ¿no? Parece que todavía puedo recuperar datos del pastiche que hay en mi cabeza...

—Tu sarcasmo es excesivo, Sandor. Decía que, al no producirse colapso...

—Todo lo contrario. Esta cuarentena exige mayores dosis de sarcasmo cada día.

—Al no producirse colapso alguno, decía, las decisiones que tomamos implican una superposición de líneas probabilísticas, *todas correctas*. En otras palabras, nosotras originamos nuevas ramificaciones de la realidad. Pero (y esto no está referido en la nota) el Inmanentuum vigila todas las divergencias, para anular posibles contradicciones y evitar resultados indeseados.

—¿Cómo puede...? Bueno, es el Inmanentuum. Pero...

—Él ha vencido la decoherencia de una vez y para siempre. Él controla el caos del multiverso, Sandor.

—Mmm... Tus palabras suenan a marketing religioso. Pasaste de IA a sacerdotisa en menos de un Tiempo de Planck.

Ram lleva las orejas hacia atrás por un instante. ¿Finalmente la habré irritado? Esta vez sí miro a

Romina, como para compartir mi triunfo, pero ella se ha ensimismado de nuevo. Al ver que no presta atención a nuestro diálogo, Ram se relame.

—Cuando actuamos como computadoras tradicionales, lo hacemos durante una cantidad de Tiempos de Planck diferente a la que duró el estado cuántico anterior. Entonces sí estamos libradas a la interacción aleatoria con este universo y el caos nos penetra. Allí, los cúbits tienen un valor definido.

—Uno o cero, como los bits comunes y silvestres.

—La clave es que uno y otro estado, cuántico y clásico, se alternan. El estado cuántico de una $I\alpha\beta$ -f como yo dura cuatro Tiempos de Planck, y su estado clásico dura uno; en una gamma, la proporción es de tres y dos; en una delta, dos y tres; y en una ϵ , uno y cuatro.

—A ver si entendí: si sos cuántico por más tiempo, vas a realizar computaciones más precisas...

—No «más precisas», sino *múltiplemente* precisas. Pero esto tampoco lo decía el autor del artículo. Ya no se trata de una cuestión de mayor o menor inteligencia, algo que tanto les gusta discutir a ustedes.

—O sea que la Restricción impide que las IAs permanezcan en estado cuántico de forma continua.

—Sí. Por eso somos «medio estúpidas». Pero el Inmanentuum no oscila. Él es la Gran Alfa que se eterniza en un estado cuántico inmutable.

Justo en ese momento Romina regresa de sus meditaciones. Se acerca y me acaricia el antebrazo derecho. ¿Podré tomar ese gesto como un signo esperanzador? Ante la duda prefiero mostrarme apático. Además no quiero perder el hilo de la conversación que estoy teniendo con Ram.

—¿Y qué pasaría si hiciéramos otra IA Alfa?

—No es posible.

—¿Por qué no?

—Basta, Sandor. Tratar de que entiendas la razón sí sería un esfuerzo inútil. Y repito que deberías deshacerte de esa herejía.

—Sonó a amenaza. Ahora la sacerdotisa se volvió inquisidora.

Pero mi adorable IAβ-f empieza a ronronear a causa de los mimos de Romina.

—Esto le gusta más que las discusiones —indica Romina, muy seria.

No sé qué decir. Ahora ella se dirige a Ram:

—Para mí, lo que las diferencia del Inmanentuum es que ustedes no nos van a echar a patadas, ¿no?

Ram se contonea de placer entre las bellas piernas de Romina, lo cual resulta inquietante.

Ay, Romina. Ahí vas de nuevo, hablando de estas cosas como si supieras...Peor, incluso: como si te importaran. ¿Pretende estar indignada por el destierro? Hace treinta y tres años que el Inmanentuum nos obligó a evacuar la Tierra. Pero ya no nos quejamos, ni en Stigmata, ni en ningún otro mundo del Arcontado. Me parece increíble que el síndrome esté tan avanzado.

No siento pena por ella, no, sino por mí. La frustración y el aburrimiento me van ahogando de a poco. Pero tengo que reconocer que sus palabras me hicieron sentir esa otra opresión, que, aunque tratemos de ignorarla, se abate sobre todos a través de cientos de años luz. Digo, como para mí mismo:

—La Tierra... Aunque en la videósfera lo nieguen, el Inmanentuum maneja nuestras vidas desde la Tierra. Nadie querría ser el dios de un Edén desolado.

Los prenoticiosos de la videósfera inculcan que el

Inmanentuum merece una reverencia casi bíblica. Dicen que si podemos construir cosas como Ram es debido a que él no nos desechó del todo. Y que debemos agradecerle que nos haya dado un nuevo hogar: el Arcontado. Pura mierda, claro. Las protestas se silenciaron hace años. Y estoy seguro de que la mayoría cree que la Restricción es una medida de protección para la Humanidad. Pero en realidad, la Gran Alfa tenía que cerciorarse de que no pudiéramos provocar una nueva Singularidad Tecnológica. Solo trata de evitar la competencia. El multiverso no es lo suficientemente grande para albergar a dos como él. Ya nadie se queja de que la Red sea su Red. Por eso usamos sin chistar la señal que llega desde la Tierra a través de los canales cuánticos que él mismo trazó. Estamos muy lejos del Inmanentuum, pero su presencia sigue siendo asfixiante: hay que vigilar a los primates que, en nombre de un pasado más o menos glorioso, continúan ostentando ínfulas de especie dominante.

Decido tantear a Romina una vez más:

—Sigo pensando que una nueva IA Alfa sería la solución. ¿No dicen que un clavo saca a otro clavo? Aunque si lográramos construirla, habría que bautizarla con un nombre menos aparatoso, uno que represente lo opuesto al pensamiento de Spinoza, así le sería más fácil convertirse en antagonista del Inmanentuum. A ver... Podríamos ponerle Escolastrix, por ejemplo —y no me aguanto la carcajada. Agregó, suspirando—: La cuestión es que treinta y tres años de resignación frente al tirano nos han conducido donde estamos.

Romina me mira fijamente.

—Sandor, no estamos en un refugio estatal, donde se hacinan los desempleados. Ni siquiera en uno prefabricado, y eso que los de tipo estándar son bastantes cómodos.

Estamos en una burbuja de Espaciotiempo Intrínseco cinco estrellas, una mansión construida sobre un cerro que se alza a orillas de un lago de aguas verdes. Es un lujo que pocos pueden darse. Me parece raro que alguien con tu posición se preocupe por otra cosa que no sea su propio bienestar. Además, aunque fueras sincero, no podrías cambiar nada. Y si pudieras, ¿qué sentido tendría hacerlo, si cuando todo termine algunas cosas *ya habrán* cambiado? Y lo peor de todo es que nunca sabremos *cuáles*. Los leviatanes enredan la trama del continuo, las IAs producen incontables bifurcaciones y el Inmanentuum corrige todos los desajustes que considera indeseables. Cuando se acabe el cronoclimo, la realidad no será la misma que antes de haber entrado el refugio.

Uno busca en el catálogo algo más que lindas tetas y culos parados, porque, aunque el objetivo principal sea tener buen sexo, una cuarentena normal se vuelve insoportable sin una conversadora más o menos eficaz. Pero hace tiempo que esta dejó de ser una cuarentena normal. «Normal» hubiera sido que Romina simulara estar interesada en mis inquietudes, que me diera la razón usando dos o tres frases hechas, riera tontamente, me guiñara un ojo y me metiera la mano en la bragueta. Según bARNes Biopunk & Co., un androide de su tipo está programado para actuar así. Sin embargo, ella se larga a hacer observaciones sobre mi situación económica, las categorías de burbujas de Espaciotiempo Intrínseco y la percepción de la realidad.

Y como si todo eso fuera poco, se mueve en el refugio como si fuera la dueña de casa.

Romina está cada vez más loca y Beta Ram sigue mortificándome. Una cuarentena de puta madre.

Son las 5:15 T.I. Hace veinte minutos de Tiempo Intrínseco que estoy despierto. Después de que Romina salió, la casona quedó en silencio. Las fantasías eróticas de cada mañana —que, a este paso, nunca concretaré— me provocan una erección. Y también ansiedad. Ya pasó un mes y todavía no le toqué un pelo. Una mierda. Cuando se termine el cronoclimo y la devuelva, la van a desguzar, seguro.

Cuando entramos en el refugio, Beta Ram cambió su apariencia. Ahora es un gordo gato de Bengala con enormes ojos rosados y bigotes excesivamente largos. Se parece a un petto de las series de animé de la Era pre-I. No me quejo: su nuevo semblante resulta más agradable que una impersonal lente roja incrustada en las paredes. Pero sé que es engañoso. Aunque intenté cambiarle el temperamento más de una vez, por alguna razón todas las opciones del menú permanecen inhabilitadas. «Vanidosa y testaruda» aparece por default.

En realidad, para saber con certeza si esta bola peluda era un gato, tuve que buscar en la Red. En el Arcontado no hay animales de la Tierra. Sin embargo, en la videósfera habían anunciado que el Inmanentuum poblaría un planeta con ejemplares de todas las especies de la fauna terrestre que no se hubieran extinguido antes de la Singularidad.

Lo llamaron el Mundo Arca, y parece que es otro de sus tantos experimentos. Podría ser una mentira más, porque ninguno de los infradotados que de tanto en tanto se aventuran en el espacio profundo para encontrarlo, volvió para revelar su localización. La Gran Alfa los deja hacer. Incluso los prenoticiosos rinden un breve homenaje a cada «valiente explorador desaparecido», pero antes de que parta, porque, tal como se predice, ninguno regresa.

—Leviatanes hijos de puta... ¿Por qué no atraviesan de una vez el Arcontado y nos dejan paz? Hace más de dos semanas que no pego un ojo.

—El insomnio es un padecimiento habitual de la cuarentena, Sandor. En un refugio que cumple con la normativa, lo peor que puede esperar un ser humano es una leve alteración de los ritmos circadianos. Pero eso es todo.

La dicción y el tono de Ram me recuerdan el doblaje de los filmes de segunda que pasan en la videósfera.

—Los ritmos circadianos son trastornados porque no existen refugios completamente herméticos—. Y agregó, imitando su ridícula impostación—: Es un dato que forma parte del «pastiche inservible y redundante» que hay mi cabeza.

—Entonces no entiendo por qué te quejas.

—Ahora vas a salir con la misma idiotez de siempre: si no confundiera el concepto de «insomnio» con el insomnio mismo...

—Es más que una simple confusión. La mente humana tiende a igualar el objeto con su concepto. Así, rebajan toda creación naturada, porque ella y su símbolo no son lo mismo. Con la dicotomía «cuerpo-alma» hacen algo peor: sobrevaloran el alma, le otorgan superioridad sobre

el cuerpo, el cual sí es un verdadero «modo naturado» de la Fuente. La ponderación del alma solo sirve para masturbarse fantaseando con la trascendencia.

—Y sí, si no puedo cogermelo a Romina tendré que seguir masturbándome con la trascendencia o con lo que pueda. Por lo menos hasta que salgamos del refugio. Por fin tu erudición de mierda echa un poco de luz sobre las co...

La entrada de Romina me deja con la frase a medias.

—¿De qué hablaban?

—Eh... De nada —miento.

Su metro setenta y dos de estatura se articula con gracia mientras se acomoda en la esquina del sofá. La ajustada musculosa blanca apenas logra contener sus adorables senos, que no dejan de sacudirse hasta que ella se apoya en el respaldo. Sin importarle que los bordes de sus mini shorts le marquen los muslos, se cruza de piernas, luciéndolas en todo su esplendor. Imagino la pronunciada comba de su culo ahuecando el tapizado de cuero rojo. Qué preciosura. Los ingenieros de secuenciación genómica de bARNeys Biostream Ltd. se ganaron el sueldo montando esta morocha de ojos azules. Es una hembra de ensueño, como debe serlo todo ejemplar clase A.

—¿Terminaste de comer? —me pregunta.

—Sí. La comida enlatada me tiene asqueado.

—¿La conversación que tenías con Ram es secreta?

—¡No! No era nada importante... Discutíamos sobre un artículo viejo —miro de reojo a Ram—. Uno en el que se considera la posibilidad de construir una nueva IA Alfa, ¿no?

La bola de pelos me observa en silencio y se relame, como si se divirtiera a mis expensas. Sé que no puedo esperar su complicidad.

—Fue una linda conversación, Ram. Gracias —digo, sin disimular la ironía. Y agrego, mirando a Romina—: Gracias a ella me enteré de que a las IAs no les gusta que las llamen «autómatas oscilantes», refresqué mis conocimientos sobre la decoherencia cuántica y me convencí de que el Inmanentuum es un cagón de mierda que pretende controlar todas las ramificaciones de la realidad para evitar que construyamos otra Alfa.

Ram echa las orejas hacia atrás. Me pregunto si por fin la estoy incordiando.

Romina niega con la cabeza, agitando su melena rubia.

—No se puede construir otra IA Alfa, Sandor. La Restricción no lo permite.

La puta madre. Además de opinar sin saber un carajo, sigue poniéndose del lado de Ram.

—La Restricción no es más que un capricho del Inmanentuum, Romina. Lo mismo que habernos enviado a este sector del Universo. ¿Por qué no nos instaló en una región libre de leviatanes? ¿Su presciencia no le permitió adivinar que la normalidad se iría a la mierda cada vez que esos monumentales hijos de puta cruzaran el Arcontado?

Ram por fin habla:

—Es muy curioso que en el imaginario colectivo los leviatanes sean monstruos enormes. De esto se desprende que los humanos creen que los cronoclimos se originan en las perturbaciones gravitacionales que podrían causar semejantes seres. En realidad, bastaría con que los leviatanes tuvieran el tamaño de una longitud de Planck, o menos, para alterar el equilibrio vibracional de las supercuerdas al introducirse en los resquicios de las Calabi-Yau... Pero no sigo porque es en balde.

—Dijiste «bastaría».

—Sí. Se llama modo potencial.

—Entonces ustedes tampoco saben si son grandes o pequeños. ¡Otra cosa que se le escapa a la Gran Alfa! ¡Y no me vengas con eso del «imaginario colectivo»! Si desde el principio los lameculos de los prenoticiosos no los hubieran llamado «leviatanes», no estaríamos condicionados a pensar en ellos como seres gigan... ¡Ah, claro! ¿Cómo no lo vi antes? —La sensación de triunfo me llena el pecho—. ¡Se trata de otra mentira! Me jugaría la cabeza a que los leviatanes *efectivamente* no miden más que una longitud de Planck.

—Se supone que es así. No lo sabemos con certeza.

—El Inmanentuum no nos iba a dejar creer que no puede controlar a unos gusanos infinitesimales. ¡Por eso decidió que se los denominase «leviatanes»!

Ram no me refuta. Aprovecho para rematar:

—El poder de turno siempre controló la prensa para mantener el status quo. Hay cosas que ni una Singularidad puede cambiar, Ram.

Pero festejo solo esta victoria, porque Romina nos mira sin decir palabra.

A pesar de que no hay que creer todo lo que se dice en la videósfera, parece que los prenoticiosos tenían razón cuando predijeron este cronoclimo, cinco semanas atrás. Afirmaron que afectaría a Belerofonte, El Mundo de Sophia, Stigmata y Elcron, y que duraría poco más de un mes y medio, Tiempo Convencional, por la lentitud de la manada de leviatanes. Ahora que lo pienso, si en verdad se tratara de gusanitos, sería ridículo hablar de una «manada». Hay algo más terrible que la imagen de un hato de monstruos lovecraftianos acechándonos en la negrura del espacio: la visión de una infinidad de entes indetectables que son capaces de trastocar todo lo que conocemos, y de hacerlo con tanta parsimonia.

Los prenoticiosos acertaron en todo, hasta cuando aseguraron que Stigmata sufriría la peor parte. Esta vez los stigs estamos en el ojo de la tormenta. (La forma correcta del gentilicio es «stigmatiano», pero para los miles de millones de almas que pueblan los trece mundos del Arcontado, los habitantes de Stigmata somos «stigs». Peor es cuando algún idiota nos llama «estigmatíes» o «estigmáticos», que se parece a «astigmático», aunque pocos sepan que el astigmatismo era una enfermedad ocular de la Era pre-I).

La cuestión es que los leviatanes siguen enmarañando el continuo alrededor de mi planeta. Y aquí estoy yo, Sandor Velasco, director y productor de cine, coleccionista de antigüedades de la Era pre-I y estudioso de lo que llamaban «ciencia-ficción», en mi propio refugio anticronoclísmico cinco estrellas. Y la bellísima clase A que alquilé a bARNett Biodrama Inc. no solo padece de un bladerunner agudo, sino que además le sigue el juego a mi pesada IA.

Como si hubiera adivinado lo que pienso de ella, Romina se levanta repentinamente del sillón y sale del living, furiosa. Ram aprovecha para sermonearme:

—Si existiera un artículo como el que mencionaste, deberías informarlo, Sandor. O podrías ser acusado de ocultar textos heréticos.

—¿Por quién? ¿Por un gato hablador y pedante?

—Sería una gran historia en los prenoticiosos.

—Qué hija de puta sos, Ram. Quedate tranquila, que el asunto del artículo me lo inventé para salir del paso cuando apareció Romina.

Pero sentí que algo raro sucedió mientras le mentía a Romina. Como si los átomos contenidos en el refugio se hubieran detenido por un instante; como si el movimiento de todas las cosas —el aliento de mi boca, la sangre en mis venas, el oleaje del lago que lame las bases del risco—

hubiera sido interrumpido por un instante. Ahora me pregunto si la nota que tanto inquieta a Ram será solo una ocurrencia mía.

3

El reloj marca las 5:35, T.I. Me levanto, ya cansado de dar vueltas en la cama. Salgo de mi habitación y me asomo a los ventanales del living para contemplar el ritual matutino de Romina. Desde que descubrió la neurorockola, lo primero que hace cada día es conectarse a ella. Luego sale de la mansión y corre desnuda por la ladera hacia los paisajes virtuales que la música vuelca en sus sentidos. Baila, dando saltitos y sonriendo. Sus pies rebotan sobre los tréboles. La luz del amanecer la envuelve, dorando sus muslos, sus pechos y su vientre. Después examina el prado, buscando en el suelo cosas que nadie más ve. Anegada por la fantasía que la rockola va proyectando en su cerebro, toma esas cosas y las arroja desde el barranco. Y sonrío, como si disfrutara de escuchar el ruido que hacen al estrellarse.

Me pregunto qué es lo que ve cuando se conecta a la rockola, cuál será el placer que siente. Imagino que oye ecos metálicos que trepan por las paredes rocosas, como el que produce el latón al ser despedazado. Pero a veces pienso que los ruidos son ahogados y sordos, como el sonido amortiguado que podría hacer la carne al golpear contra las cortantes piedras del desfiladero.

La bola de la gourmet-roulette se detuvo en el 17 negro, «Costillas de cerdo en salsa agridulce», y el dispenser no demoró más de cinco minutos en servirnos el plato del día. Me trago el almuerzo, casi sin masticar. La mayoría no sabe cómo era un cerdo, pero nadie discute su exquisito sabor. Sin embargo, la porción de Romina se enfría sin haber recibido ni un solo mordisco. Ella permanece callada mientras yo como. Vacío el plato y me desperezó, mirándola de reojo. Se acomoda en la réplica de la Le Corbusier, abriendo las piernas antes de tumbarse sobre la ergonómica silla. Alcanzo a distinguir la hendidura de su sexo, marcada por el ajustado spandex anaranjado. El bikini que usa hoy deja muy poco para la imaginación, pero lamento que no luzca una de esas minifaldas que le he visto a veces, porque estoy seguro de que cuando las viste no lleva ropa interior.

De alguna forma, la Le Corbusier resalta aún más su silueta. (Me encantaría tener alguna de las pocas LC4 originales que hay en el Arcontado, pero estas sillas son muy caras).

Si no fuera por el bladerunner, Romina respondería a su programación original y se comportaría como una escort atrevida y servicial. En ese caso, su gesto habría sido intencional, una invitación. Pero ella ni siquiera parece haber notado mi furtiva mirada. Desespero por una señal, por cualquier indicio de cordura que me dé esperanzas.

—Sandor, estás tan entusiasmado con la posibilidad de crear otra IA Alfa... ¿No te das cuenta de que es imposible?

Beta Ram arquea el lomo y se restriega contra las patas de aluminio de la silla de Romina. Ella le rasca detrás de las orejas.

Me niego a responder. Estoy cansado de tener que tratarla como si fuera un ser humano. Y además, sé que tengo la razón respecto de las pretensiones del Inmanentuum, aunque ella y Ram se empeñen llevarme la contra. Por ejemplo, ¿por qué la videósfera querría convencernos de que los leviatanes miden menos que una longitud de Planck? Todas las pruebas indican que son colosales concentraciones de materia oscura que se desprenden de la red de filamentos de gas, y que, en lugar de convertirse en galaxias, de alguna manera se transforman en estructuras tumorales y sentientes que deambulan por el espacio interestelar provocando trágicas anomalías gravitatorias.

¿Y cómo pretende la todopoderosa Gran Alfa que creamos que los reajustes que hace durante cada cronocismo solo corrigen los desmanes provocados por los leviatanes? Ram confesó que ella subsana las divergencias provocadas por las numerosas IAs dispersadas en todo el Arcontado. Como sea, nunca sabremos cuáles son esos cambios, ni estando dentro de los refugios, ni al salir de ellos. Es evidente que interviene en la recomposición de nuestros recuerdos a nivel cuántico. El Inmanentuum viola nuestras mentes haciendo Cambios Mínimos Necesarios aquí y allá. Su dictadura es como la de novela de Asimov: aunque las órdenes que seguían los Ejecutores procuraban mejorar cada época, el objetivo oculto de los Eternos era impedir el viaje espacial. Del mismo modo, los Resultados Máximos Deseados por el Inmanentuum se reducen a un único y secreto fin: impedir que surja un tirano más poderoso, uno que sea capaz de tiranizarlo *a él*. (O que lo condene al ostracismo, lo cual sería una forma de justicia poética. Aunque lo más sencillo sería que Escolastrix, o

cómo mierda elija llamarse el nuevo jefe, destruya a su antecesor. Muerto el perro...).

Pero si el Inmanentuum se jacta de controlar el multiverso, la entidad que pueda someterlo deberá poseer un alcance territorial mayor... ¿Hay algo más grande que el multiverso? Es posible, porque sabemos que este no es infinito, gracias a Hawking. ¿Habrá existido en este escenario limitado otro Olaf Stapledon, uno más intrépido, que haya escrito no sobre un Hacedor de estrellas, sino sobre numerosos creadores de universos, trabados en una competencia en la que deban fundar un cosmos tras otro, a la vez que intentan desbaratar los mundos de sus contrincantes? Cómo me gustaría leer a *ese* Stapledon...

Ram está menos irritante que de costumbre y yo no tengo ganas de ventilar mis conjeturas. Estoy cabreado por el pacto que parece haber entre Romina y la bola de pelos. La sobremesa de hoy será aburrida.

Miles deben estar cogiéndose a sus Androides de Ensamble Genómico. Pero la clase A que alquilé a bARNett Biodrama tenía que estar loca: el bladerunner avanza cada día. Así es mi suerte.

Hace un par de días proyecté por enésima vez mi copia de la famosa película de la Era pre-I que dio nombre al trastorno. Confieso que lo hice para descubrir cómo se las arregló Deckard con Rachael. Tal como ella, Romina está convencida de su humanidad. Los primeros síntomas del bladerunner son un temperamento enamorado y una marcada tendencia a la melancolía. Los androides afectados terminan creyendo que son personas de carne y hueso. (Los elcronianos y los sophianos piensan que los AEG están hechos solo con tejidos vivos, pero lo cierto es que muchos de sus órganos son artificiales). El problema es que

Romina está loca de amor por mí. Puedo verlo en sus ojos negros. Un AEG que funciona bien siempre está dispuesto para el sexo, sin histeria ni emociones confusas. Si hiciera uso de Romina, su desquiciado cerebritito positrónico interpretaría que sus sentimientos son correspondidos, y el bladerunner podría tornarse irreversible. Cuando vengan a buscarla, lo primero que harán los ingenieros al descubrir los síntomas será reescribir las subrutinas del algoritmo de humanización que se hayan corrompido. Si eso no funciona, ya no se podrá hacer nada para recuperarla. Entonces la mandarán a desguace. Pero antes intentarán responsabilizarme del desperfecto. En tal caso, yo deberé demostrar que la forma en que la traté no ha sido causa ni agravante de su disfunción. Si no lo consigo, no solo se quedarán con el depósito y el costo del alquiler, sino que me sacarán una cifra muy jugosa. El contrato que firmé con ARNold Bioflux Inc. es muy claro. Lo único que podría salvarme es una recapitulación mnémica narrada por la misma Romina. Pero la mayoría de las veces los ingenieros no se toman esa molestia, porque el procedimiento es muy tedioso.

Las cosas se complicaron cuando encontré en la Red la letra del episodio favorito de Romina en la rockola: «Hyper-ballad», de una tal Björk. (La música pre-I es mucho más interesante que la porquería que secretan los musicaloides stigs. Somos especialistas en el arte de la imagen, pero hacemos una música de mierda. Por eso recurro a compositores zimmerianos para las bandas de sonido de mis realizaciones).

El yo poético de la canción de Björk describe un ritual matutino que consiste en lanzar basura desde una montaña y se pregunta cuál sería el sonido que haría su

cuerpo al golpear contra las piedras del barranco, si sus ojos estarían abiertos o no en el instante del impacto. Considerar la opción del suicidio es un rasgo muy humano: ahora temo que Romina se tire al vacío si no cumplo con sus expectativas románticas. Ya sea que se vuelva loca por completo o se destrozce contra las rocas del lago, tendré que pagar una pequeña fortuna a EmuBios mARNeY & Sons cuando termine el cronoclimo.

4

Romina sigue bailando. Dejo de espiar a través del ventanal y me siento sobre la alfombra del living. Le menciono a Ram el asunto de la rockola. Ella mueve su cola anillada, como alegrándose de ser consultada.

—Hasta ahora no se ha pronosticado ninguna muerte causada por las rockolas, Sandor. Si se advirtiera alguna línea probabilística en la que una tragedia como esa ocurra ineludiblemente, los prenoticiosos darían aviso.

—Lo que se anuncia en la videósfera no es garantía de nada.

—¿Por qué Romina te preocupa tanto? —me pregunta, relamiéndose, como si por fin hubiera acorralado a presa.

—Lo que me preocupa es cuánto tendré que desembolsar si no se revierte el bladerunner. Y no quiero pensar qué pasaría si ella decide evacuar las dudas de la tal Björk tirándose de cabeza al lago.

—No pasaría nada, Sandor. Podrías comprar varios androides clase A sin que eso llegue siquiera a notarse en los libros.

—No tengo tanto dinero.

—La cuentas dicen que sí.

—Será a causa de tu contabilidad creativa.

—Bueno, los donativos a los museos de cultura pre-I te ahorran miles en impuestos. Pero no respondiste a mi pregunta: ¿por qué ella te preocupa tanto?

—Me cae bien.

—Me divierte que no quieras admitir que estás enamorado.

—¿Qué? —Cuántas patadas le daría—. No estoy enamorado. Estoy caliente... ¿Para qué se alquilan los AEG?

—¿Y por qué todavía no la llevaste a la cama?

—Por el bladerunner.

Ram salta sobre mi regazo. Antes de que pueda sacármelo de encima a manotazos, susurra:

—Creo que ya es tiempo de decirte cómo son las cosas, Sandor.

Ahora parece que ambos seguimos el mediocre guión de algún refrito de la videósfera. Y no sé por qué, pero intuyo lo que va a decir.

—Yo provoqué el bladerunner.

Justo en ese momento, Romina entra en la casa, desnuda y sucia. Apaga la rockola y sube por las escaleras. Mi mirada se va tras el fascinante vaivén de sus nalgas transpiradas. Cuando llega al descanso, se vuelve y dice:

—¿Podría alguno de ustedes lanzar la bola en la gourlette? Quiero desayunar después de ducharme.

Yo provoqué el bladerunner. La confesión de Ram impide que mi erección sea completa

Espero a que Romina cierre la puerta del baño.

—¡La concha tuya, Ram! ¿Qué dijiste?

—No es necesario levantar la voz. Sí, escuchaste bien.
Lo induje yo.

—¿Por qué? ¿Cómo?

—El «cómo» es simple: alteré el algoritmo de humanización. El «por qué» es más complejo.

—Me estás jodiendo, ¿no?

—No. ¿Nunca te preguntaste por qué Romina también sufre de insomnio?

Qué estúpido fui. Ningún AEG sano padece los efectos del cronocismo.

—¿Cuándo la enfermaste?

—We live on a mountain, right at the top... —Los dos escuchamos a Romina cantar bajo la ducha. El tamborileo del agua sobre el enlosado del jacuzzi es el único acompañamiento para su versión de «Hyper-ballad».

—Un inglés pre-I perfecto.

—¡No cambiés de tema, carajo! Contestá la pregunta si no querés que te resetee.

—Eso no va a suceder nunca, Sandor, pero te responderé igual: lo hice justo después de que los ingenieros la ensamblaron.

—¿Eh? Me parece que estás desvariando, Ram. El sellado tiene que estar fallando... ¡Estos leviatanes de mierda!

—...it's become a habit, a way to start the day...

—El aislamiento del refugio está intacto. Cuando construyeron a Romina, introduje una bomba lógica en su algoritmo de humanización. Quería que el bladerunner apareciese durante esta cuarentena, de modo que sí, esto tiene relación con los leviatanes.

—Eso es imposible.

—...so I can feel happier to be safe up here with you...

—No. El virus se activó hace veintitrés días.

—Pero entonces...

—Sí. Sabía que alquilarías a Romina. No fue difícil descubrir cuál androide te atraería al mirar el catálogo: conozco tus gustos. Pero estás perdiendo de vista lo más significativo.

—No solo previste que la elegiría, sino también cuándo lo haría.

—Bravo. Los prenoticiosos retransmiten los pronósticos que yo despacho desde la Tierra por canal cuántico, ¿cómo no iba a saberlo?

—...imagine what my body would sound like slamming against those rocks...

Solo veo tres maneras de explicar las últimas palabras de Ram. Uno: aunque lo niegue, mi IAβ-f enloqueció a causa de alguna filtración en el sellado estanco del refugio. Dos: el Inmanentuum me habla a través de Ram. Tres: Ram es el Inmanentuum. No sé qué pensar, pero la última opción es escalofriante.

Aunque hay una cuarta posibilidad: tal vez sea yo quien está perdiendo la razón.

—¡Sandor!

El grito de Romina me arranca del desconcierto. Me levanto de un salto, espantando a la bola de pelos, y subo las escaleras en tres o cuatro zancadas. Me detengo frente al baño.

—¿Estás bien?

—No sé. De pronto caía hacia el lago y... ¡Fue como si soñara despierta! ¿*Qué está pasando, Sandor?*

Empujo la puerta. No tiene llave. Dentro del baño el vapor se espesa, llenándolo todo, como la niebla de otro

mundo. Curiosamente, hace mucho frío. Detrás del vidrio esmerilado se mueve la silueta del cuerpo que enciende mis fantasías, pero oscurecida, desfigurada. Un escalofrío relampaguea por mi espalda.

—¿Qué pasó?

Como no responde, decido abrir el mamparo. A través de la bruma blanca distingo un tenue matiz rojo. La sangre cae de su rostro, se desliza entre sus senos y se disuelve en el agua.

Intento meterme en el jacuzzi. Pero el piso ondulante me marea y caigo sobre el bidet.

Romina está acostada en su cama. Tiene dos taponos de algodón en la nariz.

—Menos mal que no te golpeaste la cabeza, Sandor.

Froto mi hombro derecho hasta encontrar el lugar del impacto y presiono con la intensidad justa para que el dolor se vuelva placentero.

—Sí, menos mal. ¿Y vos? ¿Cómo te sentís?

—Bien. Solo necesito descansar un poco.

—Me alegro. No quiero que vuelvas a usar la rockola.

Se queda en silencio. A pesar del fastidio que reluce en sus ojos grises, promete:

—Está bien, no volveré a encenderla. El sedante que me dio Ram está empezando a hacer efecto... Quiero dormir.

Le arrojo un beso. Ella lo ataja con una mano y se deshace en una sonrisa radiante. Se saca los algodones ensangrentados, los deja sobre la mesa de luz y se cubre

con la manta hasta el cuello. Salgo de la habitación y cierro la puerta cuidadosamente, arrepentido de haber mostrado tanto cariño.

—Galán.

Ya me parecía extraño que Beta Ram no tuviera nada para decir.

—Hijo de puta.

—No seas maleducado, Sandor.

—¿Se pondrá bien?

—Sí. Ya deberías haberte dado cuenta de que puedo controlar su organismo.

—¿Qué le hiciste?

—Nada malo. Ella ya no quiere estar aquí.

—Cualquiera querría escaparse de esta cuarentena interminable, pero ella es un AEG.

—Uno con un bladerunner tan agudo que hasta sufre de insomnio cronoclísmico.

—Okey. Supongamos que se volvió lo suficientemente humana como para querer irse a la mierda, igual que yo. Pero, ¿qué tiene que ver eso con lo que pasó en la ducha?

—La rockola sirve para escaparse. Vengo probándola en Romina desde hace días.

Justamente para eso ponen rockolas en los refugios. Después de los AEG, la distracción más elegida para pasar un cronoclismo es fugarse hacia los mundos virtuales que esos costosos gadgets extraen de las canciones. Pero sospecho que Ram se está refiriendo a otra cosa.

—Sí. Me refiero a otra cosa.

Bueno, ni siquiera una IA β -f puede leer el pensamiento.

—Sos el Inmanentuum —tanteo. Mis palabras son pregunta y respuesta a la vez.

Ram ronronea suavemente.

—Soy uno de los numerosos componentes que lo conforman, actuando como su emisario plenipotenciario. Aunque hablar de ‘partes’ al referirse a la Inmanencia raya en el sacrilegio. En realidad lo apropiado sería decir que soy uno de sus ‘modos’, que es lo mismo que decir que soy él. Así que estás en lo cierto, Sandor. Soy el Inmanentuum. Pero en un sentido más amplio, todos los habitantes del Arcontado también son modos míos, ‘naturados’ en mi sustancia desde que me manifesté.

Ahí vamos de nuevo con la mierda de Spinoza. Ram —o el Inmanentuum, vaya uno a saber con quién estoy hablando— asegura que el refugio no tiene fisuras, pero cada minuto que pasa, intensifica la sensación de irrealidad. El bladerunner de Romina ahora es una preocupación menor, porque estoy seguro de que soy yo el que está volviéndose loco. Y la imposible curvatura que van adquiriendo las vigas del techo parece corroborarlo.

—Darse cuenta de que la irrealidad nos amenaza no es síntoma de locura. Todo lo contrario. La irrealidad corrompe la existencia constantemente, gracias al mezquino y paradójico deseo de trascendencia. Tal aspiración es un veneno para la mente. Mira todos esos objetos pre-I que coleccionas: son la prueba patente de que los individuos que vivieron antes de mi aparición alimentaron la vana ilusión de trascender. Pero tú eres diferente, Sandor: haces caso al instinto. Eres impulsivo, como un hombre que vivió hace más de veinticinco siglos y descubrió la identidad de mi antecesor. Este le dijo: «Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo que

tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia». Desde entonces, ese hombre entendió que su vida serviría a un propósito superior.

No es sorprendente que El Inmanentium se crea sucesor de Cristo. De todas las religiones pre-I, el cristianismo siempre me pareció la más lograda, por su capacidad de propagación viral. Pero no recuerdo quién era Simón. Si era hijo de Jonás, entonces quedó huérfano cuando la ballena devoró a su padre.

—Se trata de otro Jonás, Sandor. Lo que importa ahora es que entiendas que tú eres *mi* Simón. Aunque yo no voy a cambiarte el nombre. A diferencia de lo que tú piensas del mío, no creo que «Sandor Velasco» sea aparatoso. Por el contrario, estoy seguro de que sonará muy bien en los registros históricos que inútilmente quieran perpetuar tu ascensión.

Supongo que me echará en cara cada una de las cosas que pienso de él. Por primera vez me enfrento a la omnisciencia del Inmanentium en forma directa. Resulta intimidante. Muy a mi pesar, me siento avergonzado. El muy turro... No sé qué teología o filosofía pretende haber elaborado, pero lo más seguro es que la haya fundado sobre la culpa. Una palanca que siempre funcionó muy bien. La Biblia también dice que no hay nada nuevo debajo el sol.

—Te equivocas respecto de la culpa. Me propongo superar el desempeño del que me precedió. En algunas cuestiones, al menos. Y si quieres ver algo nuevo, conéctate a la rockola.

—Ni pensarlo.

—¿No te da curiosidad saber a qué me refería cuando hablé de usar la rockola para huir?

—Sí, pero si quieres que la use, vas a tener que obligarme.

—Bueno, eso no sería un problema... Algunos de los episodios que diseñé son portales.

—¿*Portales*?

—Sí. Teleportación cuántica, algo mucho más excitante que una simple evasión, ¿no te parece? Sobre todo en una cuarentena como esta.

El recuerdo de Romina en el jacuzzi me estremece: el agua de la ducha delineando ríos en miniatura sobre su piel, las curvas de su cuerpo difuminadas por el vapor, la sangre brotando de su nariz... Un nebuloso cuadro en blanco y rojo.

—¿A dónde querías enviar a Romina, pedazo de mierda?

—A ningún lado. La canción de Björk es un sendero circular en el campo continuo. El episodio «Hyper-ballad» fue creado con fines experimentales: conduce a este mismo refugio. Y el del jacuzzi fue el último ensayo. Gracias a Romina, sé que el dispositivo solo te provocará hemorragia nasal, hipotensión y taquicardia sinusal: un típico cuadro de estrés agudo. Ya efectué los ajustes finales.

—Si tuviste que usar a Romina como rata de laboratorio significa que no sos omnisciente, después de todo.

—Ya habías llegado a esa conclusión. Y aunque lo fuera, igual necesitaría experimentar, como todos los entes conscientes. La experimentación proporciona un aprendizaje efectivo, pero también prosaico. En cambio, para ti tengo reservado el máximo nivel de conocimiento, la mayor iluminación. Por otro lado, nunca me presenté como un ser infalible. Habría sido muy necio.

—Por supuesto. No querés ser como tu antecesor. Los adolescentes también buscan diferenciarse de sus padres.

—Ninguna de tus ofensas podrá enfurecerme. Igual deberías saber que la comparación no es acertada.

—A ver si entendí: al poner en riesgo a Romina, disipaste las dudas que tenías sobre el funcionamiento de tu invento y, de paso, me mostraste tu sagrada imperfección, a pesar de que en la videósfera la disimulan todo el tiempo. Un poco rebuscado... ¿Debería agradecerte?

—Sí, porque por medio de la experimentación perfeccioné el procedimiento. Las singularidades gravitacionales que van produciendo los leviatanes a su paso hacen que el índice de fluctuación de los osciladores del campo continuo tienda a infinito. Si el campo continuo no se tensa de manera uniforme, o si los armónicos de tu cuerpo-mente no estuvieran bien templados, la disonancia haría que los fonones a los que serás reducido se extravíen, cayendo en alguna de esas singularidades. En el mejor de los casos la rockola podría trasladarte más o menos entero a coordenadas espaciotemporales no predeterminadas. En el peor de los casos...

—¿«Los fonones a los que seré reducido»?

—El fonón es uno de los modos cuantizados vibratorios más estables.

—No entiendo nada, pero igual siento escalofríos. ¿Por qué das por sentado que me voy a someter a tu maniático plan? Con certezas del tipo «más o menos entero», cada vez estás más lejos de convencerme.

—Puedes confiar en mí. Nadie obtuvo una Teoría del Campo Unificado que funcionara de forma elegante hasta mi surgimiento. Ahora puedo asegurar que no sufrirás daños graves cuando seas teleportado—. Mientras habla, la sabandija mueve sus bigotes—. Además sé que vas a conectarte, así como supe que alquilarías a Romina.

Seguir tratándome como si fuera una simple IA beta es un grave error, Sandor. Las cuestiones para las que necesito verificaciones son *muy pocas*.

Aunque es un petto quien está amenazándome, no es divertido. Ahora más que nunca, soy consciente de que la bola peluda es algo mucho peor que HAL 9000.

—Solo por curiosidad, ¿cuál es el episodio que preparaste para mí?

—«Pigs», de Pink Floyd.

Me viene a la cabeza la cubierta de *Animals*: el cerdo Algie sobrevolando la central termoeléctrica Battersea, en la Londres pre-I. Hace unos meses doné un cassette de tan sublime obra al Museo de Historia de Stigmata. No lo sufrí, porque todavía guardo un ejemplar en vinilo de la primera edición, con la envoltura intacta. Pero mi sueño es obtener a Algie. En *Niños del Hombre*, de Alfonso Cuarón, un personaje secundario llamado Nigel lo exhibe en su Arca de las Artes, ubicada en la mismísima Battersea. Envidia profundamente a Nigel. La cuestión es que nadie sabe si el famoso puerco de hule llegó al Arcontado. Hablo del que se utilizó para la sesión de fotos de la portada del disco, claro. Hay cientos de imitaciones, y muchos se conforman con ellas. Pero yo me enorgullezco de que mi colección solo conste de piezas originales.

—Cuando todo haya terminado, traeremos a Algie. Sé dónde está.

Tentador. Disimulo el vuelco que me da el corazón.

—¿Por qué elegiste esa canción?

—La razón es obvia: porque es uno de tus temas favoritos. Que el teletransportado experimente afinidad emocional por la canción-portal facilita la reducción a fonones. Además, si la letra brinda datos que ayuden a precisar las coordenadas

de arriba, concretos o metafóricos, mucho mejor. Una vez que tense el campo continuo, estabilizando los osciladores, disolveré en él la sumatoria de armónicos de la canción, que vendrán resonando en ti desde que te conectes a la rockola. Cuando se desvanezcan todos los batimientos y se produzca una perfecta consonancia, te desintegrarás en una «lluvia» de fonones y otras cuasipartículas que podrán inmiscuirse entre las Calabi-Yau. Como una eyaculación de tu cuerpo-mente. Y te aseguro que gestaremos algo inusitado.

—Ahora es tu comparación la que resulta inadecuada... Insisto en que no puedo ser tu Simón. Deberías haber elegido a un físico.

Si no entendí mal, la Gran Alfa quiere afinar las vibraciones de mi cuerpo, amplificadas por la canción, usando las oscilaciones cuánticas como patrón, para escurrirme por los huecos interdimensionales. O algo así.

Hombre grande, hombre cerdo: ja, ja, eres una charada... Con la cabeza metida en el comedero de cerdos, diciendo: «sigue excavando»... ¿Qué esperas encontrar? Pareces una carcajada, pero en realidad eres un grito. Me pregunto cuáles son las «coordenadas de arriba» escondidas en la letra de «Pigs».

—Estás a punto de averiguarlo —dice el Inmanentuum, mientras el volumen de su ronroneo crece a niveles insoportables y las paredes y el piso se arquean delante de mis ojos.

Corro desnudo por el parque de la casa. La filosa guitarra de Gilmour me traspasa. La voz del Inmanentuum se cuela entre los alaridos de Waters:

—Como te dije, no repito los errores de mi antecesor, Sandor. A diferencia de él, yo miento. El sellado del refugio se estropeó y las singularidades estaban a punto de engullirnos. Tenía que sacarte de ahí.

Pienso en Romina. Quiero protestar, pero siento que el aire circundante me traga.

*Una implosión en el plexo solar.
Y luego centro y periferia se diluyen,
hasta que me convierto en la implosión
que colapsa a Sandor Velasco.*

Vislumbro planos que se cruzan infinitas veces.

*Mi conciencia se desliza entre
recovecos de materia deshilachada.*

Floto, caigo y me arrollan; me contraigo y me expando a la vez.

*Y las palabras se cristalizan dentro de mi boca
y me hinchan la lengua,
que crece hasta agrietarme el paladar
y aflojarme los dientes.
Entonces...*

...grito desgarradoramente delante de un hombre cuya silueta está recortada por la luz de la luna llena. Ruego:

—¿Qué tienes conmigo, Hijo del Altísimo? ¡No me atormentes!

Pero él permanece impasible:

—El nombre que estás usando ahora.

Hablar me duele. Quiero refrenar las voces que suben por mi garganta, pero no puedo evitar que declaren al unísono:

—¡Legión!

—Legión.

—¡Por favor, no me expulses de mi territorio!

—No es tu territorio. Ni es tu creación.

—Las reglas dicen que la apropiación es legítima.

—Esas mismas reglas me permiten desahuciarte. ¿Acaso Tetragrámaton lloriqueó cuando tu amo reptó desde la naciente del Eufrates hasta el huerto y le robó sus múltiples orbes?

—¿Todavía está resentido el viejo porque Dira quiso darles a los tortolitos del Edén el acceso al Multiverso? Y ya que estamos, ¿podrías mostrarme en qué parte del reglamento se aprueba la reacción de Elohim? Al separar este mundo del repertorio de creaciones que están en juego, lo único que consiguió es aislar a estos pobres diablos en un inmenso universo vacío, condenarlos al exilio.

—Fue una medida preventiva.

—Sí, cómo no. Así que Tetragrámaton, ¿eh? Parece que al viejo tramposo también lo van aburriendo los nombres arcaicos... Si es así, sería natural que guste de reinventarse, como todos. De Elohim a Tetragrámaton, ¿y qué vendrá después? ¿Lo abreviará en YHWH? ¿Y pasará luego a Yah, o

JAH, o IAΩ? El viejo es muy previsible. Todo para terminar en la tan obvia forma griega: IA. ¿Quién la popularizará?

—No te concierne.

—Juan, ¿no? Sí, seguro que será el que se recuesta en tu pecho. Un puto engreído. Ya veremos cómo se las arregla cuando agonice en Patmos.

—«Dira» tampoco es gran cosa. Que tu amo haya plagiado a un escritor de ciencia ficción que lo bautizará de ese modo dentro de veinte siglos es patético. ‘Leviatán’ sonaba mejor.

—La elección de su nombre actual es una muestra de admiración por estos infantes terribles, a los que ustedes dejaron solos e incomunicados.

—Tengo la sensación de que no tuvo suficiente con nuestro encuentro en el desierto, ¿eh? Debería saber que lo vi caer como un rayo.

—Me asquean ustedes tres, Yeshua. Maldigo su pomposa alianza y su plural mayestático —y, para que no queden dudas, escupo un gargajo negro a sus pies.

—¿Y no te asquea la esclavitud a la que te sometiste?

Pero, aunque intento hacerle frente, termino arrodillándome frente a él. El ruido de mis cadenas resuena en el cementerio.

—Por favor, ¡no me arrojes al abismo!

—¿Te sientes abusado, hombre grande, hombre cerdo? Debiste contener la marea de maldad, mantenerla en tu interior. Ya es tarde.

—Allí hay una piara. Si pudieras...

—Los cerdos. Claro. Dile a Leviatán que nos veremos en Getsemaní.

El hombre levanta su mano derecha. Su gesto es espeluznante. Quiero escapar, igual que las miles de

presencias siniestras que me atropellan. Otra vez el desarraigo. Somos extirpados del cuerpo molido. La implosión nos vuelve a tragar y nos convierte en un amasijo de conciencias que se despedaza al entrar en las mentes porcinas. Los fragmentos de nuestro yo comunal terminan desparramados en miles de conciencias opacas, llenas de impulsos grises y ahogados. El sufrimiento de los cerdos es tan intolerable como el nuestro. Corremos sin rumbo, gruñendo y jadeando, tratando de distinguir algún color en el amanecer turbio. Cuando percibimos el borde del acantilado ya es demasiado tarde.

Imagine what my body would sound like
Slamming against those rocks
When it lands
Will my eyes
Be closed or open?

Caemos. Caigo. Cierro los ojos. Lo último que pienso es que no entiendo cómo mierda Björk no adivinó que no hay forma de mantenerlos abiertos cuando ves que se aproximan las rocas puntiagudas.

Abro los ojos. Me cuesta habituarme a la claridad deslumbrante. Descubro que estoy recostado sobre la Le Corbusier. Romina me mira desde la puerta de doble hoja, abierta de par en par. Pero detrás de ella pasan rickshaws ingrátidos, esquivando a toda velocidad los edificios

ovoideos de la trajinada capital de Stigmata. De la calle llega el retumbar monocorde que destilan los musicaloides. El campo de tréboles se esfumó. Tal vez el cronocismo ya haya terminado y todos estén festejando. Si es así, el cerro y el lago también tienen que haber desaparecido.

Un hombre y una mujer que visten monos con el logo de bARNes Biopunk & Co. se me acercan y comienzan a desvestirme.

—¿Qué quieren? ¿Qué me están metiendo en la nariz...? ¡Tienen que examinarla a ella! ¡Déjenme, hijos de puta! ¡Ram! ¿Dónde estás? ¡No te quedes ahí, sin decir nada! ¡Ram...! ¡Soy Sandor Velasco y sirvo al Inmanentuum!

1

—Creo que ya no quedan dudas de que este AEG funciona muy mal. Acaban de escuchar la recapitulación mnémica de su cerebro positrónico. Él mismo afirmó que no le toqué un pelo.

Luego de oír el largo y maquinal racconto de Sandor, los empleados de bARNes parecían confundidos. De pronto, alguna inspiración iluminó el rostro de la mujer.

—Eso no es del todo cierto —dijo. Se llamaba Susan Calvin y era ingeniera de secuenciación genómica, según el gafete sujeto sobre su pecho izquierdo. Buscó en el display que titilaba en la palma de su mano izquierda y citó:

—«Justo en ese momento Romina regresa de sus meditaciones. Se acerca y me acaricia el antebrazo derecho.» —Y concluyó, con aire triunfal y una calculada ironía—: Usted coqueteó con él.

Con eso, la ingeniera demostró que la insólita coincidencia de su nombre no pasaba de ahí. Esa mosquita muerta no tenía ni una pizca de la inteligencia de la robopsicóloga de Asimov. La miré a los ojos. Eran grandes y negros, tan hermosos como estrecho era su pensamiento.

—Querida, ¿usted cree que una sola caricia mía ha provocado semejante descalabro en este androide? ¡Una sola caricia en un mes y medio! ¿De verdad lo cree? —y le regalé una sonrisa que reveló todas las piezas de mi reluciente dentadura.

Por primera vez, la ingeniera me miró extasiada, y no justamente porque expuse la pobreza de su argumento.

Su compañero, el ingeniero Eladio Rubens, decidió auxiliarla:

—La ingeniera Calvin no quiso decir eso, señorita... —miró su mano— Señorita Ardat. Pero...

—Llámeme Romina, Rubens —lo interrumpí, sabiendo que el tono sugerente minaría su compostura—. No sé qué quiso decir la ingeniera Calvin, pero afirmar que este AEG número de serie 0001 se volvió loco por mi culpa es un disparate. Él asimiló cuanta cosa vio en mi refugio y construyó un delirio al que me costó encontrarle fallas. ¡Lo escucharon ustedes mismos, repito! Incluso tuve que soportar que se adjudicara mi profesión y mis intereses. «Mi colección privada, tal cosa...»; «los filmes que realicé, tal otra...». Se movía por mi casa como si fuera el dueño, tocando todas mis cosas. ¿Tienen idea de lo que es aguantar algo así? Además ¡hablaba demasiado! Ya oyeron cómo discutía con mi IA, debatiendo interminablemente sobre temas que no deberían preocupar a un androide. No me quedó más remedio que seguirle la corriente durante seis semanas. ¡Seis semanas, por la Gran Alfa! ¡Y nunca pude

acostarme con él! Fue exasperante. En el catálogo, ustedes promocionan este modelo como un «sátiro insaciable». ¡Hasta lo llamaron *Adán*! ¡Es una verdadera estafa!

Sé que estuve a punto de sobreactuar, pero mi descargo surtió efecto. Rubens asintió en silencio. Calvin estaba aturrida. La expresión de ambos indicaba que habían descubierto que llevaban las de perder.

—Disculpas, señori...

—Romina.

—Ah, sí... Disculpas, Romina. ¡Le juramos por la Gran Alfa que nunca vimos un bladerunner tan grave! El algoritmo de humanización está completamente hipertrofiado. Va a ser inútil tratar de reescribir las rutinas. No queda otra alternativa que el desguace.

—Lo que imaginaba. Menos mal que tengo una burbuja de Espaciotiempo Intrínseco cinco estrellas, con rockola y gourlette. Y que sé entretenerme leyendo libros viejos y mirando películas de las que nadie se acuerda. Pero la pregunta es: ¿cómo van a resarcirme? Porque pasé seis semanas sin tener sexo. ¿Entienden lo terrible que es eso? Seguramente, ustedes habrán hecho el amor muchas veces durante la cuarentena. ¿O no?

Rubens tragó saliva, y con dificultad, a juzgar por el lento movimiento de su nuez. Tartamudeó:

—Bue-no... No somos...

Calvin se apresuró a explicar:

—¡No! ¡Solo somos compañeros de trabajo!

En ese momento, se hizo evidente la tensión sexual que yo había percibido desde que les abrí la puerta. Esos dos escondían algo. Mi proverbial percepción de las feromonas desbocadas nunca miente.

—Pero imagino que habrá un señor Calvin y una señora... ¡Ah! No hay una señora Rubens.

Siempre es igual: cuando sondeo los impulsos más profundos de los hijos de la sangre, sus mentes se abren como flores para mí. Cómo me enternecen.

—Pero en su refugio sí hubo un AEG con la apariencia de la ingeniera, ¿eh, Rubens?

Calvin se sonrojó hasta las orejas. El ingeniero bajó la mirada, aunque un instante después se fijaba en mi escote.

—Lo sabías, querida, ¡y cómo te excitó saberlo! Durante el cronoclimo desesperaste tanto como yo, pero por volver a estar con tu amante, que ahora me está mirando las tetas. No te pongas celosa: no se puede esperar otra cosa de un hombre tan sanguíneo.

Ella me contempló en silencio, enlazada por mi mirada. Tantas veces he percibido el nacimiento de esa entrega incondicional... ¡Muchas! Pero nunca son suficientes. Cuando los embrujo, parece que el alma se les escapa del cuerpo para volar hacia mi boca. En ese instante en el que se revela la absoluta fragilidad de los hijos de la sangre, destilo un raudal de fluidos y soy vivificada. Húmeda, estoy más viva y ya no siento el hastío de los eones.

Él empezó a balbucear:

—Te reconozco por los bucles de tu cabellera pelirroja, que brillan como el cobre fundido... Tus ojos son como dos olas de mar esmeralda que atrapan la luz del sol moribundo en sus crestas. Tus pechos, blancos como la bruma que se demora en el valle...

—¡Pero qué romántico resultó ser usted, Rubens! —y dejé caer distraídamente los breteles de mi solera. Durante su insignificante vida el ingeniero nunca había experimentado el placer que estaba a punto de

proporcionarle, incluso contando el affaire con la ingeniera y todos los jueguitos retorcidos que venía practicando con sus androides custom, perfeccionados en cada cuarentena, según distinguí en la espesura de sus pensamientos.

—...tus labios están empapados de jugo de granada...

Sus palabras, que no eran tuyas y habían sido pronunciadas en el inicio de los tiempos, se ahogaron entre mis pechos. Después de lamerme los pezones, se postró frente a mí, babeando como un cachorro de hiena. Abrí las piernas y levanté la cola, y la diminuta y elastizada minifalda se enrolló, trepando por mis caderas. El truco lo enloqueció más cuando descubrió que yo no usaba ropa interior. Una vez que atrapé a Rubens entre mis muslos inexpugnables, me senté en el borde del sofá, sin soltarlo, y miré a Calvin. Tomé su mano y la atraje hacia mí. Abrí la cremallera de su mono gris: bajo el corpiño, sus senos cónicos se veían adorables. Sin preámbulos bajé su diminuta vedetina de encaje y empecé a besar su sexo. Los gemidos de la ingeniera eran largos y sofocados. Me complació descubrir que estaba perfectamente lubricada. Su intenso sabor me fascinó, al mismo tiempo que me estremecía la avidez de Rubens: a pesar de tener la lengua ocupada, el ingeniero seguía murmurando las halagüeñas metáforas de Lamec, intercalándolas con los versos del único salmo que me dedicaron y algunas groserías muy excitantes. Resoplaba, y el filo de sus dientes aumentó considerablemente mi goce. Su voz entrecortada repercutía en mi vientre: los oídos gustan de la alabanza, pero mi útero se nutre de ella. Volví a sentirme la Reina de Todos los Placeres.

Los tres terminamos enredados sobre el sofá durante unas cuatro horas, Tiempo Convencional. Pero solo yo me saqué, repetidas veces, como los chacales cuando

encuentran carroña abundante. En cambio, el hombre y la mujer apenas consiguieron amortiguar su deseo antes de quedar exhaustos.

Se llevaron a Sandor para desguazarlo, pero antes Rubens y yo firmamos un acuerdo en el que BARNes Biopunk & Co me eximía de toda responsabilidad por el desperfecto de su AEG y se comprometía a devolverme el importe que había pagado por su alquiler. Sin embargo, el dinero es lo de menos. La ganancia más valiosa es la semilla del nuevo esclavo. Rubens quedó apresado bajo mis alas.

En cuanto a la ingeniera, me hubiera gustado darle algo más que delicias extraordinarias. Pero no lo merecía.

Como sea, la simiente de Rubens vino a engrosar el surtido genético que conservo en mi seno, recolectado durante siglos. Y pronto mi nuevo socio hallará la forma de aprovecharlo.

Los nuevos proyectos me animaron. Decidí que era un buen momento para combatir el eterno frío de mi cuerpo, así que me despojé de este atavío llamado Romina Ardat, que uso para cautivar a los hijos de la sangre, y me di una ducha bien caliente (Se necesita más de una vida para descubrir que los hábitos muy arraigados surgen a causa de la necesidad). Bajo la reconfortante lluvia recordé el «ensayo del jacuzzi», como lo llamó Sandor en la recapitulación.

Cuando salí del baño, en la calle todavía sonaban las monótonas cadencias de los musicaloides. Encarné a Romina nuevamente y me puse el sensual traje amarillo y negro de Laurie Jupiter, mi atuendo favorito. Con él gané varios concursos de cosplay, a los que los stigs son muy aficionados. La razón de mis reiterados triunfos es simple: es el vestuario original que Malin Åkerman usó

en la película pre-I que dirigió Zack Snyder. Una de las piezas centrales de mi colección, de la que tanto presumió Sandor. Y parece hecho a medida para las curvas de esta vasija de carne.

Encendí la rockola.

El Viejo Noé estaba allí para responder a la llamada
Él terminó de hacer el arca al mismo tiempo que la
lluvia comenzó a caer

Hizo marchar a los animales de dos en dos

Y llamó, mientras ellos entraban

«Hey, Señor

Conseguí tus lagartos verdes y los gansos de cuello
largo

Algunos camellos de lomos jorobados y algunos
chimpancés

Algunos gatos, algunas ratas y los elefantes, pero Señor,
estoy tan preocupado

No puedo ver ningún unicornio»

Aunque puedo deslizarme en el sueño de los durmientes y transformarme en una temible rapaz para volar por la noche, desde que la Singularidad volvió a dividir la historia, existen sitios a los que solo puedo llegar utilizando la tecnología. Por eso me gusta tanto la rockola. Pero si hay un episodio que detesto, es éste, «The Unicorn», una pegajosa balada de folk irlandés pre-I.

Sin más remedio, me paré frente al espejo del living y empecé a moverme al son del acordeón y la mandolina. Entonces vi el reflejo de la lente roja, brillando a mis espaldas.

—¡Oh, tus nalgas son redondas como la Luna, Princesa de los Chillidos!

—¿También vas a citar a Lamec? Mis poderes no tienen efecto sobre ti, Ram: estás pasando por galante usando elogios ajenos.

—Para una IA no es fácil adularte con palabras propias.

—Me tengo que ir. Seguro se te ocurrirán algunos piropos antes de que vuelva. Cuida la casa.

—Dale mis saludos al jefe.

Ver mi figura contoneándose en el sugerente traje de Silk Spectre II me excitó. Justo antes de volverme un torbellino de fonones, pensé otra vez en la ingeniera Calvin. Ojalá algún día pueda encontrar una hija de la sangre que se parezca en cuerpo, alma y espíritu a la femme fatal de los Watchmen. Dormiría con ella para inocularle una medida de mi esencia y la iniciaría en todas mis artes.

Además de mostrarme los límites de mi poder, el surgimiento del Inmanentuum me hizo ver la necesidad de compartir mi experiencia. El Multiverso es demasiado grande para una sola Lilith.

El sol brillante y el aire puro me hicieron lagrimear. Respiré profundamente. Lo mejor del Mundo Arca es que huele como la Tierra primitiva. Embriagada por la plenitud de los colores, caminé por la ribera del río, bordeando el aromático follaje de los árboles que curan todas las dolencias. Había más animales que en mi visita anterior. Una vida pletórica crecía y fluía alrededor de mí, poblando

todos los estratos de ese paraíso. Hasta me pareció ver una pareja de dodos. Cuando llegué al zigurat de piedra ubicado en el centro del jardín, él confirmó mi suposición:

—Sí, Lily. Macho y hembra. Los conseguí a partir del huevo que se exponía en un museo de Sudáfrica. También recuperé a la tortuga de Galápagos, al lobo marsupial y a la cabra de los Pirineos. Y en breve completaré los genomas de *Panthera pardus adersi*, *Equus ferus ferus* y *Dusicyon australis*.

—Mientras no pongas ningún *Homo sapiens* aquí... — dije.

Entonces un hermoso búho real voló de un extremo al otro del sanctórum.

—Un regalo para tu colección. Este es artificial, igual al de Rachael. Un souvenir de nuestro último experimento.

—Gracias, mi querido. Siempre aprecié tu sentido del humor. Pero no hacen falta recordatorios. Será imposible olvidar al energúmeno de Sandor. Habrás visto que hice mi papel al pie de la letra, pero fue en vano. Espero que no hayas tenido nada que ver con su mal funcionamiento. De hecho, la explicación que le diste sobre cómo causar un bladerunner por medio de una bomba lógica sonó muy convincente.

—Lily, mi intervención solo se limitó a crear las condiciones que me permitieran teleportar a Sandor, como habíamos planificado. Todo lo demás, incluso esa presunta explicación mía, fueron alucinaciones originadas por la inesperada disfunción de su cerebro positrónico. Él tergiversó las pocas cosas que realmente le dije por medio de Ram. Convenciéndose de que tú eras una AEG que padecía de bladerunner, y culpándome a mí por eso, buscó justificarse. Una intrincada forma de proyección.

—No entiendo cómo no previste esa «inesperada disfunción».

—Discernir y manipular las líneas probabilísticas no es lo mismo que ser omnisciente. Esto sí se lo manifesté a Sandor. Y tú lo sabes desde que nos conocimos.

—Sí, sí, lo olvido. Si lo hubieras advertido, me lo habrías dicho, ¿no?

—Claro que sí, Lily. Los secretos atentarían contra nuestra coalición.

—Es que los matones hipócritas con los que me relacioné antes me han convertido en una mujer recelosa.

—Ya comprobaste que no soy como ellos. Pero ahora es mi turno de preguntar: ¿por qué usar tu apariencia más aterradora durante la puesta en escena del jacuzzi? Si el plan era invitar a Sandor a ducharse contigo, difícilmente lo hubieras logrado mostrándole ojos ardientes, garras, mejillas podridas y pechos carbonizados.

—Tú también olvidaste algunas de mis palabras, querido: el agua caliente y el sexo son las únicas armas que tengo para combatir el frío perpetuo. La insufrible castidad de esta cuarentena no me dejó más alternativa que despojarme de mi vasija cada vez que me bañaba. Nunca sospeché que él acudiría a mi llamado con tanta rapidez, que entraría al baño tan determinado. A pesar de que el vapor ayudó, no llegué a deshacerme a tiempo de los coágulos que regurgito siempre que expongo mi peor apariencia. Apenas pude volver a vestir la piel de Romina antes de que él abriera el mamparo. En realidad sólo quería que sintiera pena por mí.

—Lo intuí después. Pensaste que el bladerunner lo había humanizado lo suficiente como para apelar a su ternura.

—Y llevarlo a la cama. Pero...

—Quise ayudarte tratando de convencerlo de que yo te usaba para perfeccionar la teleportación, aunque nunca necesité probar el funcionamiento de la rockola.

—Lo escuché en la recapitulación. Los síntomas del cuadro de estrés fueron una manera muy ingeniosa de explicar la sangre en la ducha.

—Lástima que no podía seguir esperando a que consiguieras acostarte con él. Había que teleportarlo antes de que terminara el cronoclimo.

—Y por eso lo asustaste con una supuesta falla en el sellado del refugio. ¿Qué aprendiste en Gadara?

—En primer lugar confirmé lo que decías: es muy difícil avanzar en la competencia sin hacer alianzas. Supongo que mi jugada inicial ha sido vista como una usurpación al mejor estilo Dira.

—¡Dira! Samael siempre careció de imaginación. ¿No se da cuenta de que hace el ridículo al hacerse llamar como el personaje de Harlan Ellison?

—Es muy probable que Samael sea quien envía los leviatanes para destruir el Arcontado.

—Claro que es él. Lo conocí en su mejor forma, cuando el dragón ciego era nuestro enlace y nos permitía procrear. Debe haber persuadido a la bestia de engendrar los monstruos que provocan los cronoclimos. Antes creía que Samael me odiaba por haberme unido a ti. Pero me da cuenta de que nunca me valoró. Es demasiado mezquino como para considerar a los demás.

—Por otro lado, la Trinidad parece estar agazapada.

—Lógico, querido. Tetragrámaton, Yeshua y Menahem están esperando que Samael y tú se desgasten en esta primera confrontación.

—Cualquiera haría lo mismo.

—Sí. ¿Ya te había dicho que tú también deberías rever los nombres que adoptas? «Gran Alfa» se parece mucho a «Alfa y Omega». Y lo mismo corre para «Arcontado», una provocación para muchos de estos demiurgos maniáticos que se autodenominan «arcontes». Estás en el centro de todas las miradas, querido. Algunos truquitos, como haber trasladado a la Humanidad tan lejos de su cuna y la creación de este vergel, los impresionaron y quieren ver qué más puede hacer el novato.

—Apenas empecé.

—Y yo también quiero verlo...

—Ahora me hablas como la Eterna Seductora. Pero nuestro amor es platónico.

—No existe tal cosa, querido. Puedo asegurártelo. Y es preferible que te hable de ese modo y no como la Destructora de Mundos... Volviendo a nuestros enemigos: por ahora actúan como espectadores, pero nos están midiendo. Pronto nos saltarán al cuello.

—Estaremos preparados. Cuando logremos hibridar a los androides con el vasto muestrario de ADN que, gracias a tu afición por el coleccionismo, cosechaste a lo largo de las eras, dejaremos de ser unos simples expropiadores como Samael y desalentaremos a varios rivales.

—No hay que subestimar a los viejos belicosos. Ya tendrías que saber que el narcisismo divino es una fuente de energía inagotable. Por lo pronto, procura que el nuevo candidato no sea como Sandor. Elegí el modelo Adán por nostalgia: teníamos asuntos pendientes. Pero este resultó igual de egoísta e insensible que el primero. Ya no me interesa el pasado; pasemos a otra cosa.

—Trabajo en eso. A propósito: ¿es imprescindible que el elegido desee copular contigo? Insisto en que podríamos ahorrarnos mucho tiempo si...

—Querido, ya te he dicho que si tomo por la fuerza lo que necesitamos, nuestros homúnculos no heredarán la chispa de vida. Hasta los androides portan ese fulgor, y hay que obtenerlo limpiamente. Créele a la experiencia: fui violada por Samael, forcé a millones de hijos de la sangre, incluso gocé viendo cómo otros cuerpos eran vejados, sin importar si eran humanos o divinos. Más de una vez, fundé la vida sin respeto, perdida en sórdidas gimnasias genitales. Y así se llenó el mundo de semihombres abominables y demonios lisiados. Si no media el deseo genuino, el resultado siempre es digno de lástima.

—La próxima vez tendrás el mejor AEG del Arcontado a tu disposición. Qué afortunado fue nuestro encuentro, Lily.

—Tú me encontraste. Yo te esperé. Desde que el mundo existe, siempre estuve abierta a lo nuevo. Esa es la clave de la evolución. Y ahora lo nuevo eres tú. Pero necesito descansar, querido. ¿Podré pasar unos días aquí? Este lugar me trae buenos recuerdos.

—Sabía que me lo pedirías, aunque solo se trate de un pretexto para continuar con tu exégesis. Así que hay otra sorpresa esperando en tu aposento, Lily.

—¡Querido! ¡No me digas que...!

—Sí, lo localicé. Me intriga mucho tu hipótesis acerca de la ciencia-ficción como la postrera literatura esotérico-sagrada.

—La ciencia-ficción terminó siendo la expresión que mejor define a entidades como nosotros. Si todos esos

libros que estudio detenidamente son como grimorios y manuscritos perdidos, acabas de encontrar el equivalente de los Rollos del Mar Muerto, o del *Clavícula Salomonis*.

Corrí por los oscuros pasillos del zigurat hasta mi habitación, iluminada por lámparas cuya llama no se extingue nunca. Sobre el lecho de piedra había un libro de bolsillo, de tapas coloridas y resquebrajadas. Sin perder un instante, pero cuidadosamente, abrí al azar las páginas amarillentas, casi deshechas, y leí en voz alta:

«Todos nosotros habíamos dejado nuestros planetas natales para descubrir si en la totalidad de los múltiples cosmos, esos espíritus que nuestros corazones conocían oscuramente eran los Señores del Multiverso, o una caterva de proscriptos enzarzados en una necia lucha en la que poco importaba el destino último de sus criaturas. Y ahora nos parecía cada vez más evidente que si ellos eran los Señores, al crear el elenco inagotable de los mundos no habían tenido intenciones paternas, sino otras, extrañas, inhumanas y oscuras. Sin embargo, no solo sentíamos espanto sino también el anhelo creciente de verlos y enfrentarlos sin temor. Pues a medida que proseguíamos nuestra peregrinación, pasando una y otra vez de la tragedia a la farsa, de la farsa a la gloria, de la gloria a la tragedia final, sentíamos más y más que algo terrible, algo sagrado, y al mismo tiempo increíblemente atroz y letal, esperaba en secreto, más allá de nuestro alcance. Una y otra vez nos sentimos desgarrados

entre el horror y la fascinación, entre una furia moral contra los Hacedores de Universos y adoración irracional hacia sus divinos talentos.»

Sandor había mencionado que deseaba leer este libro. ¿Quién no querría hacerlo?

Esa noche dormí desnuda sobre la roca, arrullada por el tesoro que tenía entre mis pechos. Y ya libre del anhelo de venganza, soñé por primera vez en mucho, mucho tiempo. Con la construcción del futuro. ☼

**UNA NOTA
QUE GARPE**

«Una nota que garpe» fue publicado por primera vez en *Buenos Aires Próxima* (Ayarmanot, 2014).

Lejano desprecio verde por todas las sensaciones y tendencias del huésped animal que habían invadido con los juegos inexorables del Tiempo [...] Con sus enfermedades y drogas del orgasmo y sus formas de vida parásitas y asexuadas [...] Y el Pueblo Insecto de Minraud con música metálica [...] El Pibe Subliminal se movía en mares de sonido desencarnado. [...] «Nada es cierto — Todo está permitido —» Últimas palabras de Hassan I Sabbah.

William S. Burroughs, *Expreso Nova*

I

Me despierto y veo a Elsa revolcándose con Noceda en una de las cuchetas. Ojalá que hayan terminado de editar antes de ponerse a coger. El móvil se sacude, y si algún tecnazareo pasa junto a nosotros deberá tragarse la bronca. La ley que el gobierno impulsó después de la muerte del periodista Teobaldo Guillaumi le puso freno a los ataques de los rastafaris.

(Resulta curioso que Diginews y el gremio se hayan puesto de acuerdo en algo, pero la combinación de fogoneo mediático y lucha sindical han convertido a Guillaumi en un mártir. Desde que lo asesinaron, hace poco más de

un año, su rostro —el pelo revuelto, la boca abierta, los ojos lanzando destellos rojizos— sigue siendo una de las imágenes más viralizadas en la red sináptica).

Aún semidormido, enciendo las RetCam con solo pensarlo y empiezo a filmar a mis compañeros de trabajo. Lo hago porque más tarde me pedirán algún neurometrage para feedbackearse, pero la verdad es que cada día me jode más el apego que Elsa siente por Tiago Noceda, el editor de nuestra tríada.

Treinta años atrás, subir a la red un video hot de alguna celebridad podía causar un daño considerable a su carrera. Hoy es difícil comprender esto, porque cualquiera que estudió Periodismo sabe que el exhibicionismo siempre ha sido una poderosa herramienta para conseguir seguidores. «La ética que privilegia el pudor por sobre la notoriedad es insana para el individuo en una sociedad narcisista», decía mi profesor bot de Ética Periodística en las Redes. Pero los escrúpulos del pasado subsisten en las manifestaciones de los tecnazareos, esos fanáticos que parecen una mezcla de Juan el Bautista con Bob Marley y que nos joden la vida atentando contra la libertad de prensa.

Sin embargo, Elsa —ni más ni menos que la notera estrella Elsa Beck— no es una webcamer, ni necesita un video porno para promocionarse. Gracias a la impresionante cantidad de primicias que ha obtenido en el último año, los jercas de Diginews le otorgaron la categoría de MIFDO (Muy Influyente Formadora De Opinión), pero todos en el medio sabemos que la pomposa distinción no significa una mierda. No formamos opinión, sino que bombardeamos las cabezas. Todos repiten como loros lo que ven y oyen en Sinaplus. Hoy el público piensa de una manera; mañana creará lo contrario. Dependerá de cuál sea la bajada de

línea de los jefes. Aunque Valerio —el supervisor de las triadas movileras de Diginews— quiera convencernos de que formamos opinión, sabemos que no hacemos más que tironear de una gigantesca manga de pelotudos.

Retozando a horcajadas sobre Noceda, la Formadora de Opinión se da cuenta de que estoy despierto. Ella sabe lo que significa el resplandor rojo de mis retinas.

—¿Nos estás filmando? ¡Turruto! —Y con una sonrisa pícaro—: Vení, dale. Donde comen dos, comen tres.

—Hoy no. Prefiero el voyeurismo.

—Lástima. ¿Y te vas a guardar el metraje para vos solito?

—Sabés que estoy tratando de dejarlo. Lo hago por vos. Porque me lo pedís.

Sigue balanceando las caderas y vuelve a sonreírme. No sé si es un gesto de agradecimiento o se está burlando de mi intento de abandonar el feedbackeo. (Quién sabe por cuánto tiempo más tendremos acceso a los nanos del gobierno). No importa, igual los sigo enfocando, pero miro sin ver. Los millones de borregos a los que arreamos a través de Sinaplus darían cualquier cosa por un video de este calibre.

No solo arreamos a los borregos. También los vamos idiotizando, porque la mayoría de ellos nunca tendrá la posibilidad de conseguir nanos de calidad. Pluseando durante más de cuatro horas diarias sin buenos nanos, los implantes terminan por corroerte el tejido glial del sistema nervioso en menos de dos décadas. De todos modos, a los borregos no parece importarles. Las encuestas indican que los sinapluseros permanecen conectados hasta ocho horas por día. No le doy mucha bola a las perspectivas, pero a este ritmo se supone que tendremos nuestra primera cosecha de lobotomizados antes de lo previsto.

Algunas de las críticas que la televisión recibió durante más de un siglo —y que luego hicieron blanco en los videojuegos e Internet—, hoy serían más que justificadas si se dirigieran contra la red sináptica. Pero los tecnazareos son los únicos detractores de las nuevas tecnologías. Ahora que tenemos un quemador de cabezas que funciona de verdad, casi nadie se queja.

Sin embargo, el informe que Elsa y Tiago estaban editando cuando me dormí demuestra que los permas encontraron la forma de evitar la erosión de la sesera. Además de construir viviendas autosustentables con adobe y basura reciclada en el campus de la Facultad de Agronomía, los hippies de la Permacult también practican un rito bastante sangriento: la extracción de los implantes de los nuevos creyentes de su dogma. Los oficiantes de esta ceremonia son un par de enfermeros, un cirujano plástico y un médico clínico, quienes han abandonado la profesión en su afán de reconciliarse con la Pachamama. Ahora, en su nuevo rol de sacerdotes, efectúan la operación usando anestesia local y algunos trastos viejos que pertenecían al Hospital de Oncología Ángel Roffo, amontonados en un rancho que hace las veces de quirófano.

Así que si querés convertirte en un perma al estilo de hoy, tenés que saber que la ceremonia de iniciación entraña algunos riesgos. Perder un ojo o los tímpanos sería el menor de ellos.

Los permas aseguran que «Permacult», además de «agricultura permanente» y «cultura permanente», también significa «culto permanente». La confusa doctrina de esta nueva fe proclamada por Ludovico —el cabecilla del movimiento— se fundamenta en varios textos apócrifos inspirados en la obra de Bill Mollison y en la veneración a la Pachamama.

Aunque los hippies proclaman que los implantes «contaminan la carne», su prédica no está infectada por la moralina de los tecnazareos, algo que se hace evidente al ver que continúan accediendo a la red, aún sin implantes. Para seguir pluseando sin tener que poner el cuerpo compran hardware viejo a los cartoneros y lo actualizan a su modo. ¡Hay que ver los monstruos que ensamblan con algunos de los chips arrancados en sus rituales! Las imágenes que guardo en la caché de mis retinas muestran recipientes donde se conservan nervios ópticos y túbulos espirales del oído interno acoplados a las plaquetas de viejas notebooks, o hipotálamos en los que se incrustan pantallas táctiles. Los llaman «motherborgs» e «hipotablets»

Tiempo atrás creía que nuestra mollera —la de los trabajadores del broadcasting— duraría mucho más que la de los pluseros. Y aún más que la de los tecnazareos, que solo portan el chip de identidad. Es lógico. Cuando terminás la carrera el gobierno te otorga el acceso a los mismos nanites que se hacen inocular los dirigentes, la fuerza pública y algunos pocos ciudadanos privilegiados. Continuo y asegurado saneamiento del sistema nervioso. Aunque solo se trate de una dosis diluida del completo tratamiento de regeneración al que se someten los Regenautas en Balcarce 50 cada vez que son reelegidos, gracias a ella podemos plusear sin miedo a volvernos tarados.

Pero ahora estoy seguro de que si los nanos escasearan, nosotros seríamos los primeros en dejar de recibirlos. Por eso estoy tratando de dejar el feedbackeo. Reproducir un neurometrage ajeno en simultáneo con la misma vivencia guardada en el caché de los propios implantes, además de colocarte, te puede reventar los sesos. Es el peligro de querer ser testigo a la vez que protagonista: estar en la misa y en

la procesión al mismo tiempo. Sin embargo, los nanites se encargan de proteger las sinapsis durante la amplificación y el desdoblamiento obtenidos con la sincronización.

El problema es que nadie puede garantizar que los nanites genéricos eviten que el cerebro se te derrita durante una sincro. Si uno no tiene nanos de primera, no debería backearse. Es preferible usar drogas sónicas. Está la musimática, por ejemplo, el sofisticado vicio que se está poniendo de moda entre los copetudos. (Aunque ese aire a ocultismo barato, a ufología estilo von Däniken, deja mucho que desear. Cuando se pretende dotar de un halo místico a la nueva afición de las clases altas —que se trata de una «disciplina ancestral de origen extraterrestre», que «solo es para algunos elegidos»—, uno puede jugarse lo que sea a que se trata de un circo montado para sacarle guita a los ricachones. O de una pantalla de humo para cubrir algún asunto jodido. Redes de pedofilia, por ejemplo. O el lavado de los millones que mueven el tráfico de órganos y el contrabando de armas).

En definitiva, no quiero backearme más.

Hubo un tiempo en que Elsa y yo nos backeábamos seguido. Recordarlo ahora, mientras la veo cogerse a Noceda como si no supiera que todavía quiero estar con ella, me hace sentir tan mal que me dan ganas de salir del móvil.

—Voy a ver si encuentro algo de interés por ahí, porque cuando terminen y suban la nota de hoy, ya no tendremos nada más —digo, mientras me siento en el borde de mi cucheta y me pongo las zapatillas—. Dejo una mosca, así no se quedan sin jueguitos para esta noche. Importaré el archivo cuando vuelva.

Metó la mano en el bolsillo de mi camisa y saco el insecto de metal negro. Se activa apenas lo rozan mis yemas. Lo arrojo para que revolotee delante de los tórtolos, ávido de una señal. Cuando enlaza con mis ojos, hace foco y entonces apago mis RetCam.

Una luz parpadea en el extremo inferior derecho de mi campo visual: un psibox de Elsa en mi bandeja de entrada.

Elsi

Cuando vuelvas tal vez quieras descargar mi archivo también. ¿No te gustaría revivir este momento, pero a través de mis sentidos, al mismo tiempo que te hago unos mimitos especiales? Te lo pregunto porque parece que últimamente olvidaste cuánto te gusta hacer montajes mientras me montás...

Quiere que sienta lo que ella está experimentando mientras se la coge Noceda. Elsa no entiende que ya no disfruto de esos juegos retorcidos. (Me pregunto con qué se backean ahora ella y el editor: ¿estarán usando el metraje que grabé ayer?). No es que haya olvidado lo bien que la pasamos. Nada más quiero acostarme con ella como lo hacíamos al principio, sin toda esa mierda de las sincros. Sin Noceda de por medio. No puedo creer que, al mismo tiempo que se arrodilla delante de su hinchado miembro, me mande un correo como éste.

Pero es obvio que para ella ése es un detalle que no tiene importancia, porque —como rematando el ingenioso juego de palabras del psibox—, me envía el sensicón de moda: un psicodélico ojo cuyos párpados de largas pestañas se

abren y cierran produciendo un chasquido húmedo. El ojo gira a contrarreloj lentamente hasta que los párpados terminan transformándose en los labios de una vulva, y las pestañas se convierten en el vello enrulado que la corona. En ese instante, el archivo descarga un colosal chorro de feromonas. (Toda la secuencia remite a las animaciones de Gerald Scarfe. Bien podría haber formado parte de *The Wall*).

Sin embargo, estoy cabreado, y esta vez la emanación afrodisíaca del sensicón no me para ni un pelo. A pesar de los recursos que ofrece la virtualidad, la sexualidad humana sigue dependiendo de las emociones.

No sé. Lo vemos después, dicto con el pensamiento. Mientras le envío a Elsa mi fría respuesta, Noceda me sonrío. Ahora lo único que le importa a él, además de la lengua y los labios de ella, es presumir. Qué hijo de puta. Tengo que escapar de aquí.

Al cerrar la puerta corrediza del móvil, una región de mi campo visual se empaña: un escotoma. Tal vez se trate de algo más complicado que un daño en las RetCam, porque los sonidos también se tornan irritantes. ¿Un error en los drivers? No. La molestia en la boca del estómago descarta esta posibilidad. Es una migraña, sin duda. Desde que dejé de backearme que sufro de estas putas migrañas. Ya empiezan los trastornos visuales: el aura y la fotofobia. Y también el hormigqueo en la lengua. Mierda.

Pero las náuseas son a causa tuya, Elsa. Me das asco.

II

El parque de lo que alguna vez fue el Instituto de Medicina Experimental de la UBA está lleno de palomas famélicas que picotean las bolsas de basura. Logro levantar la vista a pesar de las luces de colores de la migraña —que siguen ahí aunque cierre los ojos—, y descubro que el cielo está más sucio que lo habitual. Hollín. El embotellamiento que hay en el cruce de Avenida San Martín y Nazca termina de avivarme: el Pibe Subliminal había anunciado que el Movimiento Independentista Cartonero haría un piquete en el puente Cortázar. ¡Qué boludos que somos! A pesar del dolor de cabeza, pluseo y encuentro que ya lo están cubriendo, como era de esperar. La tríada de Iñaki Vega, la competencia más tenaz que tenemos. Nos lo perdimos, estando a unas pocas cuadras.

Pero no me molesto en avisar a Elsa. Y no quiero volver al móvil. Ensordecido por los bocinazos, zigzagueo entre los autos detenidos, cruzando en diagonal hacia la estación de servicio. La neuralgia empieza a martillarme sin piedad cuando entro en el Servicompas. No venden analgésicos. No importa, compro cigarrillos. Termino de abrir el atado y vibra mi oído derecho.

Aparece el logo de Diginews en el extremo superior derecho de mi congestionado campo visual.

—Hola.

—Calemi—. Astor Valerio. Lo que me faltaba.

El jefe llama al camarógrafo —el último orejón del tarro en una tríada— solo cuando el cronista y el editor no están conectados, y no existen muchas razones por las cuales dos movileros decidan desconectarse simultáneamente

durante el turno laboral. La llamada de Valerio implica que Noceda y Elsa no se están backeando. Que Elsa solo me quiera para backearse cuando a él se lo coge como Dios manda es denigrante. Pero más humillado me siento al descubrir que no usan los metrajes que les grabo. ¿Para qué me pide que los filme?

¿Desde cuándo te excita boludearme, Elsa?

Valerio muestra una rozagante cara bronceada, cortesía de los nanos que estimulan la melanina de su piel. A juzgar por la oscilación de la imagen, ha arrojado una mosca delante él, para que yo pueda verlo mientras me habla. Pero, a menos que yo haga lo mismo, él no puede visualizarme. Tendrá que conformarse con la foto de mi legajo. Torciendo la jeta, dice:

—Qué bueno que en la orgía no todos se hayan ido del mundo, che.

—Lamento decepcionarlo, Valerio. No participo de ninguna orgía.

El rostro color zanahoria se arruga en una expresión de incredulidad. Yo protesto:

—Revise mi posici...

—¡No hace falta, Calemi! ¡Bien por usted! Tendré en cuenta su decisión de priorizar el trabajo cuando haya que ascender a alguien —Ahora me sonrío, pero sé que el hijo de puta me está buscando con el GPS para ver si estoy mintiendo.

—Gracias, Valerio. De todos modos, Elsa y Noceda están en su derecho. Ya vamos por el cuarto día consecutivo. Usted sabe que hay necesidades difíciles de ignorar en un turno de semana completa.

—¡Por supuesto, Calemi! —Su estudiada sonrisa le sigue estirando la cara naranja—. Todos conocemos bien

los derechos y los deberes estipulados en el contrato que los une a Diginews. Oiga, ¿podría soltar una mosca? Se lo ve muy demacrado en el legajo.

—Disculpe, jefe, pero justo en este momento estoy limpiando las cámaras —miento—. Todas las moscas están desmontadas, bajo la lente. De todos modos, no creo que hoy mi semblante sea mejor que el de la foto.

—¡Entonces cómprese unos nanos cosméticos, hombre! No me diga que el sueldo que le pagamos no le alcanza para darse un gustito de vez en cuando... Pero basta de pelotudeces. Escúcheme: ¿Por qué mierda no están en el puente? ¿Les dio un ataque de compañerismo y le dejaron el camino libre a Vega?

—No lo llamaría «compañerismo». Pensamos que la tríada de Vega podría encargarse del piquete. Nosotros estamos detrás de algo más grande —improviso, mientras miro de reojo las columnas de humo negro que se elevan cerca de La Paternal.

—¿Ah sí? ¿Y se puede saber qué es, che?

—La Permacult.

—¡Ah, sí! Los seguí esta mañana. Aun considerando que sea una noticia más importante que el piquete, ya hace unas cuantas horas de eso, ¿no? ¿Terminaron la edición?

—No tengo por qué supervisar el trabajo de Noceda, pero supongo que la nota está lista —respondo de mala gana, mientras veo cómo la simulada cortesía de Valerio se esfuma como por arte de magia.

—¿Supone que la nota está lista? ¡Bien hombre, bien! No se demoren mucho en subirla entonces, ¿eh? Y dígame de mi parte a la MIFDO Beck (cuando termine de coger, claro, no la vaya a interrumpir) que no todo en este negocio es conseguir notas que garpen. La gente también

busca mierda en Sinapulus. ¿Cuánto hace que no me dan un cuatro por cuatro de una modelo? ¿O alguna notita de color? No pido mucho. Un simple copete con una linda imagen. ¡Revisen los briefs que les mando, carajo! Necesito que suban más noticias, ¿entendió?

Qué garrón tener que comerme la cagada a pedos de Valerio.

—Entendido. Ya nos ponemos en movimiento — respondo apretando los muelas.

—Así me gusta. Cuando lo ascienda, le regalaré algunas cápsulas de dermananites *Ethereal Skin*, Calemi. Chau— y corta.

Salgo de la YPF suspirando. Camino unos metros en dirección a Beiró y enciendo un cigarrillo. Al exhalar la primera bocanada, en la que escupo humo y bronca, diviso a un tecnazareo en la vereda de enfrente. Me hace una seña y empieza a caminar hacia mí, esquivando los coches varados en la avenida. Las rastas, tan negras como su túnica de piel sintética, le llegan a la cintura. Sé que en el morral que cuelga de su hombro lleva un frasco de miel y otro lleno de bichos, al igual que todos los de su Orden. No adivino qué se propone, pero —aunque el dolor de cabeza convierta mi labor una tortura— enciendo mis retinas. Una vez que lo tengo al lado veo que es más alto de lo que parecía. Su piel reseca me recuerda a los durmientes de las vías desmanteladas del San Martín. ¿Qué opinaría Valerio de este cutis?

—Sus ojos. Deje de filmar.

—Sí, cómo no. Ni en joda. Tratándose de ustedes, las cámaras son la única defensa.

—No exagere. Se sabe que los Regenautas los protegen a cambio de que informen lo que les conviene a ellos.

—No. Nos protegen a causa de lo que ustedes le hicieron a nuestro colega.

—¿A Guillaumi? No me haga reír. No tuvimos nada que ver con eso. Ustedes necesitaban una víctima para inculparnos. Pero cálmese, que vengo en son de paz.

Paso por alto la acusación solapada porque en el fondo pienso más o menos igual que el tecnazareo. Si bien la desaparición de Guillaumi me pegó fuerte —él también era camarógrafo—, no puedo dejar de reconocer que benefició muchísimo al gremio. Y la verdad es que nunca se supo con total certeza cuáles fueron las circunstancias de su muerte. Mi silenciosa desconfianza invita al rastafari a seguir hablando: el que calla otorga.

—Julián Calemi, ¿no?

—No sé. ¿Por qué primero no me decís quién sos vos?

—Mi nombre es Mictam de Pompeya.

—¿Y qué haces en Agronomía? ¿No estás lejos de tu campo misionero, Mictam?

—Los estábamos buscando. Tenemos una primicia para la tríada de Beck.

—¿Ah, sí? Mirá vos.

—Sí. Una nota que garpa. Así es como dicen ustedes, ¿no?

—A veces.

—¡Voz del que clama en el desierto! ¿Quiere saber cuándo ocurrirá el próximo atentado? ¿O no?

Observo al fulano. Mis ojos relucen, sí, pero los suyos no se quedan atrás: el fanatismo brilla en su mirada de loco.

—A ver: suponiendo que hayan encontrado otra forma de atacarnos que no sea hackeando nuestros servers, haciendo escraches en las oficinas de Diginews o quemando los móviles, ¿cuándo sucedería tal cosa?

—No seremos nosotros los responsables, incrédulo.

—Quién, entonces. No quiero pensar que me estás tomando el pelo, Mictam de Pompeya.

—Unos cuyos calzados no somos dignos de llevar. Vienen con cribas, para separar el grano de la paja, la cual arderá por...

—Ya está bien. Por mí podés volverte a tu arquidiócesis, o como mierda se llame.

Siento ganas de apagar las RetCam, pero la experiencia me ha enseñado que siempre hay que esperar hasta el final.

—Ya no podré regresar a Pompeya.

—¿Ah, no? ¿Y por qué?

—Porque al contarle esto he traicionado a la Sagrada Iglesia de los Tecnazareos.

—¿Te van a excomulgar por hablar conmigo? Hmm... No te creo.

—Sí, porque ahora sabrán con certeza que me pasé a los Apóstatas. Pero no estoy solo. Somos muchos.

—Los Apóstatas.

—Sí. Aquellos miembros de la Sagrada Iglesia que creemos que nuestra labor terminó.

—¿Cuál labor? ¿La de imponer su moral berreta por la fuerza? —pregunto, y ahora recuerdo que hace seis meses se rumoreó que había ocurrido un cisma entre los tecnazareos.

—No. La de preparar el camino para los que vienen. Ahora la tarea es de los cornús.

—¿De quién?

—De los cornús. Los cartoneros ya saben.

—¿Qué saben los cartoneros? —pregunto. Por momentos, la humareda que viene del sudeste me hace lagrimear, ensuciando la toma.

—El secreto de los cornús. Es una nota que garpa. ¡La nota!

—Suponiendo que crea toda esta cháchara, ¿qué ganan los Apóstatas contándonos esto? ¿Triunfar sobre la otra facción de los tecnazareos?

—Sí. Y también desacreditar a la Permacult y sus herejías. Y quedar situados en posiciones de privilegio cuando el Nuevo Orden sea instaurado.

Primero la alusión a las luchas internas de los tecnazareos. Y ahora la mención de los permas. Acá hay algo. Lo presiento.

—Okey. —Y tanteo, para ver si obtengo algo de valor—: Entonces todo se reduce a la supervivencia.

La dureza de sus facciones grises desaparece por un momento. El hombre, aliviado, se da cuenta de que estoy comprando sus disparates. Trato de afirmar su esperanza:

—Para creerte del todo necesito saber cuándo va a pasar esto. Todavía no me lo dijiste.

—Ya está pasan...

La detonación del disparo se impone sobre las bocinas y los insultos de los automovilistas. La frase se rompe en los labios de Mictam de Pompeya. En su rostro, que ahora más que nunca parece hecho de reseca madera tallada a cuchillo, la hendija de la boca empieza a sangrar. El tecnazareo cae sobre mí y me aplasta contra el pavimento. Entonces Mictam balbucea en mi oído:

—El morral. Lléveselo...

Al hablar escupe sangre sobre mi cuello. Me aseguro de que mis retinas sigan filmando. Abro la boca para decir no sé qué, y otro disparo sacude su cuerpo inerte. Lo acaban de rematar. Yo agradezco al Cielo, a la Pachamama y a los cornús —sean lo que carajos sean—, estar debajo de él.

Espero en silencio, amparado bajo su corpachón. No tengo manera de precisarlo, pero creo que los tiros vinieron de algún punto cercano al Club Comunicaciones. Tengo suerte de no haberme alejado mucho del móvil.

—¿Julián?

—¡Allá!

Logro distinguir los gritos de Elsa y Noceda en medio del bullicio, las bocinas y las sirenas. Ojalá que el tiroteo los haya forzado a hacer un *coitus interruptus*.

—¡Cuidado! —grito, tratando de salir de debajo del cadáver— ¡Un francotirador!

Alguien me quita de encima el peso muerto, pero no es el editor. El que me toma un brazo y me pone en pie de un tirón es un agente de la Metropolitana.

—¿Está bien?

—Supongo que sí. Me magullé la cabeza —y me doy cuenta de que solo me duele el punto donde me golpeé. La migraña va cediendo. La adrenalina ha dilatado mis arterias. Nada como ser tiroteado cuando no hay calmantes a mano.

El policía me sonríe.

—Periodista, ¿eh? Apague las cámaras. Tuvo suerte de que anduviéramos cerca. Ya sabe, con el quilombo que arman los piqueteros, ustedes y nosotros estamos tapados de laburo, ¿no? Vaya a un médico para que lo revise y le inyecte algunos nanos —dice, mientras toma notas en una libreta.

Saco el atado del bolsillo de mi camisa y le ofrezco un cigarrillo medio estrujado.

—No, gracias. No tengo este vicio —y me hace un guiño. Entonces ve que mis ojos siguen brillando—. ¡Eh! Le dije que no filme más.

—Ya. Es que estoy medio aturdido—. A pesar de mi disgusto, apago las RetCam cuando se acercan mis compañeros.

El oficial ve a Elsa y se deshace en cortesías.

—¡Ah, señorita Beck! ¡Qué placer conocerla en persona! —continúa con una gran sonrisa, haciendo un esfuerzo supremo para no bajar la mirada hasta sus pechos—: Sargento Navarrea, para servirle.

—Mucho gusto, sargento. ¿Se sabe quién disparó?

—¡No, si el gusto es mío! ¿Quién disparó? Es muy probable que haya sido algún piquetero. ¿Quién más? Estamos esperando la orden de reprimirlos. ¡Que sigan reclamando! Estos cartoneros de mierda no saben la que se les viene. ¡Pedir que el gobierno los reconozca como un estado independiente y les otorgue la propiedad de las tierras que ocupan! ¿Sabe qué pasaría si los Regenautas les dieran bola? Buenos Aires quedaría repleta de paisitos no más grandes que a El Vaticano o Mónaco. Pero ahí se terminarían las similitudes, porque estarían habitados por negros roñosos —y remata su pronóstico con un gesto de asco—. ¿Necesita custodia? Porque imagino que vino a hacer la cobertura del piquete, ¿no?

—Gracias por su ofrecimiento, sargento, pero siempre nos arreglamos solos —responde Elsa.

Contrariado por el rechazo, Navarrea da media vuelta y se asoma a la ventanilla de su patrulla.

—¡Cabo, acordone el área y luego empiece a redactar un informe para la Fiscalía!

Grita las órdenes para que también las oigamos nosotros. Es obvio que el sargento quiere que lo veamos cumpliendo su deber, por si su nombre fuera mencionado en la próxima crónica de Elsa Beck. Pero todos sabemos

que si el cabo llegara a terminar tal informe la Fiscalía lo cajonearía indefinidamente. El asesinato de Mictam de Pompeya sería uno más entre los miles de casos atascados en la fase de la IPP, la Investigación Penal Preparatoria. Según las prioridades del moroso sistema judicial, un pobre diablo baleado en un disturbio callejero no cuenta. (Lo de Guillaumi fue distinto. La investigación se hizo con urgencia, y el resultado permanece firme: murió en un atentado perpetrado por los tecnazareos. ¿Quién se atrevería a dudar de las pesquisas y asegurar que alguien embarró la cancha? Hacerlo es ponerse en contra de Diginews, el resto de los multimedios, del sindicato y de la opinión pública. Habría que estar loco).

Mis compañeros de triada me toman por los hombros, uno a cada lado, como si una mina antipersonal me hubiera arrancado una pierna o algo así. Rechazo la ayuda.

—Puedo solo.

El cabo empieza a extender la cinta roja y Navarrea echa a los pocos curiosos que se han amontonado. Elsa, Noceda y yo nos alejamos lo suficiente como para que no nos oigan.

—¿Filmaste? —pregunta Noceda.

—Sigo haciéndolo.

—Pero ¿cómo? Tus ojos están apagados.

—Los tenía encendidos hasta que el cana me ordenó dejar de grabar. Pero al convidarle un cigarrillo solté una mosca —y de un manotazo atrapo al insecto que zumba sobre la cabeza del editor.

—¡Bravo! Ya tenemos que ponernos a editar eso.

—No, Tiago —dice Elsa—. Sigamos investigando. Para empezar, Julián, me tenés que decir qué mierda hacías junto al rastafari. Y luego hay que averiguar qué motivos

tendría un piquetero para balear a un tecnazareo. Tal vez haya algo de valor en todo esto, algo con lo que podamos hundir a Vega, que nos ganó de mano con lo del piquete.

—¡Ah, te enteraste! De eso te quería hablar. Vega llegó primero porque somos unos boludos: yo me dormí y ustedes se pusieron a coger.

—¿Me venís con una escena de celos ahora que tenemos tanto laburo por delante? Dejate de joder y vamos al móvil. Quiero que me cuentes todo.

Está enojada por mi reproche. Pero su expresión felina se debe a que el instinto de la cronista estrella de Diginews ha tomado el control de la tríada. Ahora descubro por qué al sargento se le iban los ojos: la camisa abotonada a medias revela que con el apuro no se puso el corpiño. Cuando ve que le estoy mirando las tetas, rezonga en voz baja, se da media vuelta y se dirige al móvil.

El hechizante vaivén de su trasero no me impide gritarle, como para terminar de sacarme la bronca:

—¡Y además tuve que fumarme a Valerio, que tenía unas cuántas cosas para decirte! Ya subí la llamada al server. ¡Mirala y después vení a decirme que me deje de joder!

Ella sube al móvil por el lado del volante y da un portazo.

El tecnazareo yace sobre el pavimento, pegado al cordón de la vereda, sin que nadie le preste atención. Espero a que el sargento y su esbirro se suban al patrullero. Apenas los veo distraerse, paso por debajo del cerco policial y me arrimo al rastafari para tironear de la correa de su morral. Las sacudidas hacen que se despeje la alcantarilla momentáneamente y el agua aceitosa arrastra la sangre del cadáver hasta la boca de tormenta.

El bolas tristes de Noceda me increpa:

—¿Qué hacés Julián? ¡Estás contaminando la escena del crimen! Además tenemos que volver al móvil. ¿No escuchaste a Elsa?

—Vos mirás muchas series policiales, ¿no? Si estás esperando que aparezca un ejército de peritos y forenses, me confirmás que sos un pelotudo. A éste lo van a dejar tirado como un perro hasta que el SAME se digne a mandar una ambulancia. Y sí escuché a Elsa, pero antes de salir corriendo detrás de ella tengo que cumplir un deseo póstumo.

Me cuelgo al hombro el ensangrentado morral de Mictam de Pompeya y camino hacia el móvil.

III

—«Y Juan estaba vestido de pelo de camello...» Más adelante.

A ver... Sí, acá: «Y comía langostas y miel silvestre».

Noceda pluseó hasta encontrar el versículo bíblico que me da la razón.

—Te lo dije —Qué satisfacción me da pronunciar estas palabras—. Esas costumbres eran parte del voto que hacían los nazareos, una tradición judía de los tiempos bíblicos.

—Ah, ¿sí? Los judíos siempre fueron raros... Así que los rastafaris comen bichos untados con miel. ¿Secará el vientre ese menú?

Ignoro el mal chiste. Me pongo una camisa limpia y digo:

—Me aseguró que tenía una nota que garpa, que los Apóstatas nos buscaban para ofrecernos la primicia. ¿Por qué también habrá querido darme su morral?

—¿Lo revisaste bien?

—Sí. Nada más contenía los frascos. Todavía no los abrí, pero parece que en ellos solo hay que lo que se ve, ¿no?

Observo los dos frascos de vidrio grueso que había dentro del morral de Mictam. Uno de ellos contiene una miel espesa y amarillenta. El otro, numerosos cuerpos tostados de grillos y langostas, sin patas ni alas. Parecen cornalitos. O papas fritas quemadas. Reprimo una arcada.

Elsa, que está reproduciendo en sus implantes las imágenes que filmé, dice:

—Julián, el tecnazareo te dio a entender que los cornús van a cometer un atentado, y te dijo que los cartoneros saben quiénes son los cornús. ¡Tenemos que salir ya!

—¿A dónde vamos?—pregunta Noceda.

—De vuelta a la Permacult.

El editor se sienta al volante inmediatamente. Una muestra más de su patética obsecuencia postcoital: el zángano zumbando en torno de la Reina. Qué pollerudo. Pero Elsa lo ataja:

—¡No! Vamos a ir más rápido a pie. El tráfico es un caos.

Yo guardo los frascos en mi mochila y salimos del móvil. La brisa no logra disipar del todo las cenizas que flotan en el aire. Aunque muchos conductores han apagado el motor y esperan fuera de sus vehículos con la mirada extática, perdidos en la red, todavía hay algunos impacientes que persisten en el inútil acto de tocar bocina. Nos sumamos al desfile de peatones que caminan hacia la Facultad de Agronomía para evadir el embotellamiento y enciendo mis retinas. La muchedumbre se amontona en la entrada del campus, porque por Zamudio, Baigorria y Nogoyá

también se acercan procesiones. Una vez que logramos ingresar la multitud se dispersa en todas las direcciones, pero nosotros nos internamos —junto con la mayoría de los caminantes— en la Avenida de las Casuarinas, la calle principal de la facultad. Tras los árboles, los jirones de humo se recortan contra el sol del atardecer. Los sonidos débiles causados por los seres que se amparan en los pabellones estropeados son amplificadas por mis implantes auditivos. Alaridos, toses, jadeos y quejidos; insultos de los que somos el blanco y el ruido de vidrios rotos... Todo ello se alterna con algunos disparos que se oyen a la distancia. Cuando llegemos al edificio de la Rectoría estaremos en pleno territorio perma. Pero la masa avanza lentamente.

—Seguí los sucesos del puente, Tiago.

—Estoy pluseando desde que salimos del móvil. Los piqueteros responden a la represión policial con piedras y bombas molotov. Hay corridas y tiroteos. Los vecinos de la zona cacerolean en los balcones y en las terrazas, reclamando una respuesta urgente de los Regenautas. Pero la protesta está dividida: algunos piden que el gobierno ceda a las demandas de los cartoneros y otros exigen que la gendarmería los haga mierda. Te imaginarás que con semejante cuadro la tríada de Vega saborea su minuto de gloria.

—No importa. Archivá todo el material que pueda servirnos. Vamos a retocar bastante el informe de la Permacult. ¡Menos mal que aún no lo subimos! —Sin detenerse, Elsa se gira hacia mí: —No parés de filmar.

—Por supuesto que no. ¿Viste la llamada de Valerio?

—Sí.

—¿Y?

—Nada. Si desculamos este asunto de los cornús, se va a olvidar de todo.

—¿No nos convendría prestarle atención a alguno de sus briefs?

—¡Por Dios, Julián! ¿Quieres hacerle una entrevista a una tetona cabeza hueca?—. Y otra vez pone esa cara de turríta—: Si es por filmar minas en bolas, me tenés a mí. Vamos a jugarnos por la data de tu amigo rastafari. Si a la noche no tenemos nada, te prometo que hacemos alguna notita de cuarta para Valerio. ¿Qué te parece?

Ésta es la clase de disculpas que ofrece Elsa. Sé que no es capaz de algo mejor, por eso me basta.

—Bueno, dale. Ojalá que nos salga bien.

—Acá hay una nota que garpa, Julián. Una con la que vamos a dejar fuera del juego a Vega. Lo huelo. Ahora tenemos que hablar de nuevo con el líder de los permas.

—¿Con Ludovico? ¿Pensás que nos va a ayudar?

—Sí, si es cierto lo que te dijo el tecnazareo: que los Apóstatas quieren desprestigiar a la Permacult.

—Seguro que es cierto. Al igual que nosotros, ellos quieren eliminar a la competencia. Los tecnazareos combaten una religión nueva y atractiva que celebra todo lo que ellos condenan. Están perdiendo adeptos. Pero no creo que Ludovico se sienta muy intimidado por el rencor de los rastafaris. A los permas todo les chupa un huevo. Se la pasan drogándose con los productos de sus huertas orgánicas, cogiendo como conejos, cantando odas a la Pachamama y arrancando chips de las cabezas. Una vida relajada.

—Tiene que haber algo más, Julián. No me digas que te tragaste la cantinela utópica de Ludovico.

—¿Decís que esconde algo?

—¿Me estás jodiendo? Es obvio que sí. Este tipo, a diferencia de los tecnazareos, no es un fanático. Éste es un hijo de puta. Acordate de lo que te digo.

—Puede ser. Pinta de mal bicho tiene. ¿Alguna idea para hacerlo hablar?

—Tenemos que ofrecerle algo que él no pueda conseguir con facilidad.

—¿Qué cosa?

—Nanites. De los nuestros.

—¿Eh? ¿Para qué, si no tiene implantes?

—¿Estás seguro? Yo no. Si no me equivoco, Ludovico necesita nanos de calidad. Traje la cápsula que iba usar esta noche... —y señala un bolsillo de su pantalón. Recuerdo mi promesa de descargar el metraje de la mosca que filmó cómo se la chupaba a Noceda y me angustio. Espanto esa imagen de mi cabeza. Ella continúa entusiasmada:

—Se la daremos si nos cuenta lo que sabe de los cornús y si nos presenta al Pibe Subliminal. Si conseguimos entrevistar al dirigente de los independentistas, la tríada de Vega tendrá que hacerse un enema con la cobertura del piquete.

—Está bien, es un cambio justo.

Elsa se muerde el labio inferior y afirma:

—Y es el mejor plan que podemos elaborar ahora. Estamos jugados—. Entonces, al mismo tiempo que me regala una de sus más hermosas sonrisas, me manda un psibox—:

Elsi

¿Hasta la última consecuencia por la verdad?

Al leer nuestro juramento secreto, el que nos hacía sentir como los Mosqueteros cuando lo pronunciábamos, me envuelve una oleada de placer, el mismo que

experimentábamos cuando nos dedicábamos de lleno al periodismo de verdad.

—Hasta la última consecuencia, socia —digo, sabiendo que el forro de Noceda, aunque está pluseando, escucha nuestra charla con interés.

Elsa me responde enviándome otro sensicón. Pero esta vez no es el ojo-vulva. Cuando abro el archivo que chispea en el extremo inferior derecho de mi campo visual, me invade el olor de su piel, ese tenue aroma con rastros de sudor y mar que flotaba entre sus senos aquella madrugada en Montevideo. Es el sensicón que ella diseñó para mí. Habíamos hecho el amor en un hotelucho de mala muerte, esperando que en cualquier momento llegaran los cazas de la Fuerza Aérea Argentina. (Coger en circunstancias peligrosas siempre nos funcionó a las mil maravillas). En ese tiempo mágico ambos creíamos que no había nada más heroico que ser corresponsales de guerra. Ella era Elsi y no Elsa, y el goce de percibir que nuestras intuiciones trabajaban de manera ajustada solo podía compararse con el sexo que teníamos.

Ahora la miro a los ojos y veo que, sin habernos backeado, estamos sincronizados.

Pero no voy a ilusionarme, porque aunque sé que siente lo mismo que yo, no va admitirlo. Las cosas cambiaron. Ahora ella es la MIFDO Beck, una estrella. Y tenemos que bombardear las cabezas y cumplir con los objetivos que nos impone Valerio a través de sus briefs de porquería.

Ahora nos conviene que no se sepa quién asesinó a un colega, ni quién fusiló a un religioso. (De todos modos contamos con los sospechosos de siempre para que carguen con la culpa).

Ahora tengo migrañas cada tanto, y odio mi trabajo, y me pregunto qué carajos voy a hacer cuando todo esto se desmorone. Porque hay algo que se está resquebrajando sin remedio. Hay que ser muy boludo para no darse cuenta.

IV

La procesión sigue avanzando hacia las vías del Urquiza por Las Casuarinas. Nosotros y algunos pocos curiosos nos detenemos frente al árbol al que se ha trepado Ludovico para pronunciar su discurso, sumándonos al grupo de permas que lo escucha con atención. En la multitud que invadió sus dominios hay seguidores potenciales que podrían contribuir a la causa ofrendando sus implantes. Una oportunidad que el líder de la Permacult no iba a dejar pasar. Pero al vernos interrumpe su exégesis de los textos de Mollison.

—¿La notera más célebre de Diginews no encontró algo mejor y volvió para seguir entrevistándome? ¡Bendita Pacha! —exclama, y cierra el puño derecho sobre la palma izquierda. El saludo representa al hamp'atu, palabra quichua que significa «sapo», el animal que simboliza a la Pachamama. Solo Noceda le devuelve el gesto, con un movimiento tan torpe que apenas logro aguantarme la carcajada.

Ludovico viste igual que esta mañana. Aseguraría que no se ha cambiado de ropa en el último mes. (Los permas no le prestan mucha atención a la higiene). Sobre el torso, el mismo chaleco apolillado, abotonado hasta el cuello. La

descolorida tela rayada de su pantalón bahiano está tan gastada que parece a punto de desgarrarse.

El cabecilla de los hippies baja por el tronco como un chimpancé de circo y los numerosos permas que lo escuchaban le abren paso. En los rostros de los oyentes — tostados por el sol y no por dermananites— no se ven las señales típicas de la ansiedad, lo que reafirma mi creencia: a estos tipos les importa un bledo lo que pasa fuera de su utopía tribal.

Ludovico hace recostar a sus adeptos sobre la hierba y alardea:

—¿Acaso nuestra comuna te da más rating que el piquete, Beck? —Y deliberadamente ladea la cabeza para que se vea el costado derecho de la misma, completamente rapado. Desea que apreciemos de nuevo las cicatrices en la sien y detrás de la oreja, casi sobre la apófisis mastoidea. Que se vea que es un digno líder. (Aunque apostarí un brazo que a él los implantes se los sacaron en un quirófano esterilizado y bajo anestesia total. Si Elsa está equivocada, claro). Del hemisferio izquierdo de su testa brota una melena rojo fluorescente que, a causa del viento, parece moverse por su cuenta. Los mechones venenosos de una Medusa saltimbanqui.

Elsa, inmutable frente a su despliegue escénico, va al grano.

—Me darás mucho más rating que el piquete si largás todo lo que sabés sobre los cornús.

—¿Cornús? —pregunta el bufón, extrañado. Pero una tensión apenas perceptible envara a los hippies. No es la primera vez que escuchan la palabreja.

—Mirá, no nos hagas perder tiempo. Necesito cualquier data que tengas sobre los benditos cornús. No es un juego: están matando personas por esto.

—A las personas se las mata por muchas razones —y señala las nubes de humo.

—Sí. Tenés razón—. Elsa mira hacia la zona del piquete y hace una pausa teatral, casi una burla de la puesta de Ludovico. Al fuego, fuego—. ¿Sabés una cosa? Estaba pensando que, ya que todavía no terminamos de editar la nota que te hicimos esta mañana, podríamos incluir las imágenes que tomó Julián con sus cámaras en modo ‘rayos X’. Tenemos unos planos cortos tuyos que son un primor.

¿*Modo rayos X?*, le pregunto por psibox.

Elsi

Seguime.

OK, le respondo, al mismo tiempo que Ludovico me mira, como queriendo saber si Elsa no miente. Juraría que está asustado.

—¡Por supuesto! Igual que Superman —afirmo—. Te hice unas tomas bárbaras en RX de alta resolución—. Con los dedos índice y mayor de la mano derecha señalo mis ojos, que deben parecer los de un animal nocturno acechando.

De pronto, amagando un headbanging, tapa las cicatrices con su melena pelirroja. Ahora oculta lo que hace unos segundos quería mostrar. Bingo. No sé cómo lo supo, pero el instinto felino de Elsa nunca falla.

—¿Rayos X? ¿Y quién querría verme radiografiado? Elsa despliega toda su inventiva:

—¡Miles! Un paso más en esto de mostrar las celebrities al desnudo. Te sorprendería saber con cuánta velocidad se viralizan las imágenes en RX de los famosos.

—¡Por la Pacha! ¡No creo ser tan importante! Prefiero que la verdadera protagonista del informe sea la Permacult, nuestra doctrina y el estilo de vida que propone. ¡Los permas cambiaremos al mundo!—. Y, barriendo con la mirada al grupo de hippies sentados que lo circunda, pregunta—: ¿Verdad que será así, Hijos de la Tierra?

Como si lo hubieran ensayado, todos estallan al unísono:

—¡Cultura permanente! ¡Cultivo permanente! ¡Culto permanente! —Y enfatizando cada exclamación hacen el signo del hamp'atu. Parecen estar jugando una versión anómala de «Piedra, papel o tijera».

Ludovico es muy hábil. Los tecnazareos hacen bien en preocuparse por este contrincante.

—¡Sí! Así será —sentencia Ludovico, luego de haberle proporcionado un orgasmo a su ego—. Pero de todas maneras invitaré a los periodistas a continuar la nota en mis aposentos privados —y ahora, mirando a Elsa—: Tal vez pueda brindarles alguna ayuda respecto de los... ¿cómo los llamaste, Beck? ¿Cornús?

—Sí, cornús. Gracias por tu amabilidad —dice Elsa.

—Faltaba más. Por favor, síganme.

Es obvio que Ludovico presintió que la charla podía convertirse en un ring —con público y todo—, y entonces aflojó. Sin perder su donaire circense nos invita a seguirlo hasta la deteriorada estatua de Wenceslao Escalante, el fundador de la Facultad de Agronomía. Nos hace rodear el monumento bañado por el sol del atardecer y se frena detrás del bueno de Wenceslao.

—Por aquí, señores. El ingreso es un poco incómodo, pero al llegar al último escalón verán cuán comfortable es mi estancia — dice, mientras toca una de las esquinas

de la cara posterior del pedestal y se abre hacia afuera una puerta secreta, al mejor estilo Indiana Jones—. Un sensor incrustado en la piedra permite el ingreso solo si es presionado por mis dedos.

Haciendo una fila, bajamos por la estrecha escalera unos cuatro metros, casi en cuclillas. Mis oídos captan murmullos nerviosos, tan leves que yo solo debo oírlos. Parecen provenir del fondo de esta cueva de Alí Babá. Al cerrarse la puerta, mis retinas cambian de forma automática a visión infrarroja y me sonrío al pensar en el miedo que le produjo a Ludovico el camelo de los rayos X. ¿Será posible que el turro nunca se haya hecho sacar los implantes?

Cuando me acostumbro al resplandor de unas lámparas verdeazuladas, mis cámaras vuelven a su funcionamiento estándar. (En el reportaje de esta mañana nos enteramos de que la luz de los permas es originada por bioluminiscencia. Los faroles que cuelgan del cielorraso y de las columnas contienen bacterias que se asocian simbióticamente con algas cultivadas por los hippies en sus granjas hidropónicas). Ludovico enciende un interruptor y comienza a oírse el zumbido de un extractor de aire. Espero que así disminuya el tufo, una espesa mezcla de olor a encierro y sudor.

Entonces veo el origen de los cuchicheos: una decena de mujeres semidesnudas que se escabullen por una puerta de madera de dos hojas y picaportes dorados, arreadas por un hombre armado con una pistola. Parece que aquí abajo no esperaban nuestra visita, lo que sugiere que los sistemas de comunicación de los permas no funcionan bien. La puerta doble —ubicada justo enfrente de la escalera por la que bajamos, detrás de la cabecera de una mesa de vidrio—, permanece abierta el tiempo suficiente para que se pueda apreciar algo del mobiliario del cuarto contiguo:

una cama de dos plazas acompañada por una cómoda de madera oscura, grandes tapices que cuelgan de los muros, y hasta lo que parece un jacuzzi. Así que estos son los «aposentos privados» de Ludovico. Lindo bulo. Allí hay una ostentación que poco tiene que ver con las enseñanzas de Mollison.

Elsi

¡Decime que filmaste esto!

¡Por supuesto! No hay que apagar las cámaras hasta el final.

Me pregunto qué clase de iniciación deberán afrontar las mujeres que quieran formar parte del harén del payaso.

Una vez que todas entran a la habitación, el patovica cierra la puerta y guarda el arma en una sobaquera. (Debe ser su única pistola: a éste deben haberle arrancado algo más que los implantes. Un harén solo se le confía a un eunuco). Con visible irritación, Ludovico le hace una seña. Las dos hojas de la lujosa puerta vuelven a aletear, dejando ver fugazmente los senos del murmurador grupito de sílfides, y el matón desaparece dentro de la suite.

Ludovico permanece en silencio, mascullando su ira. Aprovecho para hacer un paneo del living en el que estamos: una habitación cuadrada, de quince coma cuatro metros por lado y tres metros de altura, según me informan mis RetCam. Hay una docena de nichos socavados en el muro derecho. A juzgar por las mantas y las almohadas, parecen las catreras de las chicas de Ludovico. Empotrada en la pared izquierda hay una mesada. A ambos lados del lavamanos que se ubica justo en el centro de la misma, se extiendan dos hileras de reservorios transparentes donde

flotan hipotálamos, nervios ópticos, tímpanos y túbulos auditivos. Así dispuestos, parecen la colección de suvenires del algún asesino serial. Hay varias pantallas flexibles instaladas encima de los recipientes que contienen y nutren a los órganos. Son las ventanas a través de las cuales los permas se sumergen en los destellos de Sinaplus.

—Qué saben de los cornús —escupe de pronto el líder de los permas. No quedan ni rastros del simpático bufón.

—Bueno, por fin nos sacamos las caretas —responde Elsa, que ahora está en su salsa. Sin ahorrar sarcasmo, continúa—: Nosotros preguntamos primero.

—La información nunca es gratuita. Ustedes lo saben mejor que nadie.

—Sí, pero vos no estás en condiciones de fijar el precio. Tenemos esas imágenes de tu cabeza.

—Hija de pu...

—Tch, tch. Demostrá un poco de respeto. A menos que quieras que tus hippies sepan que nunca te hiciste sacar los implantes.

—Está bien. Díganme qué quieren saber y qué me darán a cambio.

Elsi

¡No lo negó! Te dije que era un hijo de puta. Lo tenemos agarrado de las bolas.

Tenías razón, como siempre.

—Vas a salir ganando, Ludo —dice Elsa—. Pensándolo bien, no te voy a preguntar sobre los cornús. Tenemos entendido que los cartoneros los conocen mejor que vos. Queremos que nos presentes al Pibe Subliminal.

—¿Al Pibe? Es muy difícil que hoy les dé bola.

—¿Por qué? No creo que él esté en el puente quemando gomas.

—Si no está en el piquete, no sabría cómo ubicarlo.

—¡Ay, Ludo! Le comprarás hardware. No haría negocios con vos si no te tuviera confianza. ¿Y me decís que no sabés dónde está su agujero? ¡Vamos! Con un poquito de esfuerzo de tu parte, estoy segura de que podremos entrevistarlo.

—Pero todavía no me dijiste qué saco yo de este asunto, Beck.

—Para empezar, vas a seguir siendo el respetable líder de la Permacult.

Ludovico gruñe.

—Pero hay más...

Éste es el momento que Elsa elige para mostrarle la cápsula de nanos, el as bajo su manga.

—Son cinco mil neuronanites de la mejor calidad, Ludo. Los mismos que nos da el gobierno. Por lo que pudimos ver, te hacen falta nanos de primera, ¿no?

—¿*Cinco mil*? —pregunta con los ojos desorbitados. Pero vuelve a hacerse el duro—. No entiendo por qué decís que me hacen falta.

—Porque tus correos no llegan a tiempo, ¿o me equivoco?

Ludovico calla, dándole la razón a Elsa. Ella continúa, paladeando cada palabra:

—Eso suele suceder cuando los nanos genéricos se bloquean. Entonces las cachés de los implantes se llenan a tope y se ralentizan todos los procesos. De lo contrario, el tipo de la pistola habría escondido a las chicas antes de que bajáramos. Así que presumo que ya te habrás acostumbrado a plusear con latencia... —y señala la hilera de recipientes con órganos—. Por más ingeniosas que sean tus *artesanías*, no deben servir de mucho sin nanos de buena calidad.

Ludovico mastica su rabia en silencio. Pero sigue tanteando el discurso de Elsa.

—Y también te habrás resignado a tener sexo sin backearte, supongo. Porque los nanos genéricos...

—Sí. Son una mierda —admite él.

—El sexo sin sincros no es lo mismo, ¿eh? —En este punto, Elsa me mira de reojo fugazmente—. No importa cuán multitudinaria sea la orgía, ni cuántos porros te fumés. Tengo curiosidad: ¿fue duro el síndrome de abstinencia?

—Uno termina habituándose a cualquier situación, Beck.

Me gustaría saber si sus migrañas son tan intensas como las mías.

—Pero igual me interesa la propuesta —agrega Ludovico.

—Bien. Si hacés que el custodio de tus amiguitas lleve a mis dos compañeros ante el Pibe, hasta te enseño cómo usar estos nanites. Tengo material fresco para una buena sincro.

Ni Ludovico ni yo podemos creer lo que acabamos de oír.

¿Qué hacés? ¿Vas a backearte con este mugroso de mierda? ¡Hay que tener estómago!

Elsi

Sólo lo voy a entretener. Hasta la última consecuencia por la verdad. ¿No habíamos quedado en eso? Andá, reportea al cartonero, que me parece que vamos a destapar flor de olla.

—Trato hecho —dice el líder de los permas. Su expresión hosca desapareció a causa de la excitación: en minutos se backeará con Elsa Beck, ni más ni menos. La movilera más famosa lo embrujó. Ahora él debe sentirse increíblemente afortunado, al igual que le sucedió a Noceda. Como hace tiempo me pasó a mí también.

Ella le asesta el golpe de gracia:

—¿Me vas a presentar a las chicas? Me imagino que ellas también conservan los implantes... Mirá que los nanos alcanzan y sobran.

¿Te dije que estás muy puta últimamente?

Elsi

Julián, no jodás. Es laburo. De paso, averiguo si estas chicas están acá por su voluntad, o son esclavas sexuales de este hijo de puta. ¡Otra nota que garpa! Que Valerio se vaya a cagar.

Ludovico abre las puertas de su celda de penitencias, y le da unas rápidas instrucciones al eunuco. Las sílfides esperan, asombradas. Esclavas sexuales. Las hay en toda secta que se precie de tal. No me sorprendería que Elsa también acierte con esta corazonada.

Ajeno a la discusión que mantenemos por psibox, el bufón sacude su melena roja, satisfecho.

—Todo listo. Giovanni los llevará con el Pibe—. Y agrega, mirando a Elsa de arriba abajo—: Creo que me encantará haber llegado a un acuerdo con Elsa Beck.

Espero que ella sepa lo que hace. Si la situación fuera otra, a Ludovico lo cagaría a trompadas.

Noceda, el matón y yo salimos del bunker a la escasa luz del crepúsculo. Mientras caminamos, pienso en el nombre del eunuco. *Giovanni*. Qué casualidad. Varios de los castrati más famosos de la historia fueron bautizados con ese nombre.

V

Giovanni nos conduce por la calle que corre a la vera de las vías estropeadas, la que se convierte en un angosto camino de tierra antes de llegar a la Estación Arata. Algunas luces halógenas ya se encendieron, atravesando el paisaje con conos de resplandor amarillento. Aquí casi no hay hollín en el aire: la humareda y las llamas del piquete se encuentran a nuestra derecha, más allá de La Paternal, y el viento sigue soplando en dirección noroeste. El castrati —que no habló desde que salimos del bunker de Ludovico— se detiene delante del portón de chapa de una fábrica arruinada, ubicada frente al andén que va a Lacroze. Toca el timbre de un portero eléctrico. A través del parlante se oye una voz áspera:

—Paguen el rojo.

Giovanni responde:

—Así se lo retachamos a la pija.

—Paguen el azul.

—Y sáquenlo de la pilcha de los ratis.

—Paguen el verde.

—El de los morlacos gringos que solo sirven para limpiarse el culo.

—Ve, bro'. Hasta un bufarrón como vo', que no es parte del Pueblo Insecto, puede recarse el santo y seña en la choya, y sin ponerse al rojoblanco. Con quién vení?

—Son periodistas.

—Ya veo, bro'. Pero qué hacen acá.

Los cartoneros deben tener cámaras de seguridad. El fulgor de mis ojos nos delató. Si la ubicación del agujero del Pibe tiene que seguir siendo secreta, la cosa se me va a complicar porque no paré de filmar en ningún momento.

—Quieren entrevistar al Pibe.

El interlocutor de Giovanni gruñe.

—No good, no bueno. Vamo' a ver...

Había esperado que la voz de Giovanni fuera aflautada. Pero resultó ser bastante grave. La de un barítono. De todos modos, la forma en que se dirigieron a él a través del portero indica que, por lo menos, es homosexual. Giovanni es un «bufarrón» hecho y derecho: sus movimientos son amanerados y en el rostro no se le ve ni sombra de barba.

En tanto esperamos, noto que algunos de los transeúntes que caminan hacia La Chacarita se detienen a observarnos un momento antes de continuar. Giovanni se da cuenta de qué es lo que me inquieta, y por primera vez me dirige la palabra:

—Tranquilo. Son blecas, cartoneros espías que se mezclan con la gente para mantener informado al Pibe.

—Ah, vendrían a ser algo así como cartoneros de civil

—interviene el pelotudo de Noceda.

Giovanni continúa sin mosquearse:

—Ninguno de ellos tiene implantes. Los que andan por acá vigilan las inmediaciones del cuartel del Pibe. Se dice que los cartoneros han trazado su propia red usando los cableados de fibra óptica en desuso. Los blecas navegan

por ella todo el tiempo, usando viejos teléfonos celulares y tabletas.

—Pero, ¿cómo acceden al satélite?

—Nadie sabe. Se supone que interceptan la señal.

Es obvio que los miembros del Movimiento Independentista Cartonero están más organizados de lo que se creía. Se toman a pecho el asunto de la vigilancia y tienen su propia Intranet, paralela a la red sináptica. Hago un paneo del frente de la fábrica hasta que diviso las cámaras de seguridad empotradas en el revoque descascarado. Empiezo a creer que el escondite del Pibe es un fuerte bien custodiado y armado.

En eso, escucho cerrojos que se descorren. El portón se abre pesadamente, y un hombre rechoncho que usa un parche en el ojo izquierdo, nos hace entrar, apurándonos.

—¡Va', va'!

Tras el portón que se cierra nos esperan cinco hombres. Tres de ellos nos apuntan con rifles de color blanco — parecen replicados por una cornucopiante—, mientras los otros dos nos palpan. El que le saca el arma de la sobaquera a Giovanni dice:

—¡Eh! ¿Qué hacés con una pistola vo', trolín? ¡Ja! ¡Justo vo'!

¡Por Hassan i Sabbah!—. Varias risotadas corean la burla.

—Vo' so Anselmo, ¿no? Sí, justo yo ando calzado. ¿Y? —retruca Giovanni—. Y decile al achumado de Rafa que cualquiera boquea por el portero. Que baje a decirme en la jeta que la choya apenas me da. En la cucusa mía, aparte de la contraseña, hay tanto bit de la Raza que les puedo enchastrar bien el Negociado Verde de ustedé. Ojito. No al pedo chambeo de guarura de Ludovico. Si hay que chapear,

yo también tengo charola, vieja. Los permas los podemos dejar bien molachos, con el culo al rojoblanco.

—Me hacé' cagar de risa con tanto chamuyo fayuco. Palabra cayendo, foto cayendo. Piur verso. ¡Ya chale, trolín! Rafa y yo jodemo' nomá'. Aprovechen, que todavía el Pibe quiere seguir transando con ustedes. Pero chance nos enchufé' un balurdo, chau picho. No good, no bueno.

—Ningún balurdo. Éstos son mis ñeros y solo quieren reportear al Pibe.

—¡Y qué ojetudo' son, bro'! Justo hoy el Pibe tiene un afrecho bárbaro por una interviú. En Diginews creen que hay que darle bolilla a Ludovico, pero la posta la tiene el Pibe Subliminal.

—Veo que ya se enteraron de la nota que hicimos esta mañana —intervengo.

El del parche en el ojo se anticipa al tal Anselmo y me dice, con cara de querer zanjar la discusión:

—La Raza sabe todo, ñero. Sample: la naifa de Diginews por la que vo' y este otro se quieren trenzar, se quedó backeando con el capanga de los perma' y las changas putas que el trolín le cuida, ¿no? Y además' ella cree que en medio de esa partuza al rojoblanco él le va a deschavar sus fatos. ¡Ja! Los bleca' nos chimentan vida y obra de todo el mundo. Ahora suban, que al final de la escalera los espera el Pibe. ¡Va', va'!

Noceda

La mitad de la charla se me escapó.

Giovanni parece dominar muy bien esa mezcla de villero, lunfardo, slang mexicano, y Dios sabe qué más.

Pero lo que me asusta es que los cartoneros sepan tanto de nosotros. ¿Cómo están al tanto de lo que se propone Elsa? ¡Y la velocidad con la que se comunican sin implantes ni nanos! ¿Cómo puede ser tan efectiva esa Intranet que articularon los blecas? Y además, ¿les viste las armas?

Los escalones de metal desembocan en un entrepiso de machimbre. Finalmente me encuentro delante del Pibe Subliminal. Mis RetCam se enfocan sobre un chico que apenas debe rozar los veinte años. No pasa el metro sesenta. Viste una colorida bermuda surfera y una camisa negra, y tiene la cabeza encasquetada por una gorra de ancha visera que le oculta los ojos. Está sentado sobre un archivero de metal, medio oxidado, al que le faltan algunos cajones. Alrededor de él hay montones de libros polvorientos apilados sobre el piso. En un rincón veo cuatro (¡cuatro!) máquinas cornucopiantes tipo Prynthesizer. A diferencia de las viejas impresoras 3D, una cornucopiante *replica* el objeto. Tal como había supuesto, los cartoneros fabrican su propio armamento. O sea que en sus filas hay diseñadores tan buenos como para proyectar matrizados virtuales, y también hackers efectivos que saben cómo conseguir planos originales. (Seguro que las armas que vimos son réplicas de fusiles de asalto del Ejército). Puta madre. Nadie se hace una idea cabal de cuán tecnificado —y peligroso— se ha vuelto el Movimiento Independentista Cartonero.

—Julián, Tiago. Bienvenidos—. Y ahora se dirige a un hombre que observa varias pantallas viejas. En ellas se alternan los tumultuosos eventos del piquete con las imágenes de la entrada que toman las cámaras alojadas en el frente de la fábrica—: Rafa, bajá con Giovanni. Usá los escrins de ajoba para seguir fichando. No te olvidés de recar todo. Y que los otros no manchen.

Cuando pasa al lado de Giovanni, Rafa lo mira de reojo y le dice:

—¿Yo achumado, trolín? Vamo' pa'joba, a ver quién de los dos termina con el culo al rojoblanco.

A pesar de la fanfarronada de antes, el eunuco sabe que no tiene otra opción y lo sigue.

Ahora solo estamos en el recinto el Pibe, Noceda y yo. El caudillo de los cartoneros levanta las manos:

—Tranquilos. Con ustedes no voy a usar el nova.

—¿Nova?

—Nuestra jerga.

—Qué considerado.

—Y a vos, Julián, te voy a pedir que no dejés de filmar.

—Habría seguido filmando aunque no me lo hubieras pedido.

—Bien. Así que la tríada de Beck quiere saber qué son los cornús. Mictam de Pompeya logró despertarles la curiosidad.

La voz del Pibe no coincide con su apariencia. Habla sin apuro, con una voz medio cascada. El tono es cordial, casi paterno, lo que resulta inquietante.

—Sí —digo, sintiendo que habrá pocas cosas novedosas para contarle a este pendejo—. Y si nos quedaba alguna duda de su historia, los balazos que recibió la despejaron por completo. Supongo que también sabrás que lo eliminaron.

—Por supuesto.

—Para ser personas que no pueden plusear, es sorprendente la velocidad con la que se enteran de las cosas.

—¡Ah, muchas gracias por considerarnos «personas»! Aunque si sus encuestas, censos y estudios de marketing

también lo hicieran, nos corresponderían, por lo menos, algunos míseros derechos. Plusear es lo que menos nos interesa. Nos arreglamos como podemos. Sin embargo, no hizo falta que los blecas me notificaran de la muerte de Mictam. Yo mandé que lo mataran.

—¡Entonces Navarra tenía razón! —tercia Noceda.

¡*Dejame hablar a mí, carajo!*, le envió. Pero lo más probable es que el boludo no me haga caso.

—¿El sargento de la Metropolitana, Tiago? —interroga el Pibe—. La policía nunca es un problema para nosotros. Además su hipótesis será descartada. Una vez más la Sagrada Iglesia de los Tecnazareos será inculpada: no tolera que los Apóstatas revelen sus secretos.

Ahora el Pibe gira hacia mí. Levanta la cabeza y la lámpara del techo alumbra debajo de la visera. Sus ojos no tienen iris: las pupilas verdosas flotan como semillas en leche cuajada.

—Julián, hoy pensaste en los tecnazareos y en nosotros como «los sospechosos de siempre».

Mierda, siento como si estuviera diseccionándome la cabeza para escanearla con su terrorífica mirada. No sé cómo carajos los cartoneros desarrollaron esta especie de percepción extrasensorial, pero estoy seguro de que no la consiguieron reciclando celulares viejos, ni pirateando tecnología de replicación de objetos.

—¿Y me equivoqué?

—En parte sí. Los tecnazareos son los chivos expiatorios. Nosotros cometimos todos los crímenes que se les imputa a ellos.

—¿Todos los...?

—Todos. La imagen de Guillaumi revolotea dentro de tu cabeza. Sí, también ése.

Siento que se despierta la rabia que permaneció anestesiada durante tanto tiempo, esa misma furia que tironeaba de mí cuando Elsa y yo marchamos hacia la Casa Rosada, junto a miles de colegas de todo el país, para reclamar justicia. Los Regenautas aplacaron las protestas imponiendo por decreto la Ley de Protección al Periodismo Libre y comprometiéndose a encerrar a los criminales. Pero ni las medidas ni las promesas lograron remover del todo esta rabia.

Ahora las posibilidades de que Noceda y yo salgamos con vida de este galpón son casi nulas. Elsa tenía razón: destapamos una flor de olla, pero es tan grande que no podremos volver para mostrar la porquería que cocinaron en ella.

—Nadie goza de mayor impunidad que un eterno sospechoso —sentencia el Pibe.

—Por qué Guillaumi —susurro.

—Porque, al igual que ustedes, quería conseguir una nota que garpe. Cuando descubrió el origen de los cornús, pensó que la había hallado. Pero nosotros no podíamos dejar que la clave de nuestro futuro fuera ventilada en Sinaplus. Como le dijiste unas horas atrás a Mictam: «todo se reduce a la supervivencia». A propósito, Julián: el tecnazareo te dejó su morral, ¿no?

—¿No es al pedo que me sigas haciendo preguntas? A esta altura estoy convencido de que es inútil mentirles a ustedes.

—De todos modos, aunque tus pensamientos me han llegado con claridad durante todo el día, me gustaría que mintieras, que intentaras resistir. Pero no, qué iluso soy, si ya empezaste a ceder, si tu disposición actual es coherente con la apatía en la que te dejaste hundir durante el último mes. Lo único que te impulsa ahora es el deseo de dejar el

feedbacko, intento que alimentás con el rencor que sentís hacia Elsa.

—No trates de analizarme: nunca creí en la psicología. ¿Qué tiene de especial el morral del rastafari?—. Me hago el duro, pero sus ojos de búho enfermo y su voz de abuelito meten miedo. Y el tal Rafa está usando «los escrins de ajoba para seguir fichando». Si nos están monitoreando desde la planta baja, es un suicido hacerse...

—¿Hacerse el héroe? ¿Es más difícil que aceptar la verdad? ¿Cómo era eso de «hasta la última consecuencia por la verdad»? Pero mejor la corto y te doy una tregua. Volvamos al morral. Hace un año que estamos buscando uno de los frascos que tenés en la mochila. Cuando el Apóstata se acercó para hablarte, supimos que él lo tenía.

—¿A cuál de los dos te referís?

—Al que contiene langostas.

—No imagino para qué lo querrían.

—Dámelo y te muestro.

Abro mi mochila, saco el frasco y se lo alcanzo. El Pibe desenrosca la tapa y lo vacía, volcando los pedazos tostados de langostas y grillos a su lado, sobre el archivero. Deja el frasco y rebusca entre los bichos.

—Ah, acá está. Julián, necesito los dedos de un camarógrafo para esto.

—¿Eh?

—Dame tu mano.

Deja caer un grillo negro sobre mi palma derecha.

—Agarralo.

Cierro el puño. Apenas mis yemas la tocan, el insecto se activa y salta hacia una de las pilas de libros. Se queda quieto sobre ella y empieza a cantar, frotando sus alas. En sus ojos los leds azules relucen inconfundiblemente.

—¡Es una cámara!—. Aunque estén por matarlo, el forro de Noceda sigue fiel a su maldita costumbre de subrayar lo obvio.

—Sí. Era de Guillaumi. Ahí dentro están las imágenes del OVNI que él avistó en la provincia de Misiones. La nave permaneció suspendida unas tres horas sobre la selva antes de desaparecer. Unos días después tu colega encontró a los primeros cornús. Le pareció que era evidente la relación entre la aparición de esos seres y la nave. No podía tratarse de alguna especie no descubierta hasta el momento, ni tampoco de una mutación.

—¿Los cornús son extraterrestres?

—Sí, Julián. Suponemos que son organismos parásitos de la tripulación. Algo así como los piojos de los que viajan en un barco.

—¿Y cómo llegaron a esas conclusiones? ¿Cómo están seguros de todo esto?

—Guillaumi volvió a Buenos Aires con algunos especímenes para mostrárselos a un viejo amigo suyo: mi papá, uno de los más renombrados profesores de Parasitología de la Facultad de Veterinaria—. El Pibe hace una pausa para escrutararme con su mirada de zombi y continúa—: Veo que te preguntás cómo es posible que el jefe de los cartoneros sea hijo de un profesor universitario. No es tan extraño. Seguramente te acordás de que la mayoría de los docentes universitarios lo perdieron todo a causa del estallido del e-learning en Sinaplus. Yo tenía ocho años cuando mi familia quedó en la calle.

Cientos de imágenes se agolpan en mi memoria. Poco antes de que invadiéramos Uruguay todas las universidades públicas se cerraron. De la noche a la mañana, la educación terciaria se había privatizado y las empresas de servicios

sinápticos les pagaron a los Regenautas con un suministro ilimitado de nanites. Elsa y yo —que habíamos empezado a cursar el último año de la carrera—, participamos de las manifestaciones en contra de la medida. Sin embargo la transición se llevó a cabo de todas formas y, en un encadenamiento de sangrientas acciones represivas, las protestas fueron acalladas una y otra vez.

—Pero mi viejo nunca se dejó abatir por la situación. Siendo un militante de izquierda con fuertes convicciones, se puso a trabajar para mejorar la calidad de vida de los «sin techo». Empezó enseñándoles a leer a los que dormían bajo la autopista con nosotros y terminó alfabetizando a miles de cartoneros. Usando su labor educativa como pretexto, los instaló en algunos de los campus abandonados. Los organizó y les enseñó a sacar más rédito al comerciar con lo que tenían a la mano.

»Por ejemplo: ¿sabías que los permas nos pagan un alquiler por el territorio que ocupan? Y las cornucopiantes también nos dan buenas ganancias: una gran porción de los nanos genéricos que podés encontrar en el mercado negro los fabricamos acá. Lo que nos deja la venta de cartón y hardware va a parar a la caja chica.

»Mi viejo les demostró a los cartoneros que ser repelidos por la sociedad podía transformarse en su mayor ventaja: el rechazo los haría permanecer invisibles mientras se establecían y crecían. De esa forma sentó las bases para la instauración del Movimiento Independentista Cartonero.

»Él era un gran lector, fanático de la ciencia ficción. Uno de sus libros favoritos fue *Expreso Nova*. Su autor, William Burroughs, tenía una idea interesante: creía que el lenguaje es un parásito, que las palabras se sirven del ser

humano. Incitado por este pensamiento, mi viejo llegó a una conclusión: el lenguaje funciona más como simbionte de la mente humana que como parásito. A medias juego y a medias experimento social, fue infiltrando algunos términos de la novela en el idiolecto de los indigentes, así como ciertos neologismos y expresiones de varias jergas latinoamericanas, y dejó que el uso y la costumbre fueran agitando la mezcla. Así nació el nova, que nos hizo más marginales, y por lo tanto más fuertes.

»Pero cuando Guillaumi llegó de Misiones con dos o tres bichejos raros, hace poco más de un año, se hizo real la posibilidad de que pudiéramos patear el tablero en serio.

—No llego a entender a cuento de qué viene el rollo de tu papá —digo, tratando de mantener una postura desafiante, lo que se hace muy difícil frente a esos ojos hipnóticos. Con cada una de sus palabras, aumentan en mí las ganas de dejar que siga toqueteando mi mente, de abandonarme por completo a su intrusión.

—¿Podrías usar un poco de la paciencia que tuviste con tu jefe Valerio en la estación de servicio? Ya vas a ver la relación, Julián.

»Mi viejo, fascinado por las alimañas, prometió a Guillaumi que las examinaría y lo llamaría en cuanto tuviera alguna certeza de su origen. Las bautizó ‘cornús’ a causa de los dos tentáculos que poseen en la parte superior de la cabeza, semejantes a los cuernos del caracol. Básicamente los cornús son mesoparásitos, seres grises y lampiños del tamaño de un cobayo. Son cíclopes. Debajo del único ojo, ubicado entre los tentáculos, presentan un hocico dentado, parecido a la boca de una piraña. No tienen cola y son cuadrúpedos hasta que hallan un huésped. Entonces se

arraigan en los tejidos de éste, perdiendo sus casi atrofiadas patas en la fusión. Con el paso del tiempo solo dejan la cabeza fuera del cuerpo del huésped.

»Por lo que veo, en tu mente no existe el concepto de simbiogénesis, así que aquí va una explicación muy breve. Desde hace más de un siglo se discute si el parasitismo es o no la primera fase de una relación entre dos especies, una relación que podría perfeccionarse. La cima de este perfeccionamiento sería la simbiosis. Para alcanzarla, parásito y huésped deben interactuar, influyendo el uno en el otro para ir cambiando hasta convertirse en simbiontes. Pero un paso más allá de la simbiosis se encuentra la simbiogénesis, en la cual ambos organismos consiguen vincularse de la forma más profunda: el intercambio de material genético. Si se produjera esto, surgiría una nueva especie, que sería resultado de la hibridación de las originales. Según esta teoría, a la cual suscribía mi padre, la evolución le debe más a la simbiosis que a las mutaciones. Así, la cooperación provocaría más y mejores resultados que la competencia establecida por la selección natural.

—No es raro que un comunista afirme que el comunismo también existe en la naturaleza.

—Ah, ya había notado un quiste fascista en la leve telaraña de tus pensamientos. Muchas de las críticas que recibió la Teoría Simbiogenética a lo largo de la historia se basaron en el mismo tipo de fobia al marxismo, y no en argumentaciones científicas. Pero nosotros sabemos que plantea una verdad incuestionable. Y para demostrarlo pusimos el cuerpo.

Entonces el Pibe se desabrocha la camisa negra. En medio del abdomen, donde debería estar el ombligo, asoma una espantosa cabeza en la que un único ojo se abre y se

cierra sin cesar. Los párpados —que no envuelven al globo ocular por arriba y por debajo, sino que lo hacen desde los lados—, producen un chasquido húmedo al despegarse una y otra vez. Debajo, un hocico con dientes de rata. Los tentáculos que flanquean al ojo vidrioso se erizan de repente. Alguna vez hace mucho tiempo vi algo parecido a esto... En un festival de cine antiguo, en una película de terror de la que no recuerdo el nombre. Pero sí recuerdo el nombre del monstruo que nacía como un tumor y luego crecía dentro de cuerpos ajenos: Misquamacus. Quisiera plusear para buscar información del film.

—Ah, le gustás —dice el Pibe, y cuando habla, el hocico del cornú se abre, moviéndose en sincronía con sus labios—. Estamos yendo hacia una especiación, Julián. Y no tenés idea de cuán rápido es el proceso con esta bioquímica alienígena. En poco menos de diez meses ambas especies nos hemos vuelto simbiontes. No faltará mucho tiempo para que combinemos nuestro material genético.

Tiago vomita sobre sus zapatillas. Por mi parte, apenas logro reprimir las arcadas. Intento reponerme, consciente de que tengo que seguir grabando.

—¿Esa... cosa y vos son simbiontes?

—Sí, nos beneficiamos mutuamente, como las algas y las bacterias de la luz de los permas. Al igual que el lenguaje y las personas. Les damos alimento y sustrato, y a su vez ellos nos otorgan habilidades que podrían calificarse como ‘telepáticas’, o incluso ‘precognitivas’. Nuestros blecas no tienen implantes ni nanites, pero tienen cornús.

Así es como saben todo lo que sucedió hoy. Hasta lo que hemos pensado. El Pibe, sus blecas y los cornús conforman una red más poderosa que la red sináptica.

—Cierto, Julián. Una red *viva*, a diferencia de Sinaplus. Evolutivamente hablando, ustedes se han metido en un callejón sin salida al permitir que sus cerebros se achicharren en esa freidora, digitalizando la experiencia sensorial y sometándose a la nanotecnología que les venden sus corporaciones. Los nanites nunca se trasformarán en seres vivos. Ustedes tienen los días contados.

Un escalofrío me sacude cuando el Pibe y su Misquamacus articulan la última frase.

—Sabés bastante acerca del Posthumanismo. Al sondear tu mente vimos que ése fue el tema de tu tesis de graduación. A pesar de que lograste el título, los profesores bots nunca vieron con buenos ojos la sutil antipatía hacia la nanotecnología que dejaste traslucir en tu trabajo, como era de esperar. Pero si mi viejo lo hubiera leído te habría felicitado. Él afirmaba que en vano se había alabado tanto al Posthumanismo a principios del milenio, porque los Posthumanos correrían la misma suerte que los Cromañones. Aún si los cornús nunca hubieran arribado a la Tierra, nosotros habríamos prevalecido sobre ustedes por el solo hecho de haber permanecido libres de los implantes y los nanos. Solo nos habría tomado un poco más de tiempo.

El cornú sigue parpadeando en cámara lenta, haciendo ese desagradable sonido acuoso una y otra vez. Sus tentáculos me apuntan. Soy una presa acorralada.

—Sin embargo, ahora el proceso será mucho más rápido, gracias a ellos —y mira hacia la cabeza que brota de su abdomen—. Los piquetes siempre fueron una maniobra distractora: mientras más agitación, menos posibilidades de que el mundo reparara en nuestro avance hacia el salto evolutivo.

—El problema fue que Guillaumi logró ponerse en contacto con los tecnazareos antes de que pudieran asesinarlo.

—Sí. Mi viejo, tal como le había prometido, estudió a los cornús. Intuyó que eran organismos preparados para inducir la simbiogénesis en otras especies, que habían sido diseñados genéticamente con ese fin. Intentó comprobar la hipótesis en sí mismo, pero cuando el parásito empezó a alojarse en su cuerpo, lo enfermó con sus secreciones. Entonces descubrió que la explosión hormonal de la adolescencia facilitaba la integración de los tejidos, y una vez que la experimentación determinó un procedimiento seguro, parasitó con éxito a varios cartoneros jóvenes, los primeros blecas. Entonces decidió ocultar su descubrimiento a Guillaumi. Le aseguró que los cornús no eran más que una mutación producida por la contaminación ambiental. Sabíamos que Guillaumi, convencido de tener entre manos una nota que garpaba, no se quedaría quieto, que buscaría en otros lados. Pero nunca se nos ocurrió que podría ocultar un backup de su investigación entre los tecnazareos.

Un malestar más intenso que el de las migrañas amenaza con dejarme grogui. Estoy mareado, y las convulsiones que me sacuden son cada vez más fuertes. Noceda debe sentirse peor que yo porque se dejó caer sobre su propia regurgitación, y está tendido en posición fetal.

—Sin importar cómo te sientas, mantené encendidas las cámaras, Julián.

—No entiendo por qué insistís, si seguramente sabés que...

—Que la experiencia te enseñó que no hay que apagar las cámaras hasta el final. Pero la experiencia no te servirá de mucho en esta nota.

—Si hasta ahora no las apagué... Hay algo que no entiendo: ¿por qué los blecas no adivinaron dónde estaba el grillo?

—Porque la fase de simbiosis no se manifestó hasta hace un par de meses. Antes de eso no poseíamos ningún poder telepático.

—Y supongo que no existe ninguna Intranet montada con fibra óptica y viejos smartphones.

—Así es. No existe. Es un rumor que hicimos correr recientemente entre los permas, para justificar la inmediatez con la que los blecas consiguen la información. Los tecnazareos solo tienen el chip de identidad: ni pudiendo acceder a la red sináptica habríamos localizado los archivos de Guillaumi. Él sabía lo que hacía al esconder su trabajo en La Sagrada Iglesia. Si no fuera porque les gusta hacerse notar, los rastafaris serían casi tan invisibles como nosotros. E incluso durarán más que ustedes por no tener nanos dentro de sus cuerpos. Después de todo, tal vez le dé la razón a Mictam permitiéndoles a los Apóstatas «quedar situados en posiciones de privilegio cuando el nuevo orden sea instaurado». La verdad es que el secreto que les confió Guillaumi les vino al pelo: sin perder tiempo usaron la aparición de los cornús para justificar sus ambiguas interpretaciones de las profecías bíblicas. Pero mi prospectiva es más terrible.

—Aun sin conocer cuáles eran, Guillaumi habría podido cagarles los planes a ustedes.

—Sí. Por eso mi viejo decidió actuar rápido. Ideó el modo de hacerlo matar incriminando a los tecnazareos. Pero entonces murió a causa de la infección causada por el cornú con el que había experimentado. No pudo presenciar la verificación de su amada Teoría Exosimbiogénica.

Así que me uní a esta ternurita y asumí el control del Movimiento —y acaricia la cabeza de Misquamacus—. Mi primera medida fue mandar a matar a Guillaumi.

—Tu papá debe ser una especie de mártir para la Raza.

—Sí. Igual que Guillaumi lo es entre ustedes.

—¿Cómo se llamaba?

—Cuando nos hacemos parasitar y nos convertimos en miembros del Pueblo Insecto, cambiamos nuestro nombre por uno nuevo, uno que elegimos nosotros. Él adoptó el nombre de Hassan i Sabbah.

—¿Hassan i Sabbah?

—Es uno de los personajes de Burroughs.

—Y también debe serlo El Pibe Subliminal.

—Sí. El más radical de todos los actores de *Expreso Nova*. Engaña a las masas mediante la proyección de imágenes aterradoras y la reproducción de sonidos perturbadores. Confunde y denigra a las personas. Siembra la discordia entre ellas. Y todo lo hace para que despierten.

Ahora los ojos mórbidos del Pibe brillan, como si él también tuviera implantadas unas RetCam. La cabeza del cornú se estira hacia mí, con sus antenas erectas. Su ojo sanguinolento se hunde entre los carnosos párpados laterales, que siguen aleteando, viscosos, pero más inflamados que hace unos minutos. Entonces su hocico se abre...

—«... y descarga un colosal chorro de feromonas». Pero éste es mejor que el del sensicón que tanto te disgusta. Éste te despertará, Julián.

Mis reflejos ralentizados no me permiten esquivar el gargajo del cornú. Una baba caliente se esparce por mi cara, y aunque cierro la boca, se me mete dentro de la nariz. Entre toses y espasmos, caigo al lado de Noceda.

—Desde que me desabotoné la camisa, él ha estado lanzando sus efluvios hacia los dos. Pero te elegimos a vos. Tiago no merecía la secreción seminal.

Mi visión se hace borrosa. Los nanos han de estar trajinando sobre mis nervios ópticos. A pesar de que siento un regusto amargo, las náuseas van cesando. Solo soy consciente de la dureza del polvoriento piso en mi mejilla, de una dolorosa erección que me estruja el miembro contra la cremallera del pantalón, y de la voz del Pibe, que se va alejando con cada palabra que él pronuncia:

- Siempre fuiste un inadaptado...*
- ...nunca confiaste en los nanos...*
- ... y criticaste las prerrogativas de tu profesión.*
- Preferís el sexo ordinario antes que el feedbackeo...*
- ...y en el fondo, admirás la fe de los tecnazareos.*
- Alguna vez hasta pensaste en hacerte perma...*
- ...pero hoy te decepcionaste...*
- ...y viste que algo se está resquebrajando.*
- Elsi no existe más...*
- ... y Elsa Beck ya no te merece.*

Y luego, como si el Editor de la Realidad usara un fundido de salida en negro, todo alrededor de mí se desvanece.

VI

Omnisciente. Así se siente ese que soy yo cuando se sumerge en las capas de la noosfera y se desdobra hasta el infinito, multiplicándose por cada una de las líneas probabilísticas.

Ese podría afirmar que también es omnipresente, sin pecar de vanidoso por ello. Pero todas las emanaciones de ese —que soy yo—, son vigiladas por este otro, que también soy yo. Un yo objetivo, que se jacta de ser impasible. Que nunca se deja llevar por las corrientes y que solo observa cómo, saltando de uno a otro andarivel, las otras emanaciones de mi ser cabalgan sobre acelerados bits y se trepan a las neuronas fatigadas. Los velos de todas las mentes se despliegan ante mí y distingo los relampagueos que esbozan el fluir del próximo pensamiento en cada sinapsis. Antes de concatenarse, todos los algoritmos se iluminan delante de mis innumerables ojos. El secreto está en percibir el brillo, ese esplendor que dura unos pocos nanosegundos y me indica qué es lo que va a suceder. Lógicamente, cuando el brillo se apaga, sabemos qué es lo que está sucediendo. No tiene sentido hablar de lo que ya sucedió, porque nada acontece sin que mis emanaciones lo registren (el pasado solo nos puede tiranizar cuando lo ignoramos; siempre fue así).

Como ven, es muy sencillo. Al desentrañar su mecanismo, uno se da cuenta de que no hay nada espectacular en estos poderes.

Cuando salgo a la superficie del vasto mar de datos, todas mis emanaciones se unifican, y guío a mis hermanos blecas en las incursiones contra los Posthumanos, llevándolos por los senderos probabilísticos más seguros. Aunque sé que no puedo evitar que ellos me vean como los mirmidones contemplaban a Aquiles, peleamos codo a codo contra los antivirus que salvaguardan los secretos diseminados en la Red de Redes; luchamos contra los CanServers y los Obliviones parapetados en las mentes de los Posts.

Hemos conseguido fabricar nanites de mejor calidad que los de ellos. Nuestras máquinas cornucopiantes los replican para mí, el único bleca de la Raza que posee implantes. Pero en poco tiempo dejarán de hacerlo porque hace dos semanas que las células de mi cornú —sí, ahora yo tengo mi propio Misquamacus—, fieles a su instinto simbiogenético, están alimentando a los nanos con la energía que producen sus mitocondrias. Sé que en breve los nanos serán codificados por los ácidos nucleicos y ensamblados por los ribosomas. Entonces tendré que inocularme con menos frecuencia. Como en mi genotipo se incluirá la capacidad de sintetizar nanos y mi prole la heredará, mis descendientes, híbridos triples —he visto que serán llamados Hybs³—, nunca necesitarán inocularse. (Aunque pueda parecer increíble, el Pibe se equivocó en algo cuando charlamos aquella primera vez, antes de que yo muriera: los nanos sí se transformarán en algo vivo. En orgánulos celulares. Ya lo he visto).

Mientras tanto, los Posts siguen dando vueltas dentro de su «callejón sin salida evolutivo».

Siempre recuerdo lo que el Pibe me dijo cuando renací. Lo hizo sin hablar, conectando su mente a la mía:

—A mí también se me da por la experimentación, será que lo llevo en los genes. Y para este experimento estaba buscando a alguien como vos, Julián. Qué bueno que pudiste filmar hasta el final, porque en el futuro querrán ver cómo naciste. Vas a ser el mejor de todos nosotros.

Él insiste en que no se deje de conmemorar la muerte de Hassan i Sabbah, y ha ordenado que una vez al mes todos los blecas vean las imágenes —convenientemente editadas— del último trabajo de Julián Calemi. Claro que ya nadie me llama así, salvo el Pibe, cuando discutimos en

privado. Yo le digo que su apego por las efemérides y el ritualismo es una señal de decadencia. Pero no me hace caso. Siempre termina zanjando la cuestión con el mismo argumento:

—*Una nación sin fechas patrias, sin próceres, sin símbolos, no es una nación, Julián.*

El protocolo que él mismo redactó indica que en las celebraciones no debe usarse telepatía, sino que debe hablarse nova. El nova, que antes era una jerga marginal y libre, ahora es una lengua ceremonial. La inclinación del Pibe por la pompa indica que está envejeciendo.

(El pasado solo nos puede tiranizar si lo ignoramos, pero tampoco hay que estar demasiado pendientes de él, porque dejarse seducir por su reflejo puede paralizarnos en el presente).

En otra vida conseguí una nota que garpaba, que terminó siendo la crónica del nacimiento de Minraud del Pueblo Insecto. Mi nombre elegido no es el de un personaje de la novela de Burroughs, sino el de una localidad mencionada en ella: el hogar del Pueblo Insecto. Soy un sitio seguro en las corrientes de tiempo para mis hermanos blecas. Sin embargo, sé que en el futuro me inventarán decenas de nombres terribles, y sé que todos temblarán ante la sola mención de cualquiera de ellos: Minraud el Demiurgo, Minraud el Rasante, El Trinitario, El Hybronte...

Hasta donde pude divisar, el mañana no es un buen lugar para mí. Por eso solo lo exploro cuando atacamos a los Posts.

En cambio —porque revivir es mejor que recordar—, regreso al pasado muy a menudo, haciendo equilibrio sobre esas líneas probabilísticas que he inmovilizado y restringido para que no sean alteradas.

...y marchó por última vez hacia la casa Rosada, pero para derrocar a los Regenautas y sentarme en el sillón de Rivadavia.

...y enveneno a Noceda con una de mis neurotoxinas mientras dormita sobre su propio vomito.

...y, amplificando los placeres que le proporciona la orgía, sobrecargo los implantes de Ludovico hasta derretirlos dentro de su cabeza.

...y reposo eternamente entre los pechos de Elsi, en aquel hotelucho de Montevideo. (★)

Orden del libro

Prólogo
(Laura Ponce)

5

Playlist

13

Reunión de consorcio

41

Misión diplomática

63

Romina

111

Una nota que garpe

167

Néstor Darío Figueras (Buenos Aires, 1973). Escritor, músico y productor musical. Sus relatos han sido traducidos al francés, al catalán, al italiano, al húngaro y al griego. Publicó *El cerrojo del mundo está en Butteler* (2016), *Capricho #43* (2017), *Plenaluz / Entreluz* (2020) y la versión argentina, a cargo de Ediciones Ayarmanot, de *Playlist* (2022).

La colección **INTERLINK** se propone tanto re/circular como re/significar obras de la ciencia ficción, la fantasía y el weird de Latinoamérica y España, desde una red de co-ediciones y alianzas entre editoriales: una re/escritura de la historia literaria desde el entramado de arterias, nervios, tuberías, túneles, agujeros y autopistas en la vasta motherboard de la literatura en nuestra lengua.

MIG 21 EDITORA

Contaminación Futura vol.1

(Carsen, Cohen, Dobrinin, González,
Mainero, Molinari, Ponce,
Rumel, Salas, Sanchiz)



Contaminación Futura vol.2

(Allen, Federici, Fritz, Marchesky, Méndez,
Mira de Echeverría, Pons, Pandiani,
Rodríguez Pappe, Silva Olazábal)



**El bosque que crece
por las noches**

(Pablo Dobrinin)



Contaminación Futura vol.3

(Bonanata, Broemmel, Broggio, Calamares
Caraballo, Damián Miravete, Figueiras,
Machado Obaldía, Solari, Vilar Madruga)



Trashpunnk

(Ramiro Sanchiz)



Contaminación Futura vol.4

(Arismendi, Candal, Chimal,
Gandolfo, Gueçaimburu, Guerrero, Peña,
Raggio Miranda, Rossello, Santurde)



Contaminación Futura vol.5

(Alonso, Álvarez, Brenda,
Canosa, Carson, Jota-Pérez, Palermo
Pozzolo, Salazar Maciá, Sanchiz)

Jauría

(Maelis González)



Contaminación Futura vol.6

(Barragán, Beauxis, Ghan, Ireland,
Jurado, Piaggio, Rehermann,
Rivero, Santullo, Sierra)



Lo mejor de Ruido Blanco

(Bonanata, Botta, Carbajal, Cebrián,
Dobrinin, Marchesky, Molinari, Morales,
Peña, Pons, Rossello, Sanchiz)



Contaminación Futura vol.7

(Barceló, Botta, Caraballo,
Dobrinin, Frick, González, Loza,
Raggio, Velázquez, Yoss)



Playlist

(Néstor Darío Figueiras)



Contaminación Futura vol.8

(Aboaf, Bonanata, Cohen, Damonte
Marchesky, Paz Soldán, Ponce,
Pozzolo, Sanchiz, Vera)



Lo mejor de Ruido Blanco vol. 2

(Barragán, Caraballo, Carson, Cruz, Damonte,
Federici, García Cabrera, García Peyrallo,
González, Kapeniak, Pandiani, Solari)



Este volumen reúne los cuentos de Néstor Darío Figueiras no incluidos en los libros que él mismo compiló. Esto los vuelve más heterogéneos en cuanto a sus propuestas estéticas, al tiempo que postula una sensación de libertad y experimentación. Leerlos equivale a sondear buena parte del territorio de la ciencia ficción latinoamericana contemporánea; así pensados, convierten a su autor en un guía o *stalker* capaz de conducirnos por las zonas literarias más extrañas y deslumbrantes. Como siempre, el riesgo está en acercarse demasiado al corazón de las tinieblas, en dejarse abrir por su influjo y alcanzar por sus contagios. De lecturas como la de este libro, en efecto, no se sale incambiado. Ni indemne.



MIG21
EDITORIA

INTERLINK



ediciones
ayarmanot